ALFREDO ESCOBAR.

EL VIAJE

DE

DON ALFONSO XII

Á FRANCIA, ALEMANIA, AUSTRIA
Y BÉLGICA.

SETIEMBRE DE 1883.

NOTAS DE UN TESTIGO.

SEVILLA.

FRANCISCO ÁLVAREZ Y C.ª, EDITORES.

ZARAGOZA, 21.

EL VIAJE

DE

DON ALFONSO XII

Á FRANCIA, ALEMANIA, AUSTRIA Y BÉLGICA.

ALFREDO ESCOBAR.

EL VIAJE

DE

DON ALFONSO XII

Á FRANCIA, ALEMANIA, AUSTRIA Y BÉLGICA.

SETIEMBRE DE 1883.

NOTAS DE UN TESTIGO.

MADRID:
IMPRENTA DE FORTANET,
CALLE DE LA LBERTAD, NÚM. 29.

1883.

INDICE.

Págs.

PRÓLOGO. v

I.—Salida de Madrid.—El tren real.—Brindis en Monforte.—Entusiasmo que produce.—Inauguración del ferrocarril de Galicia.—Llegada á la Coruña.—Aspecto de la población.—*Te-Deum*.—El temporal.—Visita á los cuarteles y á la escuadra.—Recepción.—Función regia.—Desde la Coruña á Hendaya.—En San Juan de Luz y en Biarritz.—Llegada á Paris. 1

II.—Llegada á Paris.—En la estación de Orleans.—El hotel de la Embajada.—De Paris á Munich.—Recuerdos de Strasburgo.—Recibimiento en la capital de Baviera.—El palacio de Nimphenburgo.—Paseo por la ciudad.—La Exposición de Bellas Artes.—El *Hof Theater*.—Despedida.—De Munich á Viena.—Salzburgo.—Llegada á Viena. . . 15

III.—Recibimiento que hace á D. Alfonso el Emperador.—El *Bourg*.—Maniobras militares.—Expedición á Baden.—Inauguración del *Rathaus*.—Recuerdo del cerco de Viena.—Exposición histórica.—Banquete en el castillo imperial.—Brindis.—Habitaciones de D. Alfonso en el *Bourg*.—*Schoembrum*.—La ópera.—*El patrio hogar* y el *Tronco de hierro*.—El baile en el *Hof-Opern-Theater*. 40

IV.—Maniobras en Brünn.—El ejército austriaco.—En el teatro *An der Wien*.—Una aventura.—Visita al Colegio

Págs.

Teresiano.—La Exposición de electricidad.—Excursión á Presburgo.—La iglesia de los Agustinos.—Carreras en el *Prater*.—El Archiduque Guillermo.—Paseos por Viena.—La catedral de San Esteban.—El Graben.—Museos, palacios y jardines.—El Ring.—Tipos vieneses.—Cacería en Styria.—Nuevas maniobras en Brünn.—La prensa de Viena. 63

V.—Despedida en Viena.—De Viena á Francfort-sur-Meine.—El hotel de Rusia.—Paseo por Francfort.—De Francfort á Homburgo.—Recepción que hizo el Emperador al Rey.—Aspecto de Homburgo.—En el Castillo imperial.—La gran parada.—El carro de los periodistas y nuestro automedonte *Philipe*.—A propósito del ejército alemán.—Banquete militar en la *Curhaus*.—Brindis.—En el teatro de la *Curhaus*. 90

VI.—El juego en Homburgo y el famoso García.—Principian las maniobras.—Aspecto del campo de operaciones.—En medio del fuego.—El castillo imperial.—Banquete.—Nombramiento de D. Alfonso de coronel de hulanos.—Carreras de caballos.—Manifestaciones de simpatía hacia el Emperador.—Segundo día de maniobras.—Soirée en el castillo.—Tercer día de maniobras.—Despedida.—El ejército alemán.—Impresiones de la prensa sobre el viaje de D. Alfonso. 116

VII.—Salida de Homburgo.—Las orillas del Rhin.—Importancia del viaje de D. Alfonso.—Llegada á Bruselas.—El palacio real.—Banquetes.—Paseo por la ciudad.—Función de gala en el teatro de la Moneda.—Camino de Paris. . . 148

VIII.—Sucesos escandalosos de Paris.—Llegada de S. M. el Rey á la estación del Norte.—Manifestación hostil organizada por los radicales franceses.—Debilidad del Gobierno francés.—Aspecto imponente de la *rue Lafayette*.—Visita de S. M. al Presidente de la República.—En la embajada.—D. Alfonso pasea á pie por Paris.—El presidente del Consejo decide á M. Grevy á dar satisfacciones.—Ban-

Págs.

quete en el Elíseo. — Salida de D. Alfonso de París. — Ovación inmensa que recibe en el camino á su regreso á España.. 174

IX.—Excitación que producen en la corte las noticias de París. — Carteles patrióticos. — Lemas en los balcones. — Manifestaciones en los teatros.—Aspecto de Madrid á la llegada de la Reina Doña María Cristina.— La colonia francesa. — Entusiasmo delirante con que es recibido el Monarca en Madrid.— La calle de Bailén. 195

X.—Conflicto diplomático.—Resistencia del Gobierno francés á dar carácter oficial á las excusas de M. Grevy.—La nota de la *Agencia Havas*.—Opinión de la prensa española y de la prensa europea sobre los sucesos de París. 209

PRÓLOGO.

NOTAS tomadas al vuelo en el wagón del ferrocarril ó en la sala de espera de la estación, y enviadas, ya por telégrafo, ya por carta, al periódico *La Época*, por su corresponsal en la regia expedición. He aquí lo único que ofrecemos al público.

En estos apuntes incorrectísimos y pálidos, escritos para el periódico y no para el libro, se habla con entera fidelidad, ya que no con galanura, del viaje que acaba de hacer á Francia, Austria, Alemania y Bélgica S. M. Rey.

Confeccionado el libro en muy pocas horas,

con recortes de telegramas y cartas, propios y ajenos, claro es que tiene que carecer en absoluto de forma literaria.

El autor reconoce, por otra parte, de buen grado, que no es escritor, sino pura y exclusivamente un aprendiz de periodista.

I.

Salida de Madrid.—El tren real.—Brindis en Monforte.—Entusiasmo que produce.—Inauguración del ferrocarril de Galicia.—Llegada á la Coruña.—Aspecto de la población.—*Te-Deum.*—El temporal.—Visita á los cuarteles y á la escuadra.—Recepción.—Función regia.—Desde la Coruña á Hendaya.—En San Juan de Luz y en Biarritz.—Llegada á Paris.

L surgir los acontecimientos de Badajoz y de la Seo de Urgel disponíase S. M. D. Alfonso XII á emprender un viaje á Alemania, con objeto de asistir á las maniobras militares de Homburgo. Este viaje no causó al principio gran extrañeza en Europa, pues estaba relacionado con la visita que se proponía hacer el Rey á su pariente el Emperador de Austria, á su hermana la Princesa de Baviera doña María de la Paz, residente en Munich, al Presidente de la república francesa y al Rey de los belgas S. M. Leopoldo II, espejo de monarcas constitucionales. Y por más que el partido conservador creyera con patriótica previsión que este viaje podría despertar sus-

ceptibilidades internacionales, en lo que acertó como se verá más tarde; el partido constitucional, que ocupaba el poder no creyó oportuno oponerse á los deseos del monarca á quien hallaba animadísimo á cumplir la palabra que el año anterior había dado á varios soberanos extranjeros de visitarles en el otoño.

Y tras de brillante excursión que hizo á las provincias del Norte y del Este de España para formarse por sí mismo idea del estado del ejército, excursión que fué un continuado triunfo para D. Alfonso, no creyó que durante su ausencia pudiera recrudecerse la última agitación y anunció de nuevo su propósito de efectuar el viaje, acudiendo antes sin embargo, á inaugurar el ferrocarril de Galicia que tantas esperanzas entrañaba para aquellas provincias españolas.

A este fin salió S. M. el Rey acompañado de Su Majestad la Reina doña María Cristina y de toda su comitiva á las ocho y cuarenta minutos de la mañana del 31 de Agosto, siendo despedido en la estación por los ministros, capitán general de Madrid, autoridades civiles y militares, comisiones de los cuerpos de la guarnición, gran número de particulares y pueblo.

El tren real, que procedente de León había llegado la anterior noche á Madrid, llamó mucho la atención por el lujo y comodidad que revelaba hasta en sus más insignificantes pormenores. Componíase de ocho wagones unidos entre sí, por puentecillos y cuya distribución era la siguiente:

Wagón cocina con un horniito para preparar cuarenta cubiertos; armarios para la vajilla, cristalería, provisiones, repostería, mesas para aderezar los platos, carbonera, fuente, lavabos, inodoros, etc., todo en un departamento que se comunicaba con un segundo para los cocineros. Wagón ante-cocina, con armarios para la mantelería y cubiertos y una gran mesa para desahogo del servicio. Wagón comedor en el que podían sentarse cómodamente veinte personas. Luego seguían dos coches compuestos de gabinetes y saloncitos amueblados elegantemente, y donde iban todos los agregados á la comitiva de los Reyes. Inmediatamente después, el coche de la Reina, en el que se combinaban la *peluche*, el raso, las alfombras, las lunas de Venecia y los objetos de plata. Había en este wagón un dormitorio para la Reina, de brocatel azul, negro y rojo, con magnífica cama dorada, y al lado un lavabo-tocador, en el que se veía un *necessaire* de concha con las armas de la casa real.

El wagón destinado á S. M. el Rey constaba de un saloncito de recepción, que á la vez servía de despacho, decorado de tapicería oscura y oro; de un pasillo decorado con tela color oro viejo con flores carmesí, que servía para el gentil-hombre de servicio; de una cámara tapizada de damasco amarillo, con un lecho dorado con colchones de raso y cubiertas de holanda y encajes: de un tocador de mármol, con lunas de Venecia y servicio completo de plata con las armas de España.

El último coche servía para comedor particular de los Reyes, y terminaba en un gran balcón cubierto por cristales de una sola pieza que se cerraban automáticamente.

Además de estos ocho wagones que constituían por decirlo así, el verdadero tren real, iban unidos al mismo, un coche salón destinado al ministro de Fomento, otro coche para los jefes de servicio del tren, el break de los jefes de la compañía, varios coches de primera y un furgón de socorro con el material y personal suficiente para remediar cualquier accidente que pudiera sobrevenir en el trayecto.

Todo el tren estaba provisto de timbres para el servicio, grifos de agua que suministraba una cañería central y alambres eléctricos que comunicaban el break de los jefes de servicio con el furgón de cabeza y con la locomotora á fin de trasmitir las órdenes necesarias para la velocidad, las paradas, etc.

La iluminación del mismo era abundantísima no habiéndose podido instalar la luz eléctrica por la premura del tiempo.

Era muy importante para España la inauguración del ferrocarril que une á la hermosa Galicia con el resto de España: habían pasado muchos años de esperanzas que tantas veces resultaron fallidas: así es que esta inauguración, en la que SS. MM. recibieron una ovación que duró tanto como el viaje, revistió el carácter más solemne. Lo mismo en Palencia que en León y en Lugo como en la Coruña, esperaban en las engalanadas estaciones las autori-

dades; los alrededores de aquellas viéronse durante toda la excursión festoneadas por las muchedumbres venidas de los lugares próximos, y los vítores atronadores y los trasportes de entusiasmo halagaron continuamente los oídos de los Reyes.

En Monforte, adonde llegaron estos á las doce de la mañana siguiente, les fué ofrecido un almuerzo por la Compañía de los ferrocarriles de Galicia y Asturias, y cuantos á él asistieron mostráronse conformes en que el brindis pronunciado por el Rey fué tan elocuente como oportuno, dada la equivocada interpretación que al viaje empezaban á dar algunos diarios extranjeros.

Se había dirigido á S. M. M. Donon, presidente del Consejo administrativo de la compañía felicitándose por el éxito de los esfuerzos de la empresa concesionaria, y por el cumplimiento fiel y exacto, por parte de la misma, de todos los compromisos legales adquiridos.

«Este ferrocarril, añadió, construido en gran parte con capitales franceses, es la prueba más palmaria y más elocuente de la cordialidad y de la simpatía que existe entre España y Francia.»

M. Donon terminó su brindis manifestando en nombre del Consejo su profundo reconocimiento al Rey D. Alfonso por el apoyo resuelto y eficaz que presta á todas las empresas de utilidad general.

Entonces S. M. el Rey, con la posesión de sí mismo, que es bien conocida, se levantó, y con enérgica frase y entonación vigorosa, muchas veces in-

terrumpido por los aplausos, dijo en francés, según un extracto que no puede menos de ser infiel é incompleto por haber sido tomado al oído:

«Faltaría á un deber de cortesía si no diese las gracias al Sr. Donon, capitalista francés, por las patrióticas frases pronunciadas al reseñar los sacrificios impuestos á la compañía, y al traer á la memoria los trabajos realizados á fin de dotar á la región gallega de vías férreas, que entrañan nuevos veneros de riqueza para el comercio, la agricultura y la industria nacional.

»He dicho ya que ibamos á emprender la campaña de la paz, donde no se cosechan los triunfos ruidosos de las victorias y los laureles de las armas vencedoras, sino los beneficios que producen la paz, el progreso y el trabajo impuesto por Dios al hombre, para engrandecer á los pueblos y para estimular más y más á los amantes de la patria.

»Acabáis de oir el silbido de la locomotora, que abre paso al anhelado desarrollo de nuestra prosperidad, debido principalmente á los capitales de una nación amiga, con la cual lucharemos, valiéndonos de las armas del trabajo inteligente, y en el mismo terreno, vencedores y vencidos, caminaremos unidos por la vía de la civilización y del progreso.»

El Rey terminó su brindis, repitiendo ó ratificando que en pacífica rivalidad España y Francia llegarían al terreno adonde aspiran ambos pueblos y ambiciona como nadie S. M., quien hizo además fervientes votos por la sincera y leal cordialidad de

relaciones entre Francia y España para la ventura de una y otra nación, ligadas por tantos vínculos y por tantos intereses.

El efecto que produjeron las habilísimas palabras del Rey, en nacionales y extranjeros, fué grandísimo; no pudiendo menos, tan unánime ovación, de conmover á la Reina.

Durante largo espacio no se oyeron más que aplausos y atronadores vivas.

El elocuente brindis real produjo en Paris muy buen efecto.

Después de haber pasado por Lugo, detúvose el tren regio entre Toral y Quereño para que D. Alfonso examinase los puentes de Mumao y de Cobas; más allá de Montefurado para ver los puentes de Solten, Sequeiros y Puebla, y entre Rubián y Oural para visitar el viaducto de Liñares, construcciones magníficas que merecieron elogios del augusto viajero.

He aquí en qué términos dió cuenta de la llegada de los Reyes á la Coruña, el inteligente corresponsal de *La Época* D. Luis Alfonso:

«El día se había decididamente maleado. A ratos lluvia copiosa, á ratos vientos huracanados, á ratos ambas cosas, y siempre con fresco que llegaba á frío.

A pesar de esto, la ciudad estaba engalanada, y animadas y concurridas las calles, especialmente la

Real, que recuerda á un tiempo la de las Sierpes, en Sevilla, la de Zaragoza, en Valencia, y la Carrera de San Jerónimo, en Madrid.

El gentío aumentaba, lloviese ó no, á medida que se aproximaba la hora de llegada del tren regio.

A las cinco de la tarde la batería da las salvas, y los disparos de los barcos de la escuadra anclados en el puerto y los indispensables cohetes en la calle, anunciaron que desembarcaban los Reyes en la estación de la Coruña.

En aquel momento, como por monárquica galantería de las nubes, apartáronse estas para dejar paso á la luz y suspender la lluvia, y D. Alfonso y doña Cristina, acompañados del primer alcalde, subieron en una carretela la cuesta que da entrada á la población, seguidos de larga fila de coches.

Apiñábase la multitud para saludar á los Reyes, presentaban armas los soldados formados en la carrera, sonaban las músicas, redoblaban los cohetes, y la espaciosa avenida de Juana Vega, la de los Cantones, que bordea el lindo paseo-jardín de Méndez-Núñez, la calle Real—donde estaban cuajados de hermosas coruñesas los balcones, y donde desde los del Círculo conservador echaron multitud de ramilletes al coche de los Monarcas y palomas y versos de otros—la calle del Riego de Agua—no menos henchida de gente—todas estas vías, tránsito desde la estación hasta la iglesia de San Jorge, ofrecían el halagüeño cuadro de un pueblo de fiesta y alegría que ve realizadas sus aspiraciones y que acoge,

cuando no con entusiasmo y amor, con respeto y cariño al jefe del Estado.

La carrera descubría en su ornato el buen gusto artístico de los coruñeses. Primero, en la avenida de Juana Vega destacaba un arco de triunfo enorme, formado por los productos industriales de la ciudad; columnas de toneles, capiteles de barriles, arquitrabes de cajas, lambrequines de velas, pabellones de redes... si la idea era ingeniosísima, la ejecución no le iba en zaga; seguía una alameda de mástiles con escudos y gallardetes; más adelante, á la entrada de la calle Real, alzábase otro arco á la romana imitando piedra, de clásico estilo y buen aspecto; al otro extremo de la citada calle erguíase un tercero de orden morisco, ó más bien mudéjar, también trazado con tino singular, y en lo alto de la ciudad vieja, frente á la capitanía general, habíase simulado asimismo con lienzos y tablas un arco de tres puertas, modestísima imitación del arco de Constantino en Roma, canon eterno de este linaje de monumentos arquitectónicos.

En San Jorge, templo del siglo pasado, bastante espacioso, sin especial mérito artístico y que sirve de colegiata mientras termina la restauración de la verdadera, se cantó el acostumbrado solemne *Te-Deum* y luego SS. MM. se trasladaron en el mismo coche á la Diputación provincial, donde tenían dispuesto el hospedaje.

El Rey, que vestía de capitán general en campaña, y la Reina, que adornaba su elegante cabeza

con un sombrerillo de flores azules, salieron al balcón á presenciar el desfile.

No fué llana tarea el realizarlo. La calle del Riego de Agua, merced al saliente del nombrado edificio (que es á la vez Diputación, gobierno civil, oficina telegráfica y teatro Principal, lo cual prueba que en efecto son muy aprovechados los gallegos), la calle, digo, es estrecha por extremo en aquel punto, y como la aglomeración de curiosos era enorme, si el paso de la infantería fué tan difícil que tenía que marchar casi sin orden y de dos ó tres de fondo, el de la caballería ofreció grave dificultad y no menor peligro, y un verdadero milagro fué que no ocurriesen numerosas desgracias, pues los cascos de los caballos rozaban los piés de las gentes de la calle. Con solo que una cabalgadura hubiera piafado eran inevitables atropellos, lesiones y desgracias en la muchedumbre estrujada entre el paso de la tropa y la pared de las casas.

Nada, por fortuna, ocurrió y el desfile se efectuó á maravilla, vitoreando jefes y soldados al Rey, al cruzar por delante de los balcones donde las reales personas se asomaban.

Mientras tanto, en las cocinas de la Diputación se trabajaba con ahinco en los preparativos para la comida de cuarenta y cinco cubiertos, que empezó á las ocho de la noche, en la que ocuparon los sitios preferentes junto á SS. MM. los ministros de Marina y Fomento, el presidente de la Diputación y el primer alcalde, y cuya comida amenizó una música militar.

Cerró la noche; pero las esperadas iluminaciones no lucieron; la lluvia lo impidió. No logró, empero, impedir que á la representación de *Lucrecia* en el teatro Principal, acudiera numeroso concurso, ganoso de aplaudir á un tenor que, cumplidos los 70 años, cautiva y embelesa todavía, si bien es cierto que ese tenor se llama Tamberlick—ni que dejara de obsequiar finamente á los periodistas madrileños con un excelente *lunch*, el director de *El Clamor de Galicia*, Sr. Acevedo, que defiende la política conservadora—ni que no se llevase á efecto el baile preparado en el Círculo de artesanos, donde las damas ocupaban los palcos, mientras lucían su gallardía y buen talante las graciosas coruñesas de la honrada clase proletaria.

Cabe añadir, que tampoco el tiempo lluvioso retrajo de la calle á la gente ávida de solazarse á toda costa.

Al siguiente día (domingo 2) no amainó el temporal. La salida del puerto se hizo imposible para los buques; las olas acudían en montañas vivientes de mar adentro hacia la costa, como amenazando sumergir la ciudad y repetir la catástrofe de Java... Comprendíase al verlas que de un solo empuje háyase tragado el mar una isla, porque el oleaje, cual si lo compusieran furiosos y espumantes los caballos todos de Neptuno, se alzaba en pavoroso monte de intenso verde oscuro, casi negro, dejando á su pié espantable abismo, y estrellándose después con formidable estruendo contra las rocas, cuyos más ele-

vados picos hacía desaparecer bajo la espuma.

Aquella mañana, mientras la Reina Cristina llevada de sus nobles sentimientos visitaba detenidamente los asilos y hospitales de la Coruña, el Rey recorría los cuarteles. Uno de ellos, vecino al mar, es edificio por sus proporciones y aspecto, majestuoso. Alfonso XII revisó las tropas y habló á los oficiales (aludiendo á los conatos de traición de no há mucho) con tan vigorosa elocuencia, que arrancó lágrimas de los ojos á algunos veteranos.

Lo que por la mañana con el ejército, hizo S. M. por la tarde con la marina, visitando la escuadra, ¡ay! que por lo insignificante y pobre, es palidísimo reflejo de lo que fué en otros tiempos.

Después de la visita oficial hizo el Rey una visita de cortesía al hermoso vapor *Pereire*, de la compañía Trasatlántica, lindamente engalanado para recibir al augusto visitante y donde había preparado un buen *buffet*.

Del programa de festejos para este día:—misa de campaña, desfile de tropas, certamen musical, regatas, iluminación, música y coros en el paseo de Méndez-Núñez y variadísimos fuegos artificiales—no pudo cumplirse un solo extremo. En cambio hubo por la tarde recepción (lo que antes se denominaba besamanos) en el regio hospedaje y función teatral de gala por la noche.

Esta función regia bien mereció en toda la fuerza del vocablo el epíteto de brillante. Brillaban las luces en la elegante sala del coliseo; brillaban las jo-

yas en los prendidos de las damas; brillaban aún más estas por su hermosura, condición que, al parecer, pertenece por juro de heredad á la Coruña; brillaba el talento artístico de Tamberlik, interpretando briosamente el *Poliuto*, y brillaba en suma, la majestad real en la despejada frente de D. Alfonso XII y en la de su egregia esposa.

El tercer día del mes el tiempo, hasta entonces tan vario, se fijó. En efecto metióse en agua cual si el mar de la Coruña se hubiese subido á las nubes y volviera á caer desde ellas. Verdad es que no sucedió esto sin que se desencadenara antes un viento huracanado que derribó mástiles, tronchó árboles, arrancó muestras de tiendas, echó abajo con estrépito un vistoso y esbelto arco arábigo dispuesto ante el embarcadero real y precipitó contra este una fragata desmantelada que, cual insepulto cadáver yacía junto á la playa, y que con el tremendo choque destrozó é inutilizó el embarcadero.

Los prácticos se opusieron á que SS. MM. hicieran embarcadas el viaje á Lequeitio, y no teniendo estas tiempo que perder salieron á las siete y cuarto de la tarde con dirección á Venta de Baños, expresando el deseo de que no se diese conocimiento de su paso á las autoridades ni á los pueblos por no producirles molestia alguna, á pesar de lo cual las autoridades y el pueblo esperaron en las estaciones para saludar el paso de sus Reyes.

El temporal retardó la llegada del tren real á Venta de Baños en dos horas; en Vitoria y en San Sebastián, recibieron á los Reyes con verdadero entusiasmo, volviéndose desde Hendaya S. M. la Reina después de haberse despedido muy cariñosamente de su augusto esposo; en San Juan de Luz y en Biarritz acudieron á la estación la gran mayoría de los españoles allí residentes, deseosos de ofrecer al Monarca el cariñoso tributo de su lealtad. D. Alfonso saludó desde el balconcillo del salón con su afabilidad acostumbrada á cuantos habían acudido á saludarle, pero en su fisonomía, á través del contento de hallar en suelo extranjero un pedazo de su amada España, creyeron algunos descubrir la noble preocupación del Príncipe y del padre que se alejaba de objetos amados y que sentía aún la amarga impresión de sucesos tristísimos. Desde la frontera francesa, donde fueron tributados á S. M. honores militares formando algunas compañías de infantería, de gendarmes y de marineros, y donde acudieron á saludarle al pie del wagón, un general francés, el prefecto y el alcalde;—desde la frontera decimos, viajó S. M. de rigoroso incógnito en un salón unido al trén express, haciendo su entrada en Paris al amanecer del día siguiente.

II.

Llegada á Paris.—En la estación de Orleans.—El hotel de la Embajada.—De Paris á Munich.—Recuerdos de Strasburgo.—Recibimiento en la capital de Baviera.—El palacio de Nimphenburgo.—Paseo por la ciudad.—La Exposición de Bellas Artes.—El *Hof Theater*.—Despedida.—De Munich á Viena.—Salzburgo.—Llegada á Viena.

ALGUIEN ha dicho que la puntualidad es la cortesía de los Reyes; la compañía del ferrocarril de Orleans no quiso que por su culpa se desmintiese el adagio, y á la hora que el reglamento marca, entró majestuosamente en la estación el tren conduciendo á nuestro Monarca y comitiva que le acompañaba.

Esta es la ocasión de decir que la formaban:

El Excmo. Sr. Marqués de Alcañices, Duque de Sexto, Jefe superior de palacio. Mayordomo, Caballerizo, Montero mayor, Guarda sellos de S. M.

El Excmo. Sr. Marqués de la Vega de Armijo, Ministro de Estado.

El Excmo. Sr. Conde de Morphy, secretario particular de S. M.

El general Blanco, primer ayudante de S. M. y los ayudantes brigadier Goicochea y coronel, Conde de Mirasol.

En el andén de la *gâre de Orleans* le aguardaban entre otras muchas personas su amante padre el Rey D. Francisco de Asis, el embajador Duque de Fernán-Núñez con todo el personal de la embajada, la comisión de Hacienda, el consulado, los ministros de España en San Petersburgo, Lóndres y Bruselas, señores Marqueses de Campo-Sagrado y de Casa la Iglesia y Merry del Val, los Marqueses de Castel-Moncayo, de la Mina, de Guadalmina y de Casa-Fuerte; los Condes de Bernar, de Vilches, de Casa-Miranda y de San Rafael de Luyanó; los hermanos Zarco del Valle, el Duque de Morny, el general Marín, el Sr. Moret y el embajador de Francia en España Barón des Michels.

Se detuvo el tren, y D. Alfonso descendió del wagón para abrazar al Rey D. Francisco, que ya se había adelantado hacia él.

Después el Monarca dió la mano á nuestro digno embajador, y acto seguido, éste presentó á S. M. á los señores general Pittié, jefe del cuarto militar del Presidente de la república, y á M. Mollard, introductor de embajadores, enviados expresamente por M. Grevy para saludar al Monarca.

En la plaza de la estación se hallaban esperando, entre otros muchos coches seis hermosos landós enganchados á tronco, que el Sr. Duque de Fernán-Núñez puso á la disposición de S. M.

D. Alfonso subió á uno de ellos, teniendo á su izquierda al Rey D. Francisco; al vidrio iban el embajador de España y el general Pittié.

La Duquesa de Fernán-Núñez, que acompañada de sus hijos los Marqueses de la Mina, y de Castel-Moncayo, había llegado la noche anterior de Dave, esperaba la llegada del Rey en el ante-salón del trono de la embajada, con el Duque de Montpensier.

Poco después de su llegada recibió el Soberano la visita de su primo el Conde de Paris, hoy legítimo representante de la casa de Francia, almorzando luego en Epinay con su augusto padre.

S. M. el Rey hubiera querido visitar en esta ocasión la Francia oficialmente, pero el Presidente de la República francesa se hallaba de *villegiatura*, en Mont-sous-Vaudrey y galante nuestro Soberano no quiso que se le molestase en lo más mínimo. Decidióse pues á seguir su viaje deteniéndose á la vuelta en Paris, donde ya hablaban los periódicos de preparativos de fiestas para recibirle. La prensa monárquica fué sin embargo, la única que saludó cortesmente el paso del Rey, ciñéndose á contar los pormenores de su llegada la restante. Algún periódico radical llegó á hablar de S. M. con escaso respeto. Falta de costumbre.

Acudieron, por el contrario, á inscribirse en la embajada el cuerpo diplomático extranjero en masa, lo más distinguido de las colonias francesa y española, todos los Rotschilds y alto personal del Gobierno francés, ministros, presidentes de las Cámaras, etc.

Y á propósito de la embajada, que ocupa, como es sabido, el antiguo y precioso hotel de la Princesa de Sagan, situado en la calle de Saint Dominique, es curioso añadir que S. M. tenía á su disposición el salón de los Duques de Fernán-Núñez que es un verdadero museo de preciosidades artísticas, y en el que figuran, entre otros objetos, un biombo de felpa con multitud de fotografías, entre estas las de la Princesa Victoria, hija de la Reina de Inglaterra, la de la Duquesa de Sexto, las de las señoras de Arellano y Dupuy de Lôme, la de la Duquesa de Alba en una charrette con sus hijos D. Jaime y doña Sol, jinetes ambos en graciosas jacas; una alcoba con cama de laca blanca llena de lindas pinturas; tocador y sala de baño, piezas lujosa y confortablemente dispuestas.

En los muros de la escalera y de la ante-cámara veíanse grandes cuadros antiguos de indisputable mérito artístico representando personajes de familias reales de España.

Por la tarde recibió el Rey la visita del ministro de negocios extranjeros M. Chalemel-Lacour, no habiendo acudido el presidente del Consejo M. Jules Ferry, por su salida precipitada para conferenciar con el Presidente de la República de resultas de existir desacuerdo entre los ministros sobre la cuestión del Tonkín.

En cuanto á la embajada de España, demostró tal previsión hasta en los más pequeños pormenores relacionados con la estancia del Rey en el antiguo

hotel de la Princesa de Sagan, que S. M. expresó más de una vez su agradecimiento, tanto á los Duques de Fernán-Núñez, como al infatigable primer secretario, Sr. Arellano.

Al anochecer del mismo día 6 se puso en marcha otra vez la regia comitiva, camino de la estación del Este, cnyos alrededores estaban ocupados por una multitud mal contenida por los guardias de paz que formaban calle para dejar paso á los coches.

En el gran salón dispuesto esperaban infinidad de personas más, que las que habían concurrido por la mañana, entre ellas las bellas secretarias de la embajada y la no menos bella Duquesa Angela de Medinaceli, la cual como entrara en el andén inmediatamente después del Rey, oyó decir al galante señor Moret:

—*Après la royauté, la beauté.*

La despedida en la *gare del Este* fué aún más cariñosa que la recepción por la mañana en la de Orleans.

La comitiva real ocupaba un salón en el que se había preparado al Rey una cama, un wagón *Sleeping-car*, y varios departamentos de primera para la servidumbre interior. El Rey, prefirió sin embargo, pasar la noche en el *Sleeping-car*.

Al amanecer penetró el trén que lo conducía en territorio alemán, deteniéndose en *Deuch-Avricourt*, donde está la aduana. Los equipajes de la comitiva real fueron respetados.

Los coches alemanes son, como es sabido, más có-

modos que los españoles, por tener cada wagón un cuartito de aseo. Los empleados de la línea tanto por su organización, como por su uniforme, llaman siempre la atención de los que viajan por Alemania.

Puesto el tren en marcha empezamos á recorrer las hermosas llanuras de la Alsacia y Lorena, que nos recuerdan la última guerra franco-prusiana.

Pronto se divisan las fortificaciones de Strasburgo, donde se detiene el tren en magnífica estación.

La capital de la Alsacia y la Lorena, opuso, como es sabido, una heróica resistencia á las armas prusianas. El sitio duró mes y medio y la plaza no se rindió, sino después de treinta y nueve días de bombardeo. Hoy se ha repuesto de los males que le produjo la guerra, aumentando considerablemente sus medios de defensa. En el triste caso de una nueva lucha costará tanto trabajo hacer bajar el pabellón alemán como costó el año 71 hacer bajar el pabellón francés. Y mientras tanto, la Alsacia-Lorena no sabe si es francesa ó alemana, pues lo mismo que dicen hoy los franceses de su anexión al imperio alemán, dirían los alemanes del siglo XVII cuando se la anexionó Luis XIV.

El tren va dando vuelta á la ciudad; vese perfectamente su catedral esbelta, que es un compendio del arte gótico desde su origen hasta la última época, y vense también algunas fortificaciones de la que era la tercera plaza fuerte de Francia.

Atravesamos el Rhin sobre un puente de hierro junto á uno de barcas en Kehl, y llegamos á Affen-

weier y al poco tiempo á Oos, estación donde se bajan los viajeros para Baden-Baden, ciudad á la que han hecho famosa su situación pintoresca en la falda de la Selva Negra, sus aguas medicinales, sus lujosos hoteles y en otro tiempo su ruleta, en torno á la cual agrupábanse los jugadores más distinguidos de Europa.

Á la derecha vese la espesísima Selva Negra.

Después pasamos por Rastatt, antigua residencia de los Marqueses de Baden-Baden, en el que se conserva su castillo, y llegamos á la bellísima ciudad de Carlsruhe, capital del gran ducado de Baden.

Desde la ventanilla del ferrocarril vese la ancha calle de Carlos Federico, que conduce al castillo, la estatua del ministro Winter, el monumento del Gran Duque y el palacio de los Margraves.

En Carlsruhe salió á saludar á S. M. el comandante de la plaza general Vogel.

El tren sigue hácia Stuttgard, atravesando un país de frondosos bosques y verdes praderas.

Salimos del gran ducado de Baden y entramos en el reino de Wurtemberg. La situación de la capital de Wurtemberg, en un valle rodeado de colinas, no puede ser más deliciosa; pero apenas nos deja el tren tiempo de mirar el paisaje siguiendo hacia Ulm, Augsburgo y Munich.

Eran las siete y cuarto del viernes 8 cuando entraba en la monumental estación de la capital de

Baviera el tren que conducía á S. M. En el andén aguardaba S. A. doña Paz, sencillamente vestida de negro, el príncipe Luis Fernando de gran uniforme, la baronesa Reichlin, camarera de la infanta, el conde Teck, mayordomo mayor, el médico de SS. AA. que estuvo en Madrid, el cónsul de España, un simpático alemán, llamado Carlos Rosipal, algunas otras personas de la comitiva y los Sres. Tubino, presidente de la Sección española de la Exposición de Bellas-Artes, y Fabié el cual se había detenido en esta ciudad á la vuelta del Congreso de Copenhague, al que asistió representando á la Academia de la Historia.

El Rey abrazó tiernísimamente á su hermana, besándola en ambas mejillas. La escena fué conmovedora. Después saludó al Príncipe y á las demás personas de su comitiva, trasladándose todos en cinco *landaux* azules con las armas reales y enganchados á tronco al palacio de Nimphenburgo, donde se sirvió la comida á la que asistieron, además de las personas citadas, la Infanta Amalia con sus hijas, doña Elvira y doña Clara.

El camino que conduce al real sitio de Nymphenburgo distante próximamente una hora, es la continuación de la principal avenida de Munich. A un lado y á otro del mismo hay numerosos restaurants, los que se ven por la tarde llenos de aficionados á la buena cerveza y á los walses más populares tocados por orquestas que no constan generalmente de más de diez ó doce profesores.

Por esta carretera circulan varios tranvías, entre ellos algunos de vapor, los que tienen cierto parecido con los que van desde Barcelona á los pueblos del llano, diferenciándose sin embargo en que estos son más cómodos y elegantes, y en que su color exterior es siempre azul celeste, color nacional.

Precede al palacio, de muy agradable aspecto, una gran plaza, así como por la parte posterior se extiende un delicioso parterre, y más allá, un frondoso bosque en el que se crian en abundancia los ciervos y los gamos blancos, especie zoológica bastante rara.

La decoración interior del palacio es del gusto del imperio, abundando allí los magníficos gobelinos, los dorados, los lienzos de pintores célebres y los bronces y porcelanas. Da acceso al mismo suntuosa escalera.

El salón que sirve de estudio á la hermana de S. M. el Rey no puede negarse que tiene sabor nacional. Hállase decorado con vistosas mantas jerezanas; de los muros penden lienzos y acuarelas con las firmas de nuestros más célebres pintores; y aquí y allá en artístico desorden no exento de coquetería, ya los damasquinados de Toledo y de Zuloaga, ya la tela antigua, ya la española guitarra, ya el cartel impreso sobre raso de la corrida de Beneficencia.

D. Alfonso ocupó las habitaciones pertenecientes al Rey de Baviera, que son las mejores del palacio. Entre ellos un espacioso y elegante salón de recibo, cuyas paredes estaban vestidas de brocatel; la alcoba tapizada de brocado antiguo, y el cuarto

tocador amueblado completamente á la moderna.

Tienen fama las preciosas estufas de Nimphenburgo, en las que abundan las más raras especies tropicales.

Al día siguiente, como día de la Virgen, se dijo misa en la capilla del parque, que ocupa una posición preciosa, escondida como se halla entre el follaje. Y luégo, mientras los señores que componían la comitiva recorrían la artística capital de Baviera, S. M. paseaba del brazo con su hermana, á quien adora, por el bosque de Palacio y la pedía noticias de su vida y la hablaba de España y se enteraba con gusto de la felicidad que disfruta doña Paz.

Dejemos á D. Alfonso pasear por el jardín con su hermana—como diría en nuestro caso un novelista—y trasladémonos á Munich con los señores de la comitiva real.

El tiempo es escaso, y sólo podemos formar una idea somera de la población.

Munchen (monje) se llama en alemán porque el terreno donde se fundó, en 1158, por Enrique el León, pertenecía á los monjes de Schæftharn. Empezó á prosperar Munich en tiempo de los Waittelstach, pero el verdadero fundador de la ciudad, tal como está hoy, fué el Rey Luis I, muerto en 1868.

Era este monarca aficionadísimo á las artes y se propuso hacer de su corte un centro de ellas, no sólo acopiando cuadros, estatuas y objetos arqueológicos en los museos, sino haciendo de la ciudad toda un museo público.

Para el efecto llamó junto así al arquitecto Kleuze, al escultor Shwanthaler y á los pintores Cornelius y Kaulbach, y todos ellos con sus magníficas obras hicieron de Munich lo que veremos, ó más bien admiraremos en una rápida correría.

Instalémonos en la plaza Max-Joseph, que puede considerarse como el centro de la ciudad. No es muy grande ni muy alegre, pero la enriquecen varios edificios monumentales, que son: al N. el Palacio Real, al S. la Casa de Correos, al E. el Teatro de la Corte.

La fachada del Palacio, que aquí se llama la *Residencia*, es copia del Palacio Pitti de Florencia, pero no produce tan buen efecto como en la capital toscana, donde destaca en alto.

La *Residencia* se divide en tres partes: el *Kœingsbau*, que es el que tiene la fachada antedicha; el *Festsaalbau*, que da sobre el jardín, y la *Residencia Antigua*, que está entre los dos.

En conjunto es un edificio majestuoso por dentro y por fuera, de estilo del Renacimiento y que contiene extensos salones ricamente decorados. Sobresalen: el de *baile* por sus relieves y adornos de escultura; el de las *batallas* por sus doce grandes lienzos pintados por artistas alemanes; el del *trono* donde hay dos soberbias estatuas en bronce dorado de Shwanthaler, y por fin las cinco grandes salas de los frescos de Schnorr, que son diez y nueve y representan escenas del antiguo poema nacional los Nibelungos.

Llama también la atención en este espléndido Palacio el *Tesoro*, donde se guardan verdaderas preciosidades de orfebrería, las coronas del elector Federico V, del Emperador Enrique el Santo y de la Emperatriz Cunegunda, un diamante azul, una perla blanca y negra y otras riquezas.

A las personas de buen gusto, y máxime si son jóvenes, les encanta aún más que estas joyas, la colección de retratos de mujeres hermosas, en número de 36, que tuvo el buen acuerdo de reunir el Rey Luis y que adornan los gabinetes.

Es también curioso ver las habitaciones donde Napoleon I tuvo preso á Pío VI, para que le divorciara de la Emperatriz Josefina.

La fachada que da al jardín, *Wotgarten*, es muy hermosa y tiene el dibujo de las más exornadas del Renacimiento; y hay en él una serie de arcadas con pinturas al fresco en su interior.

Volvamos á la plaza: el Correo ostenta un pórtico de columnas con pinturas pompeyanas en los muros.

El teatro Real, como diriamos en Madrid, no ofrece nada extraordinario en su parte externa, que es de estilo griego. El interior es muy capaz (para 2.500 espectadores) y en él estrenó Wagner una buena parte de sus óperas.

En medio de la plaza se eleva una estatua colosal, sentada, obra de Rauch, que representa á Maximiliano I de Baviera, ó sea Max-Joseph.

Partiendo de la plaza de este nombre á la derecha (ó sea á Oriente), se extiende la calle de Maxi-

miliano, y hacia el N. (después de una calleja) la de Luis. Ambas con la de Brienner, que arranca de la de Luis y la de Barer, que cruza la de Brienner, son las más importantes de Munich por los monumentos y edificios que hay en ellas.

En la primera esta la Casa Moneda, el Palacio del Gobierno, el Museo Nacional, el monumento de Maximiliano II y el *Maximilianeum* al extremo, además de muchas y bellas construcciones modernas, entre ellas la fonda de las Cuatro Naciones, una de las mejores de Munich.

El *Museo Nacional*, que por fuera admira, por dentro aturde. Es un gran palacio de gótica fachada de piedra, cuajada de relieves, estatuas y adornos en cuyos tres pisos y cincuenta salas, se ve, perfectamente ordenada, una de las colecciones arqueológicas más ricas del mundo y donde hay millares de millares de bronces, marfiles, tapices, muebles, porcelanas, lozas, adornos, alhajas, vidrios, armas y objetos artísticos y curiosos de toda especie de la Edad Antigua, la Edad Media, el Renacimiento y la Edad Moderna, desde un altar romano hasta una mesa de porcelana de Napoleon I.

Delante del Museo Nacional, edificado según dibujo de Riedel y costeado por Maximiliano II, se ensancha la calle formando una especie de plaza con jardín, donde destaca una estatua en bronce dorado de dicho monarca.

La calle llega al río (el Isar), lo atraviesa por un hermoso puente y termina ante el *Maximilianeum*,

que es un edificio grandioso, enorme y extraño, puesto en alto, cuya fachada es una prolongada y doble galería de arcadas y al que se sube por rampas accesibles á los coches. Corona el cuerpo central una gran Victoria de bronce, y excelentes frescos de Piloty (el jefe de la moderna escuela alemana) decoran varios medios puntos.

El objeto á que está destinado este edificio no es menos singular que su aspecto. Es una escuela superior de empleados, donde se sigue una carrera como en una Universidad, para seguir luego, previo examen favorable, en su destino.

En Baviera no se conquistan los puestos públicos por influencias, sino por méritos personales, y están tan atrasados que aún creen que es preciso hacer estudios especiales para desempeñar un destino. En España estamos más adelantados; cualquier español sirve para ministro; por supuesto para ministro español.

El nombrado Maximiliano II, fué el fundador del edificio y de la escuela. Nuestro Rey se enteró detenidamente de su organización.

Retrocediendo ahora á la plaza Max-Joseph y tomando por la *Ludwig-Strasse* (calle de Luis) hallamos primero la *Galería de los Generales* ó sea un porche de piedra, copia de la célebre *Loggia dei lanzi* de Florencia. De las estatuas de generales bávaros que la han de poblar, sólo hay dos Tilly y Wrede.

Viene después la iglesia de las Teatinas de estilo moderno, algo churrigueresco;—el *Oden*, sala de

conciertos, la estatua ecuestre del Rey Luis en la plaza de aquel nombre, la *Biblioteca*, de severa fachada y de gran riqueza en manuscritos, entre ellos el «Breviario de Alarico» hecho en el siglo v en España; la iglesia de San Luis muy bonita exteriormente y detrás de cuyo altar mayor está la obra maestra de Cornelius, un fresco enorme, el juicio final, notable de dibujo, pobre de color que no puede competir con el famoso de Miguel Angel.

En la plaza que hay al extremo de la calle vimos la Universidad, el Seminario y una gran Casa de educación instituidas por Max Joseph.

Termina la calle un soberbio arco de triunfo, reprodución exacta del de Constantino en Roma y que se llama puerta de la Victoria. En lo alto hay una estatua colosal de Baviera rigiendo una cuádriga de leones.

A mitad de la calle Brienner, que parte de la *Ludwigs Strasse*, está la plaza Carolina en cuyo centro se erigió un obelisco á la memoria de los 30 000 bávaros muertos en la guerra de Rusia y hácia el extremo una gran plaza *(Konings Platz)* que tiene á la derecha la Glypcoteca, á la izquierda el palacio de Exposiciones artísticas y enfrente los Propyleos.

Estos son una resurrección hecha per Klenze del edificio ateniense de igual nombre; son de puro orden dórico y destacan en medio de la plaza como la puerta de Alcalá en Madrid, aunque de muy distinta forma arquitectónica.

El palacio de Exposiciones es también de estilo griego y encierra obras artísticas del día, como su nombre expresa. En cuanto á la Glypcoteca, griega también, que es elegante y pura en su exterior, es interiormente un museo escultórico de notable valía. Allí se ven, en lo antiguo, los renombrados mármoles de Egina, primera manifestación de la estatuaria griega; y en lo moderno preciosas figuras de Canova, Tenerani y Thorwaldsen.

No lejos de allí, á espalda de este Museo, se halla el de pinturas llamado la *Pinacoteca antigua*, que presenta la forma de un palacio romano. Tiene dos pisos: en el bajo está la colección de estampas y de dibujos y una galería de vasos romanos y etruscos además de obras artísticas de la antigüedad. En el piso alto se admira una de las mejores colecciones de pinturas que hay en Europa.

Las salas, que son muchas, así como los gabinetes donde están los cuadros chicos, se hallan muy bien adornadas y dispuestas. Vimos en ellas muy buenos cuadros italianos, incluso de Rafael y Tiziano; alemanes antiguos, hay algunos excelentes, pero en lo que consiste la principal riqueza de la Pinacoteca antigua es en obras de las escuelas flamenca y holandesa. Rubens está representado admirablemente; la «Caza del león,» el «Juicio final» y otros, son lienzos de primer orden y como no los hay mejores en ningún museo; de Vandyck hay retratos notabilísimos, y de Rembrandt, cuadros de mucho valor; España obtiene muy buen lugar, gracias á seis

Murillos, entre ellos, unos chiquillos de la calle, verdaderamente deliciosos.

A poco trecho de la antigua está la *Pinacoteca nueva*, que exteriormente es muy rara. Figuraos un grueso y prolongado paredón liso, con una puerta y algunas ventanas bajas. Se hizo la fachada tan maciza para que un pintor, llamado Nelson, ejecutara al fresco siete enormes composiciones, cuyos bocetos que le hizo Kaulbach al óleo, se enseñan dentro del Museo.

Este contiene en la planta baja una buena colección de pequeños objetos antiguos, y copias acabadísimas en porcelana de lo mejor de la Pinacoteca antigua. En lo alto se exponen cuadros alemanes modernos. No son muchos ni muy extraordinarios. Sobresalen, un gran lienzo de Piloty, los de Kaulbach, las imitaciones de la época rafaelesca por Overbeck y su escuela y unos paisajes de Rottman dispuestos en una sala *ad hoc* con una luz especial, que produce mucha ilusión.

Ambas Pinacotecas están en la calle Barer, que cité.

Como esta reseña va haciéndose pesada para un viaje tan á la ligera, no haré ya más que recordar de pasada, entre las muchas cosas notables que Munich ofrece, la *Basílica*, magnífico templo hecho y decorado por el modelo de San Pablo en Roma; la Iglesia de la Corte, de estilo bizantino y muy bella; la nueva Casa de la Ciudad, no menos bella, que imita los antiguos *Hotels de Ville* góticos; la *Isar Thor*

puerta antigua y curiosísima de la ciudad vieja con dos torreones, una torre central, labores góticas y un friso al fresco sobre fondo dorado; el *Buhmeshalle*, ó gran galería griega, fuera de la ciudad, y que sirve como de fondo á una estatua en bronce de Baviera, modelada por Shwanthaler, que mide 16 metros de alto, por el interior de la cual se sube hasta el hueco de la cabeza, donde caben muy bien seis ú ocho personas, y cuyos ojos sirven de ventanas.

Y no hablo de otras academias, escuelas, iglesias, plazas, edificios y paseos (entre estos el Jardín Inglés que es muy bonito y pintoresco) para detenerme en el Palacio de Cristal *(Glaspalazt)* que se construyó en 1854, á semejanza del de Londres, destinado como éste á exposiciones y que ahora tenía la de bellas artes.

En ella estaba España muy dignamente representada, gracias á Pradilla, Casado, Vera, Ribera, Jimenez y otros varios. Sus obras, como ya supieron á su tiempo mis lectores, han sido muy apreciadas, algunas adquiridas á elevados precios.

La sala en que se exhibieron, estaba perfectamente adornada con una estatua de Velazquez, obra de un artista español, plantas, una fuentecilla y otros apropiados accesorios, como los escudos de España y los nombres de todos nuestros pintores más ilustres ya muertos.

El Rey visitó detenidamente la exposición.

Como recuerdo de la regia visita, sacóse luégo un

grupo fotográfico de S. M. y AA. con sus comitivas en el salón de honor de España.

Los alemanes no se agrupan como los españoles cuando pasa un rey; así es que D. Alfonso pudo pasear libremente por la Exposición sin que nadie le estorbara el paso.

Detúvose después de la seccion española en la alemana ante un cuadro que representa á todos los diplomáticos que tomaron parte en el último Congreso de Berlín.

Esta sección, como es de suponer, abundaba en cuadros, muchos de ellos notables. Las secciónes francesa, italiana, inglesa, austriaca y belga estaban asimismo representadas dignamente.

Desde la Exposición de Bellas-Artes trasladáronse S. M. y AA. á la ópera, que da principio en Munich, á las siete, ocupando el proscenio de la derecha que no tenía distintivo alguno.

Debido á esto, á no ser costumbre tocar marcha alguna cuando una persona real asiste al teatro, y al carácter poco impresionable de los alemanes, S. M. consiguió su objeto de pasar completamente desapercibido.

El teatro de la corte *Hof Teater*, situado en la plaza de Max-Joseph, y cuya fachada decorada con pinturas recuerda por su estilo arquitectónico nuestro Congreso, es el mayor de Alemania. Mide 48 metros de altura, 63 de ancho y 73 de fondo, y puede contener, harto incómodamente por cierto, unos 2 500 espectadores.

Su aspecto nos recuerda el de Doña María de Lisboa.

El escenario es casi tan grande como el de nuestro teatro Real. No tiene pasillos en el centro, y á pesar de su telon metálico, de macizo hierro, en caso de incendio se achicharrarían la mitad de los espectadores.

Durante la representación se queda el teatro medio á oscuras y el público oye la ópera con un silencio y una atención que no puede menos de admirar á un madrileño.

La ópera cómica *Der Massenschmied*, original letra y música de Alberto Lorkin, nos pareció agradable y bien cantada. Distinguióse en su interpretación el bajo Herr Kindermann y la tiple Fraulein Dekler.

A las nueve y cuarto concluyó la ópera, y S. M. volvióse á Nimphenburgo, donde se sirvió una espléndida cena.

A despedir á S. M. acudieron á la estación, al siguiente día 9, las mismas personas que á su llegada.

En la cara de S. A. Doña Paz se advertía que eran muy otras las impresiones que había experimentado su ánimo al esperar á su augusto hermano y al despedirle. La ausencia no será, empero, muy larga, puesto que los Príncipes de Baviera se proponen pasar algunas temporadas en Madrid.

De Munich á Rosemheim el camino es uniforme, aunque agradable.

Al llegar á Haidhausen distínguense los Alpes en

el horizonte después de atravesar por un bosque hermosísimo.

Pronto se presenta á la vista el extenso valle del Attel con el monte Wendelstein en primer término y el Kaisergebirge y el Venediger á la izquierda. Después se llega á Rosemheim, preciosa ciudad donde se bifurca la línea en dos ramales, uno que va á Inspruk, y otro, el que seguimos, que va á Salzsburgo.

Franqueamos el *Inn* y pasamos junto á un precioso lago rodeado de árboles.

El terreno sigue después accidentado y muy pintoresco.

Costeamos otro lago, el Chiensee, en el que hay tres islas con un convento en cada una de ellas y que tiene por fondo la cadena de montañas de la Baviera y del Tirol, y avistamos Bergen, donde existen los baños de Adelholzen con manantiales nitrosos, sulfurosos y aluminosos.

Traunsteim, adonde llegamos luego, es un pueblecito floreciente, muy frecuentado en verano por los viajeros: se alza en la falda de un monte y posee muy ricas salinas.

Luego atravesamos por entre montecillos cubiertos de bosques y de prados hasta Teisendorf, en la cima de cuyos vecinos montes se descubren las ruinas del castillo de Raschemberg.

En Freilassing, que es la estación siguiente, se halla establecida la aduana bávara y es punto de partida de un ramal de vía férrea que conduce á los pintorescos baños de Reichenhall.

Cruzamos un puente sobre el rio Salzach, y saliendo de la Alemania del Norte llegamos á Salzburgo, primera estación del imperio austriaco, la que se destaca sobre bellísimo paisaje.

Salzburgo pasa, con justicia, por ser uno de los puntos más bellos del país germánico. A sus bellezas naturales se unen las artísticas á tal punto, que esta ciudad recuerda las de Italia por el número y mérito de sus monumentos.

Fué en otros tiempos capital de un rico principado eclesiástico, y unas veces bávara y austriaca otras, es lo último desde 1814, conservándose como residencia ó sede de un príncipe-arzobispo.

Asiéntase entre la falda del monte Moenchsberg y el cáuce del rio Salzach de un modo tan caprichoso como lindo, y mientras que unas casas se miran en el río, otras se apoyan en la roca viva de la montaña; domina la ciudad la fortaleza de Hoen-Salzburgo, que data del siglo IX...

Entre otras curiosidades conserva la casa donde nació y la casa en que vivió el dulce Mozart. Los salzburgeses han levantado además una estatua al gran compositor en la plaza que lleva su nombre.

En Salzburgo aguardaban en la estación, el general Graevich, el mayor Rosember, director de viajes del Emperador, el *Graf* (conde) Tun, el *Statthaeter*, ó sea gobernador de Salzburgo, y otras autoridades civiles y militares además de los directores de la línea.

Los generales citados, que son ayudantes del Em-

perador, vestían uniforme, consistente en pantalón grana, guerrera blanca y sombrero apuntado con plumero verde.

En la estación veíase asimismo al comandante de artillería D. Vicente Sanchíz, el que, hallándose casualmente en Salzburgo con su esposa, que es una hermosísima norte-americana, creyó oportuno vestir el uniforme para saludar á S. M.

En pocos minutos organizóse el tren imperial, formado por un coche-salón del Emperador y cuatro coches de primera, poniéndose de nuevo en marcha.

El tren atraviesa el valle de Salzach: á la derecha vése la redonda cima del *Gaisberg*, y á la izquierda el *Untersberg* y el *Watzmann*.

Las aldeanas que distinguimos al paso llevan redondo sombrero de paja, corpiño de terciopelo y falda grana, como las pastoras de los nacimientos.

Pronto avistamos el lago de *Seckirchen*, en cuyas azules aguas se refleja un momento el tren y se nos aparecen los Alpes en todo su esplendor.

Algunas de las estaciones siguientes se llaman: *Vœcklabruck*, en donde se conservan restos de antiguas fortificaciones y ruinas del castillo de *Wartenbourg; Lambach*, situada en escarpadísimo monte, en la cumbre del cual existe una hermosa abadía de benedictinos y una iglesia levantada en honor de la Santísima Trinidad, en que todo es triple, las torres, las puertas, los colores de los mármoles del pavimento y hasta la forma, que es triangular; sigue

Linz, capital del Austria superior, á orillas del Danubio y muy animada cuando pasó el Rey, por estarse celebrando la Exposición de Agricultura y coincidir con una fiesta popular; *Enns*, cuyas fortificaciones un tiempo famosas fueron costeadas con el rescate que pagó Inglaterra por Ricardo *Corazon de León; Melk*, el más hermoso punto de la línea, al salir de cuya ciudad se atraviesa un túnel; *Loosdoorf*, en que aparecen al viajero como tres fantásticas apariciones los castillos de *Schallabourg*, *Albrechtsber* y *Osterbourg* en medio de viñedos hermosísimos; *Prinzensdorf*, donde parece que otro castillo, el de *Hoheneck*, se recuesta en la montaña; *Saint-Poelten*, donde se halla establecida la Escuela imperial de ingenieros; *Neulegenbach*, punto muy elevado de la montaña, desde donde se ve el castillo señorial de *Liechtentein*.

Vense además otros castillos, situados en las más pintorescas posiciones, cuyos nombres enrevesados se resiste á copiar el lápiz, y pertenecientes cuál al Príncipe últimamente citado, cuál al Príncipe-arzobispo de Viena, cuál al Archiduque Luis Víctor.

Nótase ya, al llegar aquí, la proximidad de la capital. Pruébanlo estaciones como Puckersdorf, en que el camino atraviesa el bosque de Viena y *Hütelsdorf*, cuajado de casas de campo, á las que van á pasar los domingos los vieneses. Atravesamos el *Thiergarten* y *Schoembrum*, que es á Viena lo que la Granja á Madrid, con un castillo, jardines, estatuas, estufas y fuentes, y llegamos á la capital del imperio.

Una observación antes de dejar el tren.

Los coches austriacos están admirablemente acondicionados. La berlina en que viajamos tenía, además de asiento susceptible de trasformarse en cama, mesa, espejo y un aparato con un termómetro para poner el coche á la temperatura apetecible.

Es el colmo de la comodidad.

III.

Recibimiento que hace á D. Alfonso el Emperador.—El *Bourg*.—Maniobras militares.—Expedición á Baden.—Inauguración del *Rathaus*.—Recuerdo del cerco de Viena.—Exposición histórica.—Banquete en el castillo imperial.—Brindis.—Habitaciones de D. Alfonso en el *Bourg*.—*Schoembrum*.—La ópera.—*El patrio hogar* y el *Tronco de hierro*.—El baile en el *Hof-Opern-Theater*.

EN Salzburgo, frontera austriaca, según hemos dicho, abandonó S. M. el incógnito, y durante el trayecto cambió el traje de camino por el uniforme de coronel del regimiento austriaco, con la banda de San Esteban, gracias ambas que debía al Emperador, haciendo así su entrada en Viena.

En la estación, iluminada con luz eléctrica, aguardaban: el Emperador, vestido de uniforme de gran feld-mariscal, con la banda de Carlos III y el Toisón de Oro; el Príncipe Rodolfo y los Archiduques Carlos Luis, hermano del Emperador, Alberto, Raniero, Guillermo, Eugenio, José, Juan, Federico y Segismundo. Una completa familia de Archiduques.

Alguno de ellos que habitaba en el campo, había hecho el viaje expresamente para recibir á D. Alfonso, regresando al día siguiente á sus posesiones.

Estaban además la Archiduquesa Isabel, madre de nuestra Reina; las comitivas de todas estas reales personas; el capitán general baron Baüer; nuestro ministro Sr. Conti con los secretarios de la legación; el cónsul de España Sr. Erlanger, que es austriaco; el director de policía, cargo allí de importancia, autoridades, dignatarios, etc., etc.

El golpe de vista que ofrecía tanto vistoso uniforme, iluminado por la luz eléctrica, no podía ser más brillante.

Hacían los honores dos compañías con bandera y música del regimiento duque de Nassau, y cuando penetró en la estación el tren imperial, conducido por un director de la compañía, resonaron los acordes de nuestra Marcha Real, tocada con extraordinaria lentitud.

Al bajarse el Rey ante tan deslumbrador cortejo, notábase cierta emoción en su rostro, á pesar de su habitual serenidad. Sin duda la ciudad en que se había educado de niño cuando no tenía certeza de llegar á ocupar el trono, trajo á su mente diversidad de recuerdos.

El Emperador le abrió los brazos con efusión extraordinaria, y D. Alfonso correspondió á tan cariñoso saludo. Según los periódicos vieneses, dada la severidad de la etiqueta austriaca, el recibimiento hecho al Rey puede calificarse—traducimos literal-

mente — de «recibimiento hecho con el corazón.»

Después D. Alfonso se dirigió á saludar á la Archiduquesa Isabel, que se hallaba á respetuosa distancia del Emperador, á los Archiduques y á nuestro ministro, trasladándose todos inmediatamente en coches de gala con escolta al histórico *Bourg*.

El *Bourg*, *Bourghof*, ó castillo imperial, que con los tres nombres se le designa, es un conjunto irregular de edificios pertenecientes á épocas, gustos y estilos diferentes, en donde habitan los príncipes de la casa de Austria desde el siglo XIII.

Citaremos del mismo, el hermosísimo *Franzensplatz*, en donde se levanta el monumento de Francisco I, obra de Marchessi, que representó al Emperador en traje romano sobre un pedestal de granito y rodeado de las estatuas de la Religión, de la Justicia, del Valor y de la Paz; *Amelienhof*, en cuyos edificios del siglo XVII habita la Emperatriz, nueva varonil Diana, que siente una pasión decidida por la caza, y el patio de los suizos *(Schweizerhof)*, en cuyo inmediato puentecillo se ven las cinco águilas que constituían las primitivas armas del archiducado.

El *Burgthor*, monumental pórtico con cinco puertas y doce columnas dóricas, construido por Nobile en 1822, separa este pueblo de palacios y museos pertenecientes á la casa de los Hapsburgos, del *Ring*, magnífico y animado boulevard que rodea á toda la Viena interior.

Tras el *Burgthor*—puerta del Bourg—y delante del Palacio, extiéndese una hermosa plaza con las es-

tatuas ecuestres, fundidas en bronce, del Príncipe Eugenio y del Archiduque Carlos, éste agitando la victoriosa bandera de Essling, aquél vestido de general.

En este conjunto irregular de edificios se halla:

El Palacio de la *Cancillería*, que es donde vive el Emperador, y cuyas puertas decoran cuatro grupos de piedra caliza: Hércules y Anteo, Busiris, el Minotauro y el León de Nemea.

La antigua *Residencia*, en donde está la magnífica *Sala de los caballeros*, el largo *Pasillo del Investigador*, donde celebraba sus audiencias José II, y las habitaciones en que vivió la gran Reyna María Teresa.

La *Biblioteca imperial*, notable, no sólo por sus 400 000 volúmenes y sus 20 000 manuscritos, importantísimos aquellos para el estudio de la antigua literatura alemana, sino también por los 6 500 incunables, y por las ediciones del *Libro de los salmos*, impreso por Fausto y Schœfer en 1457, y la más antigua edición de la Biblia de los pobres, y por la colección de materias sobre las cuales se escribía en la antigüedad, y por sus 300 000 estampas.

El *Gabinete de Historia Natural*, modelo de clasificación.

El *Gabinete de Mineralogía*, que es bastante rico, y en el que no faltan ejemplares de piedras preciosas.

El *Tesoro*, en el que se ven los trajes de los heraldos, el escudo de los jueces de combate de la casa

de Austria, el tesoro de Wallenstein, las insignias de Napoleón I como Rey de Italia; la cuna de *vermeil* del Rey de Roma, que pesa 500 libras, y las magníficas alhajas de la Corona.

El *Gabinete de Medallas y Antigüedades*, que posee vasos etruscos y bronces romanos y una completísima colección de medallas y de piedras grabadas.

La iglesia de los Agustinos con el magnífico monumento de la Archiduquesa María Cristina, obra de Canova.

Y algunos otros edificios más.

A la izquierda de la estatua del Archiduque Carlos se extiende el *Volskgarten* ó jardín del pueblo, y allí está el templo de Teseo, copiado del de Atenas, con el gran grupo de Canova, Teseo vencedor del Minotauro, y junto á la plaza exterior el *Hofgarten* ó jardín de la corte, con estufas llenas de preciosas plantas.

Al otro lado del *Burgthor* se hallan las magníficas cuadras imperiales, que contienen una preciosa colección de armas, el picadero de invierno, el de verano, etc.

Habiendo habitado D. Alfonso en el *Bourg*, nos ha parecido oportuno trazar el anterior croquis de este *panaché* de palacios, croquis que se encuentra, por lo demás, en cualquier guía.

El Emperador Francisco José, incansable en lo de dotar á Viena de monumentales construcciones, propónese levantar un nuevo palacio en parte del

terreno que ocupa el actual *Bourg*. Vese ya construida toda un ala.

Llegado que fué D. Alfonso al *Bourg* sirvióse la comida, que fué de familia, y á la mañana siguiente á pesar del cansancio de tan continuados viajes, montaba á caballo á las siete de la mañana acompañado de sus ayudantes el general Blanco, el briganier Goicochea y el conde de Mirasol, para asistir á unas maniobras con el Emperador, los Archiduques y un brillante estado mayor de más de sesenta personas, en el que formaban muchos agregados militares extranjeros incluso el de España.

Habíanse designado como sitio de operaciones dos pueblecitos situados al otro lado del Danuvio, *Hirschtetten* y *Asparn*.

Defendían estas posiciones 4 batallones de infantería, 5 escuadrones de caballería y 3 baterías con 12 piezas, y las atacaban 25 batallones, uno excelente de cazadores, 6 escuadrones, de los cuales uno de húsares y 50 piezas.

A los ayudantes de S. M. oimos luégo hacer los mayores elogios del aspecto y uniformes de campaña de la tropa, de la precisión de los movimientos y de la buena instrucción y aspecto del soldado.

A las diez regresaron al *Bourg* los expedicionarios.

Poco después pagaba D. Alfonso la visita á los Archiduques y se trasladaba en un coche del Em-

perador arrastrado por un tronco de esos caballos húngaros que trotan tanto como los ingleses, á la posesion de Wilburgo, que tiene en Baden la Archiduquesa Isabel, y donde vivió la Reina Cristina miéntras permaneció en esta ciudad.

Baden es un pueblecito de baños y quintas de recreo, conocido por su pintoresca situación y por sus aguas termales, y donde los vieneses suelen pasar los domingos.

Además de Wilburgo, hay que ver en Baden el manantial que brota de estas piedras calcáreas y el hermoso *Bulgarten* y el *Monte Calvario*, cuya ascensión no deja de hacer ningún turista, y las minas de Rauheneck y el valle de Santa Elena.

Por alguno de estos sitios estuvo paseando D. Alfonso, á caballo, acompañado del Archiduque Guillermo y de la Archiduquesa Isabel.

A la comida con que se celebraba el natalicio de la Princesita de Asturias asistieron el Archiduque y la Archiduquesa Raniero y los Archiduques Segismundo, Guillermo y Enrique, la comitiva de D. Alfonso, el amabilísimo ministro de España en Viena Sr. Conti y el de Austria en Madrid, Conde de Dobwsky.

Se brindó por la Princesita, por la Reina Cristina y por España, y concluida la comida, se sirvió en la terraza el café, mostrándose el Rey muy satisfecho de su estancia en Viena.

El acontecimiento del día 12, fué la inauguración del nuevo hotel de ville *(Rathaus)*, celebrado con inusitada ceremonia por coincidir con la celebración del segundo centenario del levantamiento del cerco que tenían puesto á Viena los turcos.

Es esta una de las páginas más salientes de la historia de la ciudad. Los turcos, mandados por el gran visir *Kara Mustapha*, sitiaban por segunda vez á Viena con grandes probabilidades de tomarla, cuando Juan Sobiesky, Rey de Polonia, y el Príncipe Cárlos de Lorena se presentaron el 12 de Setiembre de 1683 al frente de tropas imperiales, poniendo á los sitiadores en precipitada fuga.

El nuevo *Rathaus* ó Ayuntamiento es una de las diez construcciones grandiosas que ha levantado durante su reinado el Emperador Francisco José. Decimos que ha levantado, porque los capitales invertidos salieron en parte de las arcas imperiales.

El *Ring*, magnífico *boulevard* de *cincuenta metros* de anchura, que rodea la Viena interior, ocupa el sitio que ocupaban antes las murallas. Vendidos estos terrenos, para ensanche de la ciudad, produjeron una cantidad fabulosa de millones, que este excelente Emperador va invirtiendo en dotar á Viena de construcciones tan grandiosas y colosales como la *Opera*, rival de la de Paris, el palacio de Justicia, el Parlamento, la Universidad, dos Museos, el *Stattheater*, el nuevo palacio imperial y el Ayuntamiento, cuya última piedra vimos nosotros poner.

Estas obras no se han hecho de una vez, para que

la acumulación de obreros no produjese trastornos el día en que el trabajo concluyese como sucedió en Paris cuando el ensanche del barón Haussmann, sino poco á poco para proporcionar trabajo á determinado número de obreros.

Hoy es el *Ring* la calle más monumental del mundo.

El nuevo *Rathaus*, soberbia construcción perteneciente al orden gótico y coronada por una torre afiligranada como torre de catedral, tiene de lejos algún parecido con una de las torres del nuevo Parlamento inglés.

Púsose la primera piedra el año 1872, y á los once años justos se inaugura. Esto parecerá inverosímil en España, donde acaso nuestros nietos no vean la conclusión de la calle de Sevilla y donde el edificio para Biblioteca se empezó en 1860, sin que apenas estén los cimientos á flor de tierra.

En los alrededores del palacio municipal, que se hallaban adornados con banderas, había acaso 12 000 personas. Unas 2 000 presenciaron desde dentro la inauguración, y entre ellas figuraban los Archiduques, los altos cargos palaciegos, los príncipes del episcopado y la aristocracia de la sangre y del dinero, los alcaldes de Roma, Salzsburgo, Brünne, representante del burgomaestre de Pesth, presidente del Tribunal Supremo, consejeros secretos del Emperador, ex-alcaldes de Viena, representantes de los gremios, etc., que ocupaban la galería de la gran sala.

En el vestíbulo aguardaban la llegada del Emperador el Príncipe heredero, el Archiduque Carlos con sus hijos y los Archiduques Raniero, Leopoldo, Luis, Víctor, Juan, Federico, Eugenio, Ernesto y Enrique; los ministros Kalnoki, Bylandt-Rheitt, Orczyt, Taafe-Falhenhayn, Dunajwsbi-Pino, Courad y otros.

A las doce en punto hizo su aparición el Emperador con el Rey D. Alfonso y las personas de ambas comitivas, siendo saludados con hurras. Los coches en que se trasladaron al *Rathaus* eran los de diario. El Emperador iba vestido de capitán general y don Alfonso de coronel austriaco. El Rey, así como el Príncipe Camilo de Staremberg, que vestía uniforme de teniente de húsares, llamaron mucho la atención. Los soberanos fueron acogidos con el himno austriaco y la Marcha Real española.

El burgomaestre saludó á los soberanos y dirigióse la comitiva á la sala de fiestas, mientras el orfeón entonaba el himno popular y aquellos eran acogidos con entusiastas vivas. Durante toda la ceremonia, el Emperador dió la derecha á D. Alfonso. El ondear de las plumas, el brillar del oro y los vistosos colores de los uniformes producían un efecto muy lindo.

Apenas llegó la comitiva á la sala de fiestas, se adelantó el burgomaestre hacia el Emperador y le dirigió un discurso de gracias por haberse dignado asistir á la colocación de la última piedra: aludió en patróticas frases á la liberación de la capital por So-

biesky; dijo que durante el reinado de la dinastía de los Hapsburgo, Viena había sido el baluarte avanzado de la civilización alemana, y suplicó que no faltara al Municipio la protección que hasta entonces le había dispensado el Emperador, al que dió un viva, que fué contestado por la multitud para terminar.

El Emperador leyó entonces un discurso de contestación, que decía sobre poco más ó ménos:

«Cuando hace diez años puse la primera piedra de este edificio, pedí al Todopoderoso que me permitiera alcanzar su conclusión. Hoy mi corazón, lleno de gratitud, se vuelve al cielo por haber visto concluido este magnífico monumento del arte nacional, el cual hablará á las generaciones futuras del desprendimiento y generosidad del Municipio actual de Viena. Las circunstancias difíciles por que nuestra capital ha atravesado no impidieron que se continuasen las obras. Ojalá la paz dure siempre y Viena pueda seguir su pacífica campaña artística, científica é industrial. Con verdadera satisfacción acepto el testimonio de fidelidad que me ofrecéis en nombre del pueblo de Viena. Bien sabéis que en mi corazón está profundísimamente arraigado el amor hacia el pueblo de esta ciudad, que es mi ciudad natal y la de los mios.»

Este discurso fué saludado con grandes aplausos y entusiastas vivas, terminados los cuales, el burgomaestre pidió al Emperador que pusiera su nombre en el acta escrita sobre pergamino, en la que ya ha-

bian firmado los Archiduques, la cual se colocó en una caja de vidrio, ésta en una de metal, y el todo bajo una piedra. Luego el Emperador dió el primer martillazo á esta piedra, y quedó terminada la ceremonia, tras de la cual S. M. imperial se hizo presentar los directores y arquitectos de la obra, á los que dirigió felicitaciones.

Entonces el burgomaestre suplicó al Emperador que se dignase inaugurar la Exposición histórica de la ciudad de Viena, que es notabilísima.

Refiérese, en su mayor parte, á la conquista de la ciudad por los turcos, viéndose allí en grandes trofeos las armas y las banderas ganadas á los sectarios de Mahoma. Aquí el verde estandarte que el feldmariscal Loudon cogió cerca de Belgrado, con las imágenes del sol, de la luna y de las estrellas, con la mano de la justicia del profeta, con los versículos del Corán, que prometen las alegrías del Paraíso á los que mueran por su religión. Allí las enormes cimitarras, de encorvada hoja, los *kandjars*, las lanzas, los turbantes y los jenízaros tambores. En la desplegada roja tela de una bandera, se lee la santa inscripción: *Sólo Dios es Dios y Mahoma su profeta.* La colección de armas y armaduras, de los siglos XVI y XVII, procedentes del arsenal civil, es notabilísima. Pero lo que más llama la atención, es el cráneo de Kara-Mustapha, el sitiador de Viena, con el cordón de seda que le envió el Sultán para que se ahorcara después de su derrota. La piel del rostro le fué enviada en apoyo de su muerte. El cuerpo lo

encontró el cardenal Kolenitz después de la toma de Belgrado, y envió el cráneo, la camisa y el cordón de seda, al arsenal, á título de curiosidad... El regalo cardenalicio produce un efecto lúgubre; en el fondo de las negras concavidades de los ojos créese aún descubrir la última gesticulación de la agonía...

La belleza interior de este *Rathaus* es superior á todo elogio y tiene la importancia de una de esas catedrales que muchas generaciones no pudieron concluir. Y cuando se piensa que se ha llevado á término en pocos años y se compara la capital de Austria con la de España, casi se desespera de nuestra regeneración concejil.

La comida dada el mismo día 13 en el *Bourg*—castillo imperial—en honor de nuestro soberano, era de gran etiqueta.

Cada convidado, según su categoría, subía por diferente escalera, encontrándose todos en un gran salón. A la entrada recibían un plano impreso de la mesa para que supieran de antemano el sitio que iban á ocupar.

A las cuatro en punto se presentó el Emperador acompañado del Rey, hizo á todos una reverencia y se dirigió al comedor.

La mesa estaba artísticamente adornada. La vajilla era de plata; los platos soperos y los de postre de porcelana de Viena—cada plato valdría unos 2 000 reales—y la cristalería de Bohemia.

El Emperador Francisco José tuvo la galantería de compartir la presidencia de la mesa, que tenía la forma de herradura, con el Rey D. Alfonso, colocándole además á su derecha.

Hé aquí el orden de algunos de los demás invitados:

Derecha de S. M. el Rey:

SS. AA. los Archiduques Carlos Luís, Federico, Guillermo, Marqués de la Vega de Armijo, y Conde Kalnoky, ministro de la Corona.

Izquierda del Emperador:

Los Archiduques Luís Víctor, Juan, Eugenio, Raniero, Conde Greneville y Conde Byland.

Enfrente de las personas reales veíase al gran mariscal, Conde Larisch-Moenich, que tenía á la derecha al Duque de Sexto, Conde Kinsky, Russ-Botsch-Rath-von-Fonton y Conde Dubsky; y á su izquierda, á D. Augusto Conti, ministro de España en Viena, general Mondel, Barón Kaulbars y Conde Pejacsevich.

En el ala derecha de la mesa estaban el Conde de Morphy, el brigadier Goicoechea, el secretario de la legación, Sr. Creus, nuestro agregado militar, Sr. Lacierva; y en el ala izquierda, el general Blanco, el Conde de Mirasol y el secretario de la legación, Sr. Aranguren.

Los demás convidados, hasta el número de 94, eran individuos del cuerpo diplomático, altos cargos, palatinos, autoridades generales, etc., etc.

El *menú* consistía en una sencilla cartulina blanca con las armas imperiales en oro.

El impreso decía así:

DINER DU 12 SEPTEMBRE 1883.

Potage tortue.
Petites croustades à la gourmande.
Fogoch, sauce bearnaise.
Piece de bœuf et roastbeef.
Escalopes de chevreuil aux truffes.
Homard en belle vue.

Sorbet.

Chapons de Stirie, Salade.
Quartiers d'artichauts à la Lyonnaise.
Pouding au chocolat à la Victoria.
Macedoine de fruits à la gelée.
Fromage melé.
Glaces aux péches et au caramel.

Dessert.

Mientras tanto, la orquesta de Strauss, que ocupaba la galería superior del comedor, ejecutaba un precioso concierto.

Apenas se sirvió el champagne se levantó el Emperador y brindó en sentidas frases por su augusto huésped el Rey de España, á cuyo brindis contestó D. Alfonso en perfecto alemán otro, cuya idea principal era, poco más ó menos, la siguiente:

«Los gratos recuerdos de mi feliz residencia en Viena durante los años de mi primera juventud, y la dicha que debo á la Princesa austriaca que me ayuda á cumplir los deberes que impone el Trono, inclinan

á mi corazón á que brinde con toda sinceridad por S. M. el Emperador, por toda la familia imperial y por la prosperidad del Austria-Hungría.»

Este sencillo brindis fué acogido con murmullos de aprobación, y sabemos que en palacio produjo un efecto excelente.

Momentos después volvió á levantarse el Emperador Francisco José, y dijo:

«Habiendo sido ayer los días del Emperador de Rusia, estoy seguro de que todos os asociaréis al brindis que voy á proponeros por la salud de este soberano, mi muy querido amigo.»

Concluido el banquete, que había dado principio, según la costumbre austriaca, á las cuatro de la tarde, D. Alfonso estuvo conversando un buen rato con los diplomáticos, especialmente con los encargados de negocios de Francia é Italia, con los agregados militares de estas naciones, y con el de Rusia, el famoso general Kaulbach, autor de varias obras militares que S. M. el Rey ha estudiado, y de las que le habló con entusiasmo.

A todo esto no hemos dicho cómo estaba alojado S. M. en el castillo imperial.

Ocupaba, si mal no recordamos, cinco magníficos salones; la antecámara, donde estaba la guardia de honor, y que ostenta en sus paredes riquísimos tapices; la cámara tapizada de brocado azul; el despacho, de seda marrón, y la alcoba, de damasco verde con primorosos bordados y cama de estilo María Teresa.

Cerca del cuarto tocador, adornado con valiosos cuadros estaban las habitaciones de su servidumbre.

En los cuatro salones inmediatos habitaba el Duque de Sexto, y por cierto que en uno de ellos vimos unos tapices flamencos bordados en oro, de la colección Pomona, compañeros de los que existen en el comedor del Palacio de Madrid. Sin duda Carlos V dividió sus tesoros de arte entre sus palacios de España y Alemania.

Y ya que en descripciones palaciegas nos hemos metido, diremos dos palabras de *Schoembrum* residencia imperial situada en uno de los arrabales de Viena y que es á esta ciudad lo que La Granja á Madrid.

Construyóse el palacio en tiempo de José I y de María Teresa, y es notable por lo suntuoso del decorado y por el magnífico jardín botánico y zoológico que forma parte de sus dependencias.

El Archiduque Carlos estableció en Schoembrum su cuartel general en 1801 para oponerse á los progresos de Moreau; en 1802 habitó este palacio María Carolina de Nápoles, y en 1809 estableció en él su cuartel general Napoleón I, que firmó en su salón principal, el 14 de Octubre del mismo año, su tratado con Austria.

Este palacio fué después residencia del hijo único de Napoleón I, el duque de Reichttadt, saludado al nacer con el título de Rey de Roma, á quien el gran capitán del siglo pensaba dejar al morir la herencia de su vasto imperio; murió en este palacio á los 21 años, devorado por la tísis, que consumió su cuer-

po, como la inconstante fortuna había devorado antes todos sus esplendores, dejándolo reducido á simple Archiduque de Austria.

En la noche de este día asistió D. Alfonso al teatro, acompañado del Emperador y de los Archiduques Víctor y Raniero, ocupando la platea de la izquierda, que no tenía insignia alguna.

Ni al entrar ni al salir el Emperador tocó la orquesta el himno imperial.

En los dos proscenios bajos, adornados con bordados paños, veíase á varios Archiduques, y en el palco de gala al Marqués de la Vega—como le llamaban allí—y al Conde de Morphy con varias personas de la comitiva del Emperador.

Un vienés nos aseguró que era un acontecimiento que el Emperador asistiese al teatro, pues suele acostarse á las ocho, y que jamás le había visto tan comunicativo como lo estuvo esa noche con el Rey.

El teatro de la Opera recuerda al de Paris, aunque fuerza es confesar que no le iguala en magnificencia, á pesar de ser como monumento muy hermoso y como sala muy elegante. Tiene asimismo su magnífica escalera.

La sala es del tamaño de la del Real, con cinco órdenes de palcos, y parterre detrás de las butacas, donde está la gente de pié. Las butacas varían de precio, según la fila en que están situadas. Las de primera fila valen cinco florines y dos las de la quince. La representación empieza á las siete y termina á eso de las diez.

Recordamos que esa noche en vez de ópera, había dos bailes, espectáculo al que los vieneses son aficionadísimos. Generalmente la compañía de baile es tan buena como la de ópera.

El primero titulábase *El patrio hogar* y era un *potpurrí* de bailes nacionales, en el que se iban sucediendo las danzas ya ceremoniosas, ya febriles, ya graciosas, ya llenas de amoroso abandono de los *húngaros*, los *bohemios*, los *boios*, los *marcomanos*, los *tchekhes*, los *moravos*, los *tiroleses*, los *styrios*, los *ilirios*, los *carnos*, los *carintios*, los *dalmatas*, los habitantes de la Galitzia, girón de la Polonia, los *huculos*, los *transilvanos*, los *croatas* y otra infinidad de danzas peculiares á la raza slava, rumana, alemana, tártara y bohemia.

Los trajes lucidos constituían un precioso y completísimo museo, tanto bajo el punto de vista artístico, como bajo el punto de vista de la indumentaria.

El argumento del segundo baile era una leyenda vienesa, *El tronco de hierro*, *Stock im Eisen*, arreglada para lucir los magníficos trajes de la Viena antigua, dibujados por Mackart para la celebración de las bodas de plata del Emperador, y adquiridos por el empresario de la ópera.

A pocos pasos de la gótica catedral de San Esteban, vese embutido en la pared un tronco de árbol, tan lleno de clavos, que le cubren como espesísima armadura. A este árbol se refiere la leyenda citada, que referiríamos de buen grado si no temiéramos

apartarnos demasiado de nuestro punto de partida.

Tampoco es para descrito con la precipitación con que trazamos estos renglones, el maravilloso efecto que producía aquel desfile de hermosísimas mujeres vestidas con el más depurado gusto histórico y luciendo trajes riquísimos.

Las decoraciones y los bailables eran asimismo preciosos, y como punto de comparación añadiremos que el *Stock im Eisen*, nos pareció muy superior al mismo *Excelsior*, tal como se estrenó en Milán y aun como se representó más tarde en Paris.

Asombra á un madrileño, acostumbrado á nuestras raquíticas bailarinas, montadas sobre alambres, ver estas vienesas que hubieran podido servir de modelo á Mackart para pintar su *Entrada de Carlos V en Amberes*.

Porque difícilmente existe otro cuerpo de baile en el mundo como éste, en que las bailarinas se permiten ser tan guapas.

Por lo cual se comprende perfectamente que los vieneses sean tan aficionados al baile.

En antiguos tiempos la ópera era en Viena un sibaritismo regio del que sólo podían disfrutar los cortesanos. Lady Montagne refiere que en 1716 asistió ella á la representación de una gran ópera en el parque de la Favorita, cuyo teatro se levantaba al borde de un canal, y añade que al principiar el acto segundo, se descorrió la tela del fondo y apareció el canal mismo en el que dos escuadrillas de barcos dorados simularon un entretenidísimo combate na-

val. Ya en tiempo de María Teresa empezó á disfrutar el público de estas representaciones.

El teatro de la Opera vienés es uno de los más perfectos de Europa. La sala es, como hemos dicho, elegante, espaciosa y llena de puertas que facilitan las entradas y salidas. Un sistema especial de ventilación, hace que sea muy abrigada en invierno y muy fresca en verano. Nos aseguraron que en el caso de demasiado frío ó demasiado calor, basta avisar á un empleado y á poco hace penetrar en el palco ó pasar bajo la butaca una corriente de tibio calor ó de fresca brisa, que conforta sin molestar.

Cada piso tiene su termómetro para que la temperatura que en ellos se disfruta sea constante. Así es que en invierno se va á la ópera por calentarse y en verano para tener fresco. Un hilo eléctrico une todas las luces de gas, de modo que la iluminación se hace de una manera instantánea. El Emperador, además de dos ó tres palcos y varios salones, tiene á su disposicion un rico *foyer* que parece un salón del trono. Las butacas llevan un contrapeso que las hace levantarse solas apenas lo hace el espectador, lo que facilita mucho el paso. Delante de cada butaca se encuentra un hueco á propósito para depositar el sombrero.

Los cambios de decoraciones, los juegos escénicos y todos los demás *trucs* se hacen por medio del vapor y de la electricidad; de modo, que el jefe de la maquinaria dirige desde su cuartito los cambios sin más que apretar un botón.

En este teatro no se ven nunca corazas de cartón ni trajes de percalina, sino armaduras verdaderas, prestadas muchas de ellas por el arsenal, y trajes que dibuja Mackart y confeccionan los mejores sastres con terciopelo, raso y seda de la mejor clase.

La orquesta se compone de 150 profesores y pasa por ser la mejor de Viena; el cuerpo de coros consta de una buena colección de mujeres, á las que no por tener voz deja de exigírseles otras condiciones plásticas; en cuanto al cuerpo de baile, constituye el más precioso ramo de mujeres que pueda imaginarse; los vieneses son poco aficionados al colorete y los postizos; y á una bailarina, para entrar en la Opera, parece que no se le exige más sino que sea joven, fresca, bien formada, graciosa y que esté en camino de llegar á ser una Lola Montes, ó una Rosita Mauri, ó una Fanny Esler.

Y á propósito; esta célebre bailarina hizo largo tiempo las delicias de los vieneses; Metternich la llamaba «divina Fanny,» y sus piruetas alcanzaban el privilegio de distraer al diplomático de sus profundas abstracciones.

En Viena el baile es una institución social, y así como un madrileño de verdad no puede prescindir de conocer los ilustres antecesores de *Frascuelo* y de *Lagartijo*, que ilustraron la historia del toreo, así un vienés os refiere, á poco que le saquéis la conversación, que entre las sílfides que dibujaron con sus piés mil complicados arabescos sobre el escenario de la Opera, figuran Marietta Porti, una na-

politana, morena como una andaluza y querida de un príncipe servio; la Gella, que no vaciló en trocar su corona de baronesa por las coronas de laurel de la gloria, y á quien llamaban la Juno del baile; la Condesa de Wesphen, que bailaba bajo el seudónimo de *Fraulein Fredberg*, y sobre todo la *Quitersberg*, rubia como Venus y hermosa como Diana, junto á la cual, al decir de sus póstumos admiradores, las mujeres de Rubens no eran sino fregatrices distinguidas.

Pero abandonemos este asunto, grato á los ojos de Terpsícore, y sigamos el hilo de nuestra narración.

IV.

Maniobras en Brünn.—El ejército austriaco.—En el teatro *An der Wien*.—Una aventura.—Visita al Colegio Teresiano.—La Exposición de electricidad.—Excursión á Presburgo.—La iglesia de los Agustinos.—Carreras en el *Prater*.—El Archiduque Guillermo.—Paseos por Viena.—La catedral de San Esteban.—El Graben.—Museos, palacios y jardines.—El Ring.—Tipos vieneses.—Cacería en Styria.—Nuevas maniobras en Brünn.—La prensa de Viena.

ESPUÉS de haber asistido S. M. á la Opera en compañía del Emperador, vestidos ambos con el uniforme de campaña, dirigiéronse á la estación para tomar un tren especial que condujo á los dos soberanos y á su Estado Mayor al pueblecito de Fedowitz, donde aguardaban los caballos.

Acompañaban á D. Alfonso sus ayudantes el general Blanco, brigadier Goicoechea, coronel Mirasol y el agregado militar á nuestra legación, señor Lacierva. Al Emperador sólo un ayudante de órdenes.

En Fedowitz saludaron á los augustos viajeros las

autoridades. Desde este pueblo, donde, como en todos los del tránsito, había preciosos arcos de follaje, levantados en su honor, se trasladaron de una trotada á Blansko, distante unos 15 kilómetros, sin parar. Y no fué ciertamente el Rey el que primero detuvo su caballo, á pesar de haber pasado la noche sin dormir, pues entonces empezaba á clarear.

Consistieron las maniobras en un simulacro de batalla entre las fuerzas del primer cuerpo de ejército, con el que se habían formado dos divisiones, una que partió de Brünn y otra de Olmütz. El cuartel general iba con la primera. Formaban un total de 28 batallones, 4 escuadrones de dragones, 4 de lanceros y 12 baterías con 48 piezas.

Desplegáronse las columnas en marcha, y pronto rompieron el fuego las avanzadas, apoyadas al poco tiempo por el grueso de la división.

Los dragones de la del Rey aprovecharon un descuido del otro ejército para dar una brillantísima carga de caballería á los lanceros, haciéndoles huir. Mientras tanto la artillería de este ejército conquistaba una posición ventajosa, gracias á haberse apoderado de un bosque la infantería.

Y como los dragones continuasen la persecución, los lanceros se rehicieron detrás de una altura, volvieron grupas y se aprestaron á dar una carga, haciéndoles cesar en la persecución.

A todo esto el combate se había hecho general y la división de Brünn, en la que iba el Rey, había ocupado una posición fuertísima, desde la cual do-

minaba á su sabor toda el ala izquierda del enemigo, el que se encontró en una posición verdaderamente crítica.

Ya la división de Olmütz empezaba á desplegarse en retirada, cuando el Emperador, visto el éxito del combate, mandó cesar el fuego, que había durado próximamente unas tres horas.

Entonces el comandante general del cuerpo de ejército, general Vlasik, pidió permiso al Emperador para hacer desfilar las dos divisiones por delante de D. Alfonso (que vestía el uniforme de coronel austriaco) para que éste juzgara del estado de instrucción de las tropas.

Concediólo el Emperador de muy buena gana, y tras breve descanso se dieron las órdenes con rapidez asombrosa y pronto empezó á desfilar la columna al son de músicas marciales.

Al ver la precisión con que ejecutaban los movimientos y lo admirablemente formados que iban, no parecía que aquellos soldados se habían puesto en marcha la noche anterior, sino que salían frescos y descansados del cuartel.

Antes había tenido tiempo D. Alfonso de examinar detenidamente el equipo del soldado austriaco y los cañones de bronce comprimido que sirvieron de modelo á Plasencia para construir el cañón que hoy usa nuestra artillería. Gustó sobremanera al Rey la carga dada por los lanceros, que son los hulanos de Austria, y por cierto muy parecidos á los de Alemania.

Puede asegurarse que la caballería de este país es una de las primeras del mundo.

Hubo durante el combate peripecias interesantísimas para un militar, de las cuales nos dispensa de hablar, nuestra absoluta ignorancia en cosas de guerra.

Y esta es la ocasión de hablar del ejército austriaco, si bien harto á la ligera.

Todo el mundo sabe que es Austria una monarquía militar y que el Emperador es jefe del ejército. La organización de éste, antes defectuosa, es hoy admirable.

El soldado austriaco, pasa por excelente; cuando no vencer, supo siempre al menos morir. Hemos leido que en más de una ocasión consiguieron estos soldados la victoria, armados con detestables fusiles; de los húngaros se cuenta que son capaces de batirse á palos; en cuanto á los valacos y transilvanos se batieron á pedradas en Solferino.

Nos dicen también que estos soldados tienen el alegre humor y la despreocupación ante el peligro, de los nuestros, y que esperan cantando el día del combate, como los soldados del campo de Wallenstein, inmortalizados por Schiller.

Existen tres categorías de soldados: los de la infantería de línea, que permanecen tres años bajo banderas; los de la reserva, y los del *landwehr*. El soldado recibe muy buena instrucción.

Entre los mejores generales que posee el Austria nos citaron los nombres del Archiduque Alberto, al

que se deben muchas victorias y que pasa por ser uno de los primeros estratégicos del Austria; el Archiduque Raniero, cuyo noble carácter y espíritu de justicia le han conquistado grandes simpatías entre los soldados; los Archiduques Leopoldo y Guillermo, herederos de la bravura de los Príncipes de la casa de Hapsburgo-Lorena y el general Uchatius, inventor del cañón de bronce comprimido.

A la vuelta comió el Rey en el tren, y sin apenas descansar, fuese al teatro *An der Wien*, que es el de la Zarzuela de allí, donde representaban *Bettelstudent*, el Estudiante pobre, opereta de Milloszh, que S. M. la Reina vió también durante su estancia en Baden.

Suelen representarse en este teatro las operetas vienesas y parisienses con música de Strauss y de Lecoq, las *fossen* ó farsas, con los tipos y dialectos de Berlin, Munich y Viena, y algunos bailes. En general las artistas vienesas tienen para el género bufo igual aptitud que las parisienses, y en lo de levantar la pierna con gracia, la Galmeyer se las apuesta con la mismísima Schneider, primera duquesa de Gerolstein.

Distínguense además las tales artistas en cantar los walses de Strauss, de un modo especial. El que no ha oido los walses de Strauss en Viena, no puede formarse idea de toda la encantadora poesía que encierra en sus acompasados acordes un wals.

Al otro día por la tarde, después de haber paseado á pie con el Duque de Sexto, fué el augusto viajero á visitar el colegio Teresiano del que conserva tan gratos recuerdos. Allí fué donde verdaderamente aprendió lo mucho que sabe, allí donde hizo completa vida de colegial.

Pero antes le ocurrió una graciosa aventura.

El actual director del Teresiano es el Sr. Schmerling, profesor cuando en él estudiaba S. M. el Rey. Este quiso anunciarle personalmente su visita al colegio ó darle tal vez una prueba de cariño; con este objeto se dirigió solo á su casa.

Llamó varias veces á la puerta y nadie respondía, y ya se iba á retirar cuando vió venir una mujer.

—¿El Sr. Schmerling? preguntó.

—El Sr. Schmerling... el Sr. Schmerling... gruñó la mujer. Si veia V. que no había nadie ¿por qué seguía llamando?

—Ignoraba si había alguien dentro.

—Pues, no señor. Esta no es hora de ver al señor Schmerling.

—Si está, le suplico á V. que le pase recado. Estoy seguro de que á mí me recibirá.

—Dale con el hombre. Si le digo á V. que no está.

—Entonces me permitirá V. que le deje dos letras escritas.

—Otra te pego, bueno, pase V.

Y entró el Rey en la antesala.

S. M. la pidió un papel. La cocinera del señor

Schmerling le dió una cuenta vieja; aunque de mala gana.

En el pedazo blanco que quedaba escribió S. M.:

«Mi querido profesor: Venía á anunciarle á V. que esta tarde visitaré el Teresiano. Siente no hallarle en casa, su afectísimo discípulo,

ALFONSO DE BORBÓN.»

Y como al levantar la vista viera que la criada estaba leyendo lo que él escribía por encima de su hombro, se propuso divertirse con ella y añadió bajo su nombre *Rey de España.*

La pobre mujer se arrodilló á sus piés, le pidió humildemente perdón, le hizo prometer que no diría nada de lo sucedido á su amo, y le acompañó hasta la puerta haciéndole las más graciosas reverencias del mundo.

No hay que decir lo que toda la anterior escena había divertido á S. M.

No nos hubiéramos permitido referir este incidente, que supimos aquel mismo día, si al siguiente no le hubiéramos visto publicado en *La Nueva Prensa libre de Viena.*

El que era director *en su tiempo* ha dejado de existir; pero el que le ha sustituido tenía preparada al Rey una recepción que éste agradeció por todo extremo.

El colegio Teresiano, situado en Favoriten Strass, al otro lado del río Wien, es, como se ha dicho tan-

tas veces, un colegio de primer orden, en el que adquieren educación completa y esmeradísima los hijos de familias nobles.

El edificio es grande y severo; posee extenso jardín, del que se ha dedicado una parte al estudio de la botánica; espaciosas salas para clases, confortables dormitorios, picadero, sala de armas, escuela de natación y cuanto puede necesitar una institución de esta clase.

El uniforme que usan los colegiales ha sido imitado por el colegio del Escorial. El portero lleva la misma librea que los porteros del *Bourg*.

S. M. visitó detenidamente los sitios todos que despertaban algún recuerdo en su memoria; todas las clases en que había estudiado; la Biblioteca, á la que había remitido desde Madrid algunas magníficas obras; el picadero, adornado con banderas; el jardín en que había correteado con sus compañeros, y especialmente su cuartito, perteneciente á las habitaciones del director, y en el que permaneció un buen rato explicando á los señores de su comitiva cómo lo tenía dispuesto cuando vivía allí.

Luégo fué al coro, saludó al capellán, con el que se había confesado tantas veces sus pecadillos de estudiante, y arrodillado ante el altar, elevó al cielo una plegaria.

Antes de retirarse se informó con gran interés de lo que había sido de todos sus antiguos profesores y de todos sus compañeros. En el *Bourg* había recibido dos días antes la visita de algunos teresianos.

En el salón veíase, en medio de los bustos del Emperador y la Emperatriz, el retrato del Rey con el uniforme del colegio.

Inútil nos parece añadir que todos quedaron encantados de la regia visita, y que durante mucho tiempo habrá sido la conversación de profesores y discípulos.

La suerte no se ha mostrado adversa con D. Alfonso. El año 1873 abandonaba el Teresiano de colegial. A los diez años ha vuelto siendo Rey.

Terminada esta piadosa peregrinación, acudió al banquete con que le obsequiaban el Archiduque y la Archiduquesa Raniero, al que asistieron asimismo todos los demás Archiduques, y á las ocho y media hizo su entrada en la rotonda del famoso Prater, donde se celebraba la Exposición de electricidad, siendo recibido á la puerta por el Príncipe Rodolfo, directores, comisión ejecutiva, etc., etc.

El golpe de vista que ofrecía esta rotonda era maravilloso... Bajo la cortina de agua de la fuente central lanzaban sus resplandores las bujías Jablokoff; en la rotonda veíanse luces de Ganz, Egger, Kremenenzy, Schuckert, Siemens y Schwerd; en la galería donde se exponían las artísticas habitaciones amuebladas de Viena, la lámpara Edison y la lámpara Swan, las dos de luz purísima, reñían cruda batalla.

Más lejos podían estudiarse todas las aplicaciones

de la electricidad, desde la máquina de vapor que la produce, á las diferentes máquinas que la gastan. Aquí el poderoso faro cuyos rayos luminosos alcanzan varias millas; allí la elegante lámpara de cristal de Venecia para el gabinete; más allá todos los adelantos del telégrafo y del teléfono; ora el fusil eléctrico, la campanilla eléctrica, la corriente eléctrica, alma de la galvanoplastia, ora los diferentes aparatos para el alumbrado, los distintos sistemas de acumuladores, las varias máquinas para convertir en movimiento la electricidad.

En el parque el tranvía eléctrico trasportaba diariamente á miles de personas, probando que el problema de utilizar la electricidad como motor ha dejado de serlo.

Entre las maravillas de la Exposición, recordamos un teatro, rodeado de tubos invisibles á los ojos del espectador.

De pronto empieza á arder. Cuando las llamas son más intensas se da vuelta á una llave y se convierte sala, escenario y escaleras en un juego de aguas de la Granja, que pronto apaga el incendio más voraz, salvando el espectador la pelleja de la chamusquina á trueque de un baño.

Sólo una objeción tenemos que oponer á este sistema que puede salvar de catástrofes tan horrorosas como las de los teatros *Brooklin* y del *Ring*: que el baño de ducha sea templado.

La Exposición de electricidad de Viena se nos antojó muy superior á la de Paris, debido esto á

los grandes adelantos que ha hecho en dos años la electricidad.

S. M. el Rey, aunque acosado por la multitud, á pesar de los agentes de policía que le abrían paso, visitó bastante detenidamente la Exposición, enterándose de cuantos adelantos había hecho en estos últimos años la luz eléctrica.

El teniente de navío Sr. Diez, electricista notable, enviado por el ministro de Marina para estudiar aquella Exposición, dió asimismo á S. M. abundantes pormenores sobre los principales aparatos que allí figuraban.

En la sección austriaca, el Barón Braun ofreció á S. M. un grupo de flores unido por un alambre á un acumulador que cabe en el bolsillo. Se alza el alambre, y de entre las hojas brota una lucecita eléctrica que lanza viva claridad. Un juguete precioso.

En la sala de teléfonos, donde entró luego, escuchó un acto de *Aida*, que se cantaba en el teatro de la Opera, situado á tres cuartos de hora del *Prater*. De allí pasó á visitar la instalación del Ministerio de Marina de Dinamarca, examinando con gran interés el sistema de torpedos daneses.

El ferrocarril eléctrico que hay en el *Prater* es sin duda el más perfecto de los construidos hasta el día. No avanza poco á poco como el del Palacio de Cristal de Londres y el de la Exposición de Amsterdam, sino que se desliza sobre los rails, con la velocidad de un ferrocarril. Cinco minutos tardó S. M. en llegar desde la Puerta del Sur al *Prater*-

Stern y vuelta, cambiando el wagón para ir en el delantero y ver funcionar la máquina.

Un tren imperial condujo al día siguiente á D. Alfonso y al Archiduque Federico á Presburgo, donde éste posee un castillo. En esta estación le hizo los honores una compañía húngara, que lucía precioso uniforme blanco, con bandera y música.

Presburgo es la antigua capital del reino de Hungría y sitio donde se coronaban los Soberanos. Cuenta cerca de 47 000 almas.

Entre sus curiosidades principales figuran los frondosos paseos que rodean á la ciudad vieja, la gran plaza semejante á la de las ciudades húngaras, con su *gran guardia* y su Ayuntamiento, la gótica capilla de San Juan, la estatua con traje húngaro de San Martín, y las ruinas del castillo real y del palacio de los Estados ó *Landhaus,* en que se reunieron las Dietas á principios del siglo.

En todos estos sitios estuvo S. M., llamándole la atención especialmente el barrio judío.

Donde más tiempo se detuvo—tres horas—fué en el cuartel, considerado como uno de los mejores de Austria-Hungría.

Se enteró de su organización; hizo mil preguntas á los jefes, á los oficiales, á los sargentos, y aun á los mismos soldados; se hizo explicar con los más pequeños pormenores el sistema administrativo seguido y el modo que tienen los sargentos de llevar las cuentas de los soldados, y hasta probó el rancho.

Después del suntuoso almuerzo con que le obse-

quió el Archiduque Federico, fué cuando recorrió la ciudad, en la que tuvo una ovación que estaba muy lejos de esperar.

El pueblo entero le siguió toda la tarde, gritando: *¡Helema!* ó cosa así, que quiere decir viva.

Fué una recepción española... por lo entusiasta.

El día 16, como domingo, oyó S. M. misa con el Emperador y las personas que componían las comitivas, en los *Agustinos*, iglesia gótica del siglo XIV, situada á dos pasos del *Bourg* y parroquia del mismo.

Llama en ella la atención el mausoleo de la hija de la célebre María Teresa, que se nombró Archiduquesa María Cristina; obra, y obra notabilísima de Canova. ¡Qué tres figuras de mármol aquellas que lloran á la puerta del sarcófago la muerte de la *usori optimæ*, como mandó inscribir en el monumento su marido el Duque Alberto de Saxe-Teschen! El monumento costó 20 000 ducados, ó sean unas 240 000 pesetas.

Y hé ahí lo que es el arte. El genio de Canova ha inmortalizado el nombre de una Archiduquesa, que siendo, á lo que parece, una excelente esposa, nada hizo para que admirara su nombre la posteridad. Vale mucho una buena tumba.

En el panteón de la iglesia existe asimismo el sarcófago de Leopoldo II, sobre el cual se ve la estatua yacente del Emperador, y contra el cual se apoya la Religión en actitud de duelo; y en el muro el monumento erigido por María Teresa al feldmariscal Daun, libertador de la patria, en el que figuran los

retratos del feldmariscal y de la Emperatriz; y el monumento de Van-Swieten, médico de María Teresa.

En la capilla del mismo panteón consérvanse, en urnas de plata, los corazones de todos los miembros que han muerto, de la familia imperial.

La misa á que asistió el Rey ofrecía de notable la preciosa música ejecutada por la orquesta mientras duró el Santo Sacrificio, y que traía á la memoria el estilo admirable de la de Palestrina que se canta en el Vaticano.

Almorzó luégo con el Archiduque Guillermo, hermano de nuestra Reïna, y á las tres se dirigió al *Prater* en el coche de este Archiduque, para asistir á las carreras de caballos.

Hallábase á la sazón ausente de Viena la sociedad aristocrática, así es que faltaba á la fiesta el atractivo de los *mail-coachs*, arrastrados por estos hermosos caballos húngaros, y el de las hermosas damas luciendo ricas *toilettes* y magníficos carruajes, pues los *book-makers*, los aficionados sin coche y los extranjeros, no son suficiente adorno para un Hipodromo como el de Viena.

El *Prater*, por ser domingo, estuvo animadísimo, y si en la *Hauptallé*, ancha y larga avenida bordada de una cuádruple hilera de castaños de Indias, no se veían los trenes lujosos que en primavera, en cambio el *Wurstel prater*, ó sea el *Prater* del Polichinela, estaba animadísimo, y los honrados vieneses se llenaban el cuerpo de esa magnífica cerveza, llamada

Spielzel, en los numerosos cafés que hay allí establecidos, en algunos de los cuales dánse conciertos por mujeres; ó entraban en el excelente panorama del Cairo, ó se entretenían recorriendo el sin fin de barracas de feria, en las que se exhiben toda clase de fenómenos, y de cosmoramas.

El Archiduque Guillermo, que acabamos de nombrar, es un joven de unos veinticuatro años, teniente de un regimiento de húsares, en el que presta el mismo servicio que los demás oficiales. Señas particulares: tiene una estatura colosal. Al terminar sus estudios pudo pasar al Estado Mayor general, pero su cariño al regimiento le hizo seguir haciendo guardias antes que abandonar á sus compañeros.

Bien es verdad que el respeto que se profesa allí á los Archiduques es tan grande, que fuera de los actos del servicio, un superior no se permitiría con un individuo de la familia del Emperador el más ligero acto de familiaridad.

Y á pesar de eso se ve á los Archiduques pasear á pie por las calles y hacer sus compras en las tiendas como simples particulares, sin que la gente se amontone en torno suyo ó les siga, como pasa en Madrid cuando los Reyes pasean por el Retiro á pie, sino que, por el contrario, se apartan, saludándoles con respeto.

Los Archiduques ganan allí sus grados haciendo estudios en las escuelas militares y servicio en los regimientos y cuarteles.

El banquete oficial de este día fué civil, y en él

tuvieron importante representación el Ministerio, el Parlamento y el Consejo municipal.

Como en el anterior, compartió el Rey la presidencia con S. M. Francisco José, y como en el anterior, se sirvió en vajilla de plata y de porcelana de Viena, y fué escogido el *menu*.

Una comida á la que asiste el elemento civil, claro es que no tiene en Austria la misma importancia que una comida militar. El uniforme y el sable dan allí carácter á todo. El Emperador y los Archiduques dan el ejemplo vistiendo siempre de militar. Los oficiales del ejército no suelen vestir de paisano.

No por acudir á enterarnos de lo que hacía Don Alfonso en Viena dejamos de tener algunas horas libres al día para recorrer la ciudad.

No vamos á trascribir nuestras impresiones, que ellas darían materia para otro libro, sino á recordar lo que más nos llamó la atención...

Un viajero que se respeta debe en la ciudad del Danubio visitar lo primero de todo la gótica catedral de San Esteban, con sus elegantes pórticos, su torre afiligranada, que eleva su flecha 135 metros del suelo, sus preciosas cresterías, sus calados botareles, su inclinada cubierta con dibujos en tejas de colores, y su gran reloj con un cartel en el que á cada cinco minutos se cambia la hora.

La catedral de San Esteban pasa por ser el monumento de más puro orden gótico de la Alemania

toda; y si exteriormente causa admiración el pórtico del Gigante, lleno de esculturas, las torres de los paganos y los antiquísimos bajo-relieves, por dentro suspende el contemplar las altas naves, las bóvedas sostenidas por pilastras elegantísimas y adornadas con un centenar de esculturas, y el altar mayor, de mármol negro, coronado por el célebre cuadro de Bock *El martirio de San Esteban*, y el afiligranado púlpito labrado en piedra como si fuera dócil barro, y las hermosas vidrieras de colores, tan hermosas como las de Colonia ó Toledo, y la sillería de coro, ricamente esculpida, y los marmóreos sarcófagos de Federico III y del Príncipe Eugenio.

En las criptas guárdanse desde hace dos siglos las entrañas de los individuos de la familia imperial, así como los corazones se conservan en las urnas de plata de los *Agustinos* y el panteón de los *Capuchinos* guarda el resto. No ha de ser fácil el día del Juicio final reconstituir por completo esta dinastía de los Hapsburgos.

La plaza de San Esteban es la Puerta del Sol de Viena; allí tienen su parada los ómnibus que se dirigen á los 36 barrios en que se divide la ciudad; allí tienen establecidas sus oficinas algunas de las millares de casas de banca judías, que hacen de la ciudad del Danubio un centro importantísimo de negocios; allí pasean los *commissionnaires*, organizados como en ninguna otra capital del mundo, y que suelen emplearse en mil faenas distintas; de allí arranca el *Graben*—que es el boulevard de los Italianos vie-

nés—con sus magníficas tiendas que excitan todos los deseos, y con sus bellas y elegantes paseadoras, que lanzan á los transeuntes, y más si son extranjeros, miradas muy significativas; allí se ven esas tiendas de fotografías, en cuyos escaparates se exhiben confundidos el retrato de una Archiduquesa y el de las actrices más guapas, vestidas estas con los trajes que se usaban en el Olimpo y en el Paraíso terrenal; allí tienen sus establecimientos los mejores fondistas, los mejores sastres, los mejores peluqueros, los mejores vendedores de artículos vieneses; aquello es, en suma, el corazon de la ciudad.

Pero la verdadera maravilla de Viena es el *Ring* (anillo), grandioso boulevard de 30 metros de desarrollo, que la envuelve en un cinturón de jardines y edificios monumentales, cual en toda Europa no los hay, como antes la envolvía en apretado cinturón de murallas.

No existe ejemplo en el mundo de un ensanche tan rápido y grandioso como el de Viena; en 1858 empezaron á derribarse las murallas; en 1873 convidaba ya al mundo á la inauguración de la nueva capital con el pretexto de la Exposición del Prater; en 1883 no queda ya apenas nada por hacer.

El mejor sitio para formarse idea de este monumental cinturón, es el llamado *Franzens-Ring*. Enfrente álzase el *Rathaus* (Ayuntamiento), de estilo gótico-romano, y de tanta importancia arquitectónica, como una de nuestras antiguas catedrales pueda tener, á pesar de lo cual, hase construido en

poco más de diez años; las tres caladas torres en que termina, producen el mejor efecto; sobre las arcadas del piso superior destacan las estatuas de los reyes de Austria; las ventanas ojivales son de purísimo estilo, y la escalinata que le da acceso, grandiosa. A ambos lados quedaban dos espacios. El arquitecto trazó los planos de dos palacios y se cedieron los terrenos con la condición de que los compradores habrían de someterse á aquel plan de edificación.

A derecha é izquierda de esta plaza ó más bien de este jardín, se alzan otros dos de los monumentos recien construidos y que no ceden la palma al mismo *Rathaus* en punto á belleza; el *Parlamento* y la *Universidad*. Soberbio el primero y recordando por la profusión de columnas y por lo hermoso de sus escalinatas al Capitolio de Washington, y al nuevo Palacio de Justicia de Bruselas; hermosísimo el segundo, de estilo del Renacimiento, lleno de estatuas y con una amplitud de salas por dentro, que no pueden menos de admirar á los que, como nosotros, han hecho sus estudios en la Universidad de Madrid.

Enfrente del *Rathaus*, la nueva Opera aún sin concluir, de blanca piedra caliza, coronada con profusión de bellísimas estatuas, con pórticos de mármol y con los bustos de Shakespeare, Calderón, Molière. Hebbel, Grillparzer y Halm; conjunto de líneas, arcos, columnas y estatuas que produce un efecto maravilloso.

Mas allá asoma la calada torre de la iglesia *Voti-*

va, construida por Ferstel en acción de gracias á la Providencia por haber salvado de una tentativa de asesinato al Emperador Francisco José, monumento de sillería de inspirado conjunto y acabadísimos pormenores, y aquí y allá edificios monumentales que son tiendas, cafés ó casas particulares.

La edificación en Viena es mouumental y no ya los palacios de los Archiduques y las casas de banca, sino las simples viviendas particulares se permiten parecerse á palacios, y tener en sus fachadas estatuas, columnas y cariátides del mejor gusto arquitectónico.

Entre sus palacios, evoca ahora la imaginación, el famoso del *Belvedere*, construido por el Príncipe Eugenio de Saboya, y en cuya galería de cuadros están representadas todas las escuelas de pintura, así como su armería de Ambras es una de las más reputadas del Austria; el del Archiduque Alberto, construido no ha mucho en el *Alberchtgasse* en comunicación con su antiguo palacio, donde está la famosa *Biblioteca Albertina* con sus 40 000 volúmenes y una de las colecciones de grabados mejores del mundo; el del Archiduque Guillermo con su fachada de jónicas columnas; el del Príncipe de Schwarzemberg, con su precioso jardín abierto al público en verano; el del Archiduque Luís Víctor, lleno de estatuas; el de Palavicini con las cuatro cariátides más hermosas de Viena; el de Lichtenstein con una completísima galería particular de cuadros, así como los de Harrach y Schoemborn; el de Sina adorna-

do con frescos de Rahl y quién sabe cuántos más.

Entre los Museos, merecen especial mención, el Austriaco, ó sea el de Industria y Artes, imitación del de *South Kensington* de Londres, y en verdad notabilísimo; el Arsenal con la galería de las Glorias donde se conserva la magnífica armería de la casa de Austria, y la Academia de Bellas-Artes, sobre cuya fachada destaca una buena estatua de Schiller.

Viena posee magníficos jardines y paseos. Además del *Prater*, que tiene grandiosas avenidas donde lucen sus trenes las aristocracias de la sangre y del dinero, y avenidas donde se divierte el pueblo, cuenta con un *Hofgarten* ó jardín de la corte, que ofrece el atractivo de sus estufas; con un *Volksgarten*, ó jardín del pueblo, favorecido por la buena sociedad, en el que se levanta una copia de templo de Teseo en Atenas con el famoso grupo de Canova *Teseo vencedor del Minotauro*, y en el que da sus conciertos *Strauss*; un *Stadtpark*, precioso parque, situado en el mismo *Ring*, y en el que se ha construido el monumento del dulce Schubert, y en el que durante el invierno se entregan las vienesas al placer de patinar.

Pero ya hemos dicho que no nos proponíamos hacer una descripción de Viena; y cuando hayamos citado por cortesía hacia la ciudad en que pasamos días tan agradables, la fuente del *Neue Markt* con los cinco principales ríos del archiducado, representado por cinco hermosas figuras de bronce; y el Banco Nacional, magnífico edificio cuyo salón de

las cariátides tiene de notable el ser estas, retratos de los principales banqueros de Viena; y la *Bolsa*, cuyo salón principal parece una casa de locos, pues tales son los gritos que dan los corredores; y el Hospital general, en cuyas salas caben muy holgadamente 3 000 camas; y el Danubio, al que hice expresamente una visita deseoso de convencerme si era en efecto azul, en lo que experimenté cruel decepción; habremos dado fin á nuestro paseo por la ciudad...

Bien quisiera extenderme en bosquejar tipos tan deliciosos como el del cochero,—los coches de alquiler van en Viena mucho más de prisa que en Londres;—como el del portero, verdadero personaje envuelto en su levitón con el mismo orgullo que en su toga un romano, lo que no le impide cobraros 10 kreuzers, si entráis en casa después de las diez de la noche; como el de la *pecadora* vienesa cuyo aire lleno de candor no hace presumir, como dice Tissot, que ejerce un oficio, sino que busca un placer; como el de la hermosísima vienesa aficionada como ella sola á una *Land partie*, y cuyo corazón—á lo que oimos—se halla siempre entreabierto á las dulces curiosidades del amor...

En la mañana del día 17 salió D. Alfonso muy temprano, acompañado únicamente de su ayudante el Sr. Goicochea, en dirección al castillo da Nuvisteg, situado en la Styria, donde á la sazón se hallaba la Emperatriz.

La Styria tiene dialecto y costumbres distintas del Austria. Lo mismo les pasa á otras provincias austriacas. Así es que el Emperador Francisco José tiene que saber diez y siete entre lenguas y dialectos para entenderse con sus súbditos. Abundan en Styria los ondulados valles y los paisajes dignos de la Arcadia; en las cimas de las montañas divísanse ruinas de antiguos castillos, ó villas encantadoras; y una vez en la alta región alpina, ilustran el paisaje los enhiestos picos semejantes á torrecillas que defienden los desfiladeros, alturas que dibujan en el horizonte sus masas nevadas, y espesísimos bosques de abetos que cubren las faldas de las montañas.

En esta parte abundan los ciervos, los rebezos, los corzos, y el *coq de bruyère* y el verdadero placer del cazador consiste, como en los Picos de Europa, en irlos á buscar en sus empinadas madrigueras, para lo que es preciso tener buena cabeza, buen pie, y buena puntería.

El Emperador tiene fama de ser cazador excelente. En este ojeo mató D. Alfonso dos rebezos, lo mismo que el Emperador y el Príncipe imperial, y uno el Rey de Servia, llegado la noche anterior á Viena para asistir luego con D. Alfonso á las maniobras de Homburgo.

En el castillo de la Emperatriz celebróse luego espléndido almuerzo.

Por lo mismo que esta soberana se pasa meses enteros en sus posesiones sin ir para nada á Viena, prefiriendo pasear y cazar á caballo, que no asistir

á bailes y recepciones, fué más de agradecer que acudiera primero á recibir al Rey, y que lo invitara luego á un almuerzo y á una cacería.

Al anochecer pasó el augusto visitante por Viena, sin detenerse, procedente de Styria, y se dirigió á Brünn, donde durmió algunas horas mientras llegaba la hora de las maniobras que debían celebrarse en sus alrededores.

Brünn es la ciudad más importante de la Moravia, tanto por su población, pues tiene 73 500 habitantes, como por sus fábricas de paños y bisutería. Con la trasformación de las antiguas fortificaciones en hermosas avenidas pobladas de árboles que unen la ciudad con los suburbios, ha ganado Brünn considerablemente. La ciudadela, situada en el *Spielberg*, monte de 258 m. de altura, conserva el recuerdo de haber servido de prisión al patriota Silvio Pellico, el ilustre autor de *I mie prigioni*.

Para el viajero, Brünn sólo ofrece de particular los paseos del *Spielberg*, la catedral que se eleva sobre una altura vecina, el *Francensberg*, otro monte convertido en paseo, en cuya parte superior se eleva el obelisco, de unos 20 m. de altura, erigido en recuerdo de la paz de 1815; la gótica iglesia de Santiago, el *Augarten*, otro paseo y la Casa Consistorial, edificio de antigüedad respetable.

Pero para nosotros, toda la importancia de Brünn quedaba reducida al valle que riega el Schwarzaba,

en el que se verificaron las maniobras de caballería.

En ellas tomaron parte 3 500 caballos y 18 piezas, dando principio por atacar todo el cuerpo de ejército á un enemigo representado por medio regimiento de dragones y una batería.

En las diferentes maniobras que siguieron, diéronse magníficas cargas de caballería, siendo cosa admirable el ver aquellos compactos escuadrones avanzar á galope unos contra otros, en perfecto orden de ataque y detenerse cuando parecía que iban á chocar.

La caballería austriaca demostró tener una organización muy semejante á la alemana y poseer un estado de instrucción que nada deja que desear. A estas maniobras asistió también el Rey de Servia.

De regreso de Brünn, atravesó Viena D. Alfonso sin detenerse más que para cambiar de traje, tomando por la tarde el tren de Francfort.

Pero antes de abandonar la hospitalaria tierra austriaca, digamos dos palabras sobre la impresión que produjo el paso del Rey por Viena. La opinión general era que se había recibido á D. Alfonso como á muy pocos Soberanos. Los periódicos prodigaron elogios al Monarca, que no por ser justos dejaban de llenarnos de orgullo á los españoles. En la corte se decía que el Emperador Francisco estaba encan-

tado de su huésped, y que quería retenerlo en Viena todo el más tiempo posible. El Príncipe imperial se hizo grandísimo amigo de D. Alfonso. Cuantos austriacos hablaban con él se hacían lenguas de su instrucción, de su amabilidad y de la sencillez de su trato.

Los Archiduques le brindaban con expediciones, con viajes y con cacerías, que la prisa con que viajaba le impidió aceptar. Y á pesar de todo, no le faltó tiempo para tomar nota sobre la organización del ejército, para visitar escuelas, museos y bibliotecas y para asistir á las maniobras militares.

La prensa austriaca comprendió perfectamente, y así lo dijo, que el viaje no tenía otro objeto que el de corresponder á las invitaciones de los Emperadores Francisco José y Guillermo, el de trabar con ellos relaciones personales y hacer en consecuencia de esto más cordiales y más íntimas las que ya felizmente existían entre sus respectivos Gobiernos.

El *Fremdenblatt*, periódico que se supone recibe inspiraciones del ministro de Negocios Extranjeros, publicó además un artículo, del que se ocupó en España la prensa por contener las siguientes significativas frases:

« Estamos, empero, seguros de que siempre que se traten en Europa cuestiones que á España interesen, podrá esta nación contar (zahlen darf) con voto y asiento en el concierto europeo. »

Este lenguaje digno y prudente contrastaba con el impetuoso de una parte de la prensa francesa, al

cual contestaba *La Epoca* con las siguientes levantadas frases:

«A los que nos desdeñen, les diremos que no hay enemigo pequeño; á los que nos maltraten, que España cuenta entre sus grandes obras literarias *El médico de su honra* y *A secreto agravio, secreta venganza;* á los que nos traten con cortesía, que el imperio de las ideas democráticas no impide á España el ser una nación de caballeros.»

V.

Despedida en Viena.— De Viena á Francfort-sur-Meine.— El hotel de Rusia.—Paseo por Francfort.—De Francfort á Homburgo.— Recepción que hizo el Emperador al Rey.—Aspecto de Homburgo.— En el Castillo imperial.—La gran parada.—El carro de los periodistas y nuestro automedonte *Philipe*.—A propósito del ejército alemán.— Banquete militar en la *Curhaus*.—Brindis.—En el teatro de la *Curhaus*.

PENAS regresó el Rey de las maniobras de Brünn, que dejaron puesto á gran altura el pabellón de la caballería austriaca, se dirigió en un coche del Emperador, y acompañado por éste, á la estación de la barrera de Mariahief (en cuyo vestíbulo vese por cierto una estatua de la Emperatriz), para tomar el tren de Francfort.

Aun siendo ordinario, el tren no podía ser más real, pues además de D. Alfonso iban en otro *Sleeping-car* el Rey Milano de Servia y el Duque de Edimburgo, hijo de la Reina Victoria.

A despedir al Rey en la estación fueron, además

del Emperador, la Archiduquesa Isabel, varios Archiduques, el ministro y la legación de España, el general Gravenitz y el mayor Rosemberg, que estuvieron á las órdenes del Rey durante su permanencia en Viena, y algunas otras personas.

Llegado el momento de la partida, el Emperador abrazó y besó cariñosamente en la mejilla á D. Alfonso, como pudiera hacerlo con un hijo; era conmovedor ver al veterano militar apretando con efusión entre sus brazos al joven Monarca.

En los pocos días que permaneció D. Alfonso en Viena, cobróle el Emperador una afición grandísima. Vióle montar á caballo al romper el alba, después de haber pasado la noche en el tren, y soportar sin fatiga marchas de 15 kilómetros al trote; vióle seguir con atención é inteligencia las maniobras militares, fijándose hasta en los pormenores más pequeños y preguntando aquello que á primera vista no entendía; vióle cazador infatigable y compañero de viaje agradabilísimo. Nada tiene, pues, de extraño que en poco tiempo le cobrara tan vivo y notorio cariño.

También la Archiduquesa le abrazó cariñosamente, despidiéndose de él hasta su próximo viaje á Madrid.

El camino hasta Linz era el mismo que habíamos recorrido á nuestra ida á Viena. En Linz tomamos la línea de Passau, frontera bávara, en la que S. M. tenía preparada una comida.

Ya en la línea de Passau, atravesamos por Strau-

bing, el granero de la abundancia de Baviera, y por Passau mismo, de aspecto imponente, cuya célebre fortaleza de Oberhaus corona la escarpada colina que se levanta del otro lado del Danubio.

Aquí empezó á anochecer, y solo por la guía pudimos darnos cuenta de que atravesábamos por *Ratisbona*, el sitio en el cual se reunió durante tantos años la Dieta imperial, y la ciudad clásica de la arquitectura á principios de la Edad Media, y por *Nuremberg*, célebre por sus fortificaciones, por sus edificios de los siglos XV y XVI, por su industria, por su comercio y por haber habitado gran parte de su vida en ella Alberto Durero.

Cuando amanecía, pasaba el tren por las orillas del Mein, y se presentaban á nuestros ojos, medio escondidas por los cendales de niebla que se levantaban del río, *Lomdenbach*, *Carlstad* y *Geminden*, cada una con su correspondiente castillo arruinado, como la mayoría de los pueblos alemanes.

Los bosques que se extienden á ambos lados al pasar por la cadena de montes de *Spessart*, figuran, á lo que nos dicen, entre los más hermosos y ricos del imperio.

En Aschaffemburgo, residencia un tiempo de los electores de Maguncia, existe una casa *Pompeyana* que mandó construir el Rey D. Luis I á imitación de las descubiertas en Pompeya, y decorada como en tiempo de los romanos con pinturas murales.

Después Rumpenheim, propiedad del landgrave

de Hesse, *Wilhemsbad*, sitio de recreo de los francfortenses, y por último Francfort.

Aquí aguardaban al Rey el Príncipe heredero de Portugal, nuestro simpático ministro en Berlín, Conde de Benomar con el primero y tercer secretario de la legación, los ministros de España en Holanda y Suecia y Dinamarca, Marqués de Arcicollar y Sr. Castellanos, el cónsul de España en Francfort, Sr. Braudels, notable comentarista del *Quijote* y autor de un hijo de pocos meses á pesar de sus setenta y cuatro años; el Conde de Solms, ministro de Alemania en Madrid; el coronel de ejército comandante de estado mayor, Sr. Espinosa, que con el teniente de artillería, Sr. Hevia, asistían á las maniobras, y algunas otras personas.

El Príncipe imperial de Alemania, que se encontraba en Francfort, había expresado el deseo de ser el primero en abrazar al Monarca de España, pero no fué á la estación por respetar el incógnito con que viajaba el Rey.

El Príncipe heredero de Portugal, en cambio, no creyó que en su calidad de extranjero faltaba á las leyes de la etiqueta, acudiendo á esperar á D. Alfonso, vestido de uniforme.

Apenas lo vió el Rey, le saludó con un estrecho abrazo.

Después, dirigiéndose al Conde de Solms, que se

inclinaba respetuosamente, le dijo, tendiéndole la mano:

—Sr. Conde, ya sabe V. que deseaba vivamente poder saludarle... en su país.

La comitiva se dirigió en seis *landaux* que tenía preparados el Conde de Benomar por la plaza Schiller al *Zeil*, arteria principal de Francfort, en la que está situado el hotel de Rusia, donde la comitiva real debía alojarse. Este hotel es un magnífico palacio que perteneció un tiempo al Barón de Schweitzer, y aún conserva los techos pintados al fresco y algunas de las estatuas que lo decoraban, por las cuales ofrecen hoy crecidas sumas al hostelero, individuo de la familia Drexel, en cuyas manos se encuentran los principales hoteles de Alemania, frecuentados por personas reales.

S. M. ocupó en este hotel el salón principal, que era la antigua cámara del palacio, y apenas se hubo quitado el polvo del camino, se presentaron á saludarle el gobernador de Francfort, y á la vez ayudante del Emperador, general Lucadon, y el jefe de policía Herr Hergenhahn, preguntándole si quería que á la puerta del hotel y á la del cuarto se le hiciera guardia de honor, á lo que D. Alfonso contestó negativamente.

Concluidas que fueron las presentaciones, verificóse la comida con que el Rey de Servia obsequiaba á D. Alfonso, al Príncipe heredero de Portugal y á las tres comitivas.

A las doce en punto se abrían las puertas del anti-

guo comedor del palacio de Schweitzer, y su propietario, Sr. Drexel, luciendo en el ojal de la levita la cruz del Aguila Roja, pronunciaba la frase sacramental con cara llena de satisfacción:

—*Leurs Majestés sont servis.*

En efecto, ahí es nada recibir á dos soberanos en activo servicio y á un soberano futuro.

Por eso decía M. Drexel, haciendo reverencias á todo el que se le acercaba:

—*¡Quel honneur pour la maison!*

El comedor estaba perfectamente adornado con tiestos de flores; la mesa espléndidamente servida; las conciencias del dueño de la fonda y del cocinero debieron quedar satisfechas.

Y concluido que fué el almuerzo, los dos Reyes y el joven Príncipe salieron á pié del brazo y solos, poniéndose á recorrer las curiosidades que encierra Francfort: el *Ariadneum*, con la famosa estatua de *Ariadna* sobre la pantera; el Jardín zoológico, que pasa por ser uno de los mejores del mundo, figurando después del de Londres, y entre los de Amsterdam y Amberes; el Instituto Stœdel, preciosa galería de Bellas Artes, fundado por un habitante de Francfort; los monumentos de Gutenberg, Gœthe y Schiller, y sobre todo el Jardín de las palmeras, con su lago, atravesado por un puente y surcado por barquillas, con su magnífica *Cursaal*, sus ruinas artificiales, sus grutas, sus estufas llenas de las más raras plantas exóticas y sus macizos de flores—valga el galicismo—en los que un jardinero artista ha

formado con las plantas más lindas y las begonias de colores más brillantes, las combinaciones, los canastillos y los dibujos más encantadores que hemos visto.

A las seis esperaba en la estación, adornada con mástiles y con banderas blancas y negras, que son los colores del Emperador, el tren imperial que había de conducir á los viajeros á Homburgo.

El Rey de España vestía el uniforme azul claro de coronel de infantería bávara; el Rey de Servia de general de su país; el Príncipe portugués de oficial de lanceros.

Los individuos de las tres comitivas lucían asimismo todo un album de pintorescos uniformes.

Homburgo dista de Francfort-sur-Mein media hora por los trenes express. Todas las estaciones del tránsito estaban engalanadas. En la de Oberhusel una batería de artillería rodada saludó el paso del Rey con las salvas de ordenanza, pues desde Francfort ya viajaba el Rey oficialmente.

Al mismo tiempo era espectáculo precioso el que ofrecían aquellos verdes campos iluminados por un hermoso sol y esmaltados por los brillantes colores de los uniformes de las tropas que se iban á acantonar en los alrededores de Homburgo para estar al siguiente día listos para la gran parada.

Aquí los batallones de infantería con su casaca azul, su casco negro con adornos dorados y su pantalón de dril claro; allá los escuadrones de caballería con sus chacós con plumas, sus lanzas, que re-

matan en banderolas; acullá los blancos coraceros, cuyo uniforme usa el Príncipe de Bismark.

Y á propósito, las dolencias que aquejan al canciller le impidieron venir á Homburgo á saludar al Rey de España.

La estación de este pueblecito de baños estaba adornada con guirnaldas de flores, con banderas y con escudos combinados con mucho gusto. Junto á la estación levantábase una tienda de campaña para el Emperador, y en el andén veíase un regimiento de infantería prusiana con bandera, música y banda de tambores, para hacer los honores á los Soberanos. Todos los alrededores de la estación se hallaban, como es de suponer, cuajados de gente.

A las seis y media había llegado el Emperador á Homburgo, acompañado del Rey de Sajonia, del Príncipe imperial, de los Príncipes Guillermo de Prusia, Federico Cárlos, Federico Leopoldo y Alberto, del Príncipe de Gales, de los Grandes Duques de Baden y Sajonia, de una docena de Príncipes alemanes más, del general Moltke y del más brillante Estado Mayor que imaginarse puede.

En la estación aguardaba el Gran Duque de Hesse, á cuyos Estados pertenece el territorio de Homburgo, el Duque de Edimburgo que había llegado por la mañana, el Príncipe de Sajonia-Meiningen, los Duques de Connaugth y Cambridge y dos páginas del almanaque Gotha de Príncipes, Grandes Duques y Landgraves.

Las tropas presentaron armas y las músicas batieron marcha imperial.

Los lejanos ecos de las salvas anunciaron á los diez minutos que se acercaba el tren en que venía D. Alfonso.

El Emperador se adelantó solo ante la tienda de campaña, permaneciendo los Príncipes á alguna distancia.

Las músicas tocaron nuestra Marcha Real.

Se detuvo el tren y bajó primero D. Alfonso. El Emperador Guillermo le agarró las dos manos y las tuvo largo rato estrechándolas entre las suyas.

El cuadro que ofrecía el Monarca más anciano del mundo dando la bienvenida al Monarca más joven, ante una asamblea de Reyes, Príncipes y Grandes Duques, en la que estaban representadas las principales familias reinantes de Europa, era interesantísimo. ¡Cuántas reflexiones se agolparon entonces á nuestra mente!

Pero la premura del tiempo no nos permite el lujo de hacer reflexiones.

Después el Rey saludó al Príncipe imperial y al Conde de Solms, siéndole presentados aquellos Príncipes á quienes no conocia.

Terminadas las presentaciones, el Emperador ocupó uno de los coches á la *grand d'Aumont* con su primer ayudante, el general Conde Goltz, y se puso en marcha la comitiva.

No quiso S. M. I. dar la derecha de su carruaje á

ningún Soberano, sin duda para evitar susceptibilidades.

En efecto, tan Rey era D. Alfonso como el de Sajonia y el de Servia, y tan Príncipes herederos el de Inglaterra como el de Portugal.

Los coches eran carretelas tiradas por cuatro caballos. Las libreas de los tronquistas eran muy sencillas; á cada coche precedía un correo.

En el primero iba como hemos dicho, el Emperador con su ayudante.

En el segundo, el Rey de España, que ocupaba la derecha, y el Gran Duque de Hesse, siendo este Gran Duque el que hacía en cierto modo los honores, por ser suyos los Estados; en que llevaba D. Alfonso el puesto de honor.

En el tercero, el Príncipe heredero de Portugal, Duque de Braganza, con el Príncipe Guillermo de Prusia, nieto del Emperador y presunto heredero.

En el cuarto, el Rey de Servia con el Príncipe imperial.

En el quinto, el Rey de Sajonia con otro Príncipe.

En el sexto, el Príncipe de Gales, con su rojo uniforme, acompañado de su ayudante general Sir Samuel Browe.

En los demás coches iban los demás Príncipes, los Grandes Duques, los generales y demás personas que componían la comitiva.

El orden que reinó en la estación á la llegada de los Soberanos fué admirable.

Aguardaban 134 *landaux* de alquiler, formados en

fila. Los cocheros llevaban un número en gruesos caracteres en el sombrero, para que desde lejos pudieran ser vistos. Y como cada uno de los generales puestos al servicio de los Príncipes sabía dónde estaba el suyo, á él se dirigía, sin que hubiera un momento siquiera de barullo.

Nosotros pensamos entonces lo que sucedería en España si fueran tantos Soberanos á un pueblo de la poca importancia de Homburgo. Pero no nos metamos en comparaciones.

A la salida de la estación, que se hallaba adornada con elegantes banderas y con las armas del Emperador y de los Reyes alemanes, levantábase un precioso arco de follaje, en el que se leía la palabra *Wellkommen*. (Bien venido.)

La misma inscripción aparecía en otras muchas casas y hoteles.

Media hora antes de llegar la comitiva se hallaba libre de gente la *Luisenstrass*, arteria principal de Homburgo. Entre la multitud veíanse pelotones de 50 y 100 soldados de los que iban á tomar parte en las maniobras. Los balcones rebosaban gente.

A pesar del gentío no se oían gritos, ni nadie se atropellaba, ni los cocheros pretendían pasar por calles que les estaban vedadas. Un agente de policía, colocado de 20 en 20 metros, bastaba para dirigir á la multitud, que sin duda está educada en Alemania con arreglo á la disciplina militar.

A las seis y media empezó á anochecer, y empezaron á lucir las iluminaciones.

Vasitos de colores dibujaban las líneas principales de algunos edificios; lucecillas de gas trazaban festones sobre la fachada de los hoteles; con faroles á la veneciana habíase trazado en algunas casas el *Wellkommen* tradicional.

Unase á esto los mástiles rodeados de guirnaldas y los cordones de verdura colgados de unas casas á otras, que contribuían á la decoración pintoresca de Homburgo.

Los soldados que se agrupaban á nuestro alrededor aprovechaban la aglomeración de gente para dar besos á las muchachas, las cuales hacían alarde de la resignación de Cristo, poniendo la otra mejilla.

Entre las iluminaciones llamaban la atención las del castillo imperial *(Schloss)*, la de la *Cursaal* y la de algunos hoteles.

A la puerta del castillo aguardaba á D. Altonso la Emperatriz, que se había hecho conducir en silla de manos á causa de sus dolencias, que la impiden andar, rodeada de la Princesa imperial, de la Princesa Victoria, de la bella Condesa de Benomar, esposa de nuestro ministro, de la camarera mayor, Condesa von Hacke, de las damas, Condesa zu Münster y Condesa zu Elzt, y de las damas de las Princesas.

Al llegar el Rey la besó la mano.

La Emperatriz había expresado á la Condesa de Benomar el deseo de ir á esperar al Rey á Francfort; pero no habiéndoselo permitido el delicado es-

tado de su salud, no quiso dejar de recibirle á la misma puerta del castillo, haciendo á la esposa de nuestro ministro el honor de invitarla para que la acompañara en el momento de la recepción.

Hubo aquí nuevas presentaciones, y después se sirvió la comida, que fué de familia, y á la que sólo asistieron los Soberanos, sus comitivas y los Condes de Benomar.

Inmediatamente fueron puestos á las órdenes del Rey el general de caballería, ayudante del Emperador, Conde de Goltz, y el coronel Pfuel, agregado militar á la legación alemana en Madrid.

Concluida la comida, reuniéronse en el patio del castillo todos los músicos de los regimientos, dando una gran serenata á los Soberanos.

La llegada de las músicas, precedidas de grandes farolas, fué preciosa; el concierto muy agradable;—el aspecto de las calles animadísimo.

El programa de las maniobras anunciaba que estas comenzarían el 21 de Setiembre con una gran parada en el *Kaiser parade*, inmensa llanura situada á una legua de la población.

A este efecto, á las ocho y media nos dimos á buscar, con nuestro compañero de fatigas el corresponsal de la *Correspondencia*, un coche ó cosa así que nos trasportara al lugar indicado.

En esto vimos pasar al Duque de Sexto, al Marqués de la Vega de Armijo, al Conde de Morphy y

al secretario del ministro, Sr. Uriarte, en un humilde *landau* de alquiler y en dirección al campo de las maniobras, y creyendo que el respeto nos vedaba tratar de competir con estos señores, tomamos un carro verde arrastrado por dos soberbios caballos percherones, capaces de tirar de un carro de mudanzas, cuanto más de un vehículo en que iban solos dos flacos periodistas.

Nuestro paso por *Luisenstraass*, cuyos balcones estaban llenos de elegantes *ladies* que aguardaban poder contemplar á su sabor la comitiva (las tres cuartas partes de los bañistas de Homburgo son ingleses); nuestro paso, decimos, no dejó de causar efecto.

En este carro acordamos establecer, mientras durasen las maniobras, una sucursal de la redacción *La Epoca* y de *La Correspondencia*.

El automedonte, antiguo militar llamado *Philipe*, pareció comprender todo el honor que dispensábamos á su elemento de locomoción y el papel importante que en la historia de estas maniobras habría él de desempeñar, y llevándonos por atajos que á maravilla conocía, nos hizo llegar en media hora al campo de las maniobras, en cuyos alrededores se agolpaban ya miles y miles de espectadores.

En cuanto tablero podían colocarse ruedas, la forastera población de Homburgo, centuplicada con los viajeros llegados aquella mañana de Francfort, y de los pueblos de los alrededores, se dirigía al sitio de la peregrinación general. Los que no habían podido ir sobre algo iban á pié. A cálculo de corres-

ponsal, que es cálculo ancho, presenciaron la parada 15 000 personas, agrupándose en torno á la llanura unos 2 000 vehículos, desde la carretela á la *d'Aumont* hasta nuestra carroza, que todavía no era la más modesta.

El camino que conduce á este campo era llano y estaba bien entretenido, como camino alemán.

Llegamos al pueblecito *Ober Erlembach*, que se había vestido de fiesta y levantado un arco de follaje á su Emperador, y á los quince minutos al de *Nved Esbach*, donde la aglomeración de coches y las barreras que ofrecían los que se quedaban hundidos en las cunetas del camino, que estaban fangosas por haber llovido la noche anterior, nos hizo perder un tiempo precioso.

Por fin llegamos al *Parade feld*, colocándonos en buen sitio.

La superficie de este campo afecta la forma de un triángulo irregular, que podrá tener de lado 3 kilómetros. Todo él se había cercado con alambre para que la gente no invadiera el sitio destinado á la revista.

En el lado N. había levantada una tosca tribuna coronada de banderas, á la que se entraba con papeleta.

Todo el sitio alrededor del alambre habíase destinado al pueblo : los coches no podían situarse sino 4 metros detrás.

A lo largo del triángulo veíanse en dos compactas filas las grandes masas de infantería, caballería y

artillería, que habían de tomar parte en la revista, y que sumaban en junto 30 000 hombres.

El aspecto de la llanura no podía ser más pintoresco. Los vivaqueros ofrecían al público *sanwiches* y cerveza: veíase hasta perderse de vista la línea de coches, rodeando el campo de las maniobras, y en el centro las grandes masas de tropas, de las cuales la más visible á distancia era la de la infantería, que dibujaba sobre el verde esmeralda de la campiña tres fajas con los colores oro, azul y blanco, producidos por los remates de los cascos, por las levitas y por los pantalones.

Formaban el Estado Mayor general, S. M. el Emperador Guillermo, cuya noble cabeza cubría el casco imperial rematado por el águila de oro; el Rey de España vestía de capitán general de nuestro ejército; los Reyes de Sajonia y Servia, los Príncipes imperiales Federico-Carlos, Guillermo y Alberto, todos los Grandes Duques, los landgraves, comitivas regias, generales, comisiones extranjeras, ayudantes de los Soberanos, de los Príncipes y de los generales y agregados militares, cuya lista sería interminable.

El ejército español estaba representado por el general Blanco, el brigadier Goicoechea, el coronel Conde de Mirasol, ayudantes de S. M., el comandante de estado mayor Sr. Espinosa y el teniente de artillería Sr. Hevia, enviados por el ministro de la Guerra y el coronel Espi, agregado militar á nuestra embajada en Berlín.

Tocaron las cornetas, batieron las músicas el himno imperial, presentaron los soldados las armas, inclináronse las banderas—todo esto sucesivamente, como es de suponer—y comenzó el desfile.

A la izquierda del Emperador, que montaba un caballo negro, junto á la línea de tropas, que es el sitio de honor, iba D. Alfonso en un soberbio alazán, y al otro lado el Rey de Sajonia, que era el más antiguo de los soberanos allí reunidos, el de Servia, el Príncipe de Gales, el de Portugal, los Príncipes alemanes y varias amazonas que llamaban la atención por su donaire y hermosura. Era la primera la Princesa imperial, vestida con el pintoresco uniforme de húsares, vulgarmente llamados de la Muerte; blanca falda, chaquetilla con bordados, y pendiente del hombro el dolmán y en la cabeza el gracioso *colbach* con la calavera.

Este regimiento de húsares se llama vulgarmente de la Muerte, porque durante las guerras del gran Federico se quedó varias veces en cuadro. En recuerdo del valor heróico de sus soldados, se le puso como distintivo una calavera y dos huesos cruzados en la parte anterior del *colbach*. El Príncipe imperial manda hoy este regimiento, y la Princesa, como coronela consorte, ha adoptado el uniforme que luce en las grandes revistas. No hay que decir lo que gusta á los soldados ver vestida de uniforme á la Princesa. Este regimiento no formó en las maniobras.

Las otras amazonas eran la Princesa Hessen-

Nassau y la Princesa Victoria, nieta del Emperador y de la Reina de Inglaterra.

Seguían las distintas comitivas, los ordenanzas y palafreneros.

El golpe de vista que ofrecía este Estado Mayor compuesto de más de 200 jinetes, era, como puede suponerse, brillantísimo.

Detrás iban ocho carruajes.

La Emperatríz con la Princesa imperial en una carretela á la *grand d'Aumont* tirada por seis caballos negros; iban cocheros montados en el tronco de lanza y en el delantero.

En otros carruajes, asimismo á la *grand d'Aumont*, con cuatro caballos, las demás Princesas, las Duquesas de Connaugth y de Edimburgo, y sus damas.

En otro, la Condesa de Benomar con nuestro ministro.

Vuelto el Estado Mayor al punto de partida, comenzó el desfile, el cual duró dos horas y media.

Desfilaron unos 25 800 infantes, 3 000 caballos y 100 piezas de artillería, ó sean en total 30 000 hombres próximamente, y no 40 000, como anunciaron los periódicos alemanes.

El Emperador, para hacer en toda regla los honores á D. Alfonso—que es á quien todos los obsequios se dirigían—se dignó mandar él mismo el desfile, como hizo en Madrid nuestro Rey cuando la visita del Soberano de Portugal.

La primera vez la infantería desfiló en columnas de compañías por distancia; la caballería en colum-

nas de medio escuadrón; la artillería en columnas por baterías.

La segunda vez la infantería desfiló en masas por regimientos, la caballería en columnas cerradas y en columna por regimientos la artillería.

El Soberano de Alemania se detuvo durante la revista, tanto para dar á D. Alfonso algunas explicaciones, como para presentarle á algunos de los generales que más se habían distinguido sobre el campo de batalla.

Primero rompió la marcha la 21.ª división, que mandaba el general Bohn, compuesta de los regimientos de infantería números 80, 81, 87 y 88.

Seguían después: la 22.ª división, mandada por el general Unger, y formada por los regimientos de infantería números 32, 83, 94, 95 y 98, y la 25.ª división, al mando del Príncipe Enrique de Hessen, con los regimientos asimismo de infantería 115, 116, 117, y 118.

Las demás tropas iban en el orden siguiente:

Escuela de cadetes.

Regimiento de fusileros núm. 3.

Regimiento de bagajeros núm. 11. Total: 43 batallones.

Regimiento de dragones núm. 5.

Regimiento de hulanos núm. 13.

Idem de id. núm. 6.

Regimiento de húsares núm. 14.

Regimiento de dragones núm. 24.

Idem de id. 26.

Regimiento de artillería rodada núm. 11.
Idem de id. núm. 25.
Idem de id. núm. 27.
Regimiento de pontoneros núm. 11.

La infantería desfiló en columna de honor, la caballería por medios escuadrones y la artillería por baterías.

En el espacio que medió entre un desfile y otro, formó la infantería un compacto cuadro que tenía por un lado cerca de un kilómetro, y que visto desde lejos semejaba un campo de oro, por los remates de los cascos.

Al ver avanzar los regimientos enteros con su coronel á la cabeza, comprendimos que no había exageración ninguna en lo que habíamos leido respecto á la admirable organización del ejército alemán; tal era la precisión de los movimientos, la corrección de los uniformes, la marcialidad de los soldados. Diríase que aquellos miles de hombres se movian por máquina.

El soldado de infantería viste en días de gala (en verano), pantalón de dril muy claro, levita azul y casco negro con remates dorados; lleva el fusil, que es de sistema Mauser, apoyado más en la mano que en el hombro.

Los dragones visten uniforme azul oscuro, chacó con plumero y lanza con bandera negra y blanca. Los húsares de azul claro.

Las ruedas de los carros de artillería son azules y los cañones, Krup. Los soldados visten como los de

infantería. Casi todos los caballos de la artillería son castaños.

A propósito de la artillería, conviene decir, que aquí los soldados, en las revistas, no van en los armones como en España, sino á pié detrás en la pesada, y á caballo en la ligera.

Esta artillería á caballo existe en Inglaterra, en en Austria y en Italia y tenemos entendido que el Rey D. Alfonso se propone establecerla en nuestro país.

Los regimientos de infantería alemana tienen tres batallones de cuatro compañías; los de caballería cinco escuadrones; los de artillería, unos once baterías, otros ocho y algunos seis, como el del Gran Ducado de Hesse.

Concluida la revista, que al final se vió deslucida por un fuerte aguacero, tanto los Soberanos como el Estado Mayor regresaron á Homburgo en los coches que les habían sido previamente asignados.

La costumbre exige que los militares alemanes se trasladen siempre en coche al campo de maniobras y solo allí monten á caballo. Una vez concluidas regresan otra vez en coche á sus casas.

Al llegar á Homburgo, pude ver que el anciano y respetable general Moltke, que á pesar de sus ochenta y tantos años y de su aspecto cadavérico se pasa ocho horas á caballo como si tal cosa, era aún más victoreado que el Emperador, y eso que el Emperador no puede salir á la calle sin que el pueblo le haga una de esas ovaciones que son prueba del acen-

drado sentimiento monárquico que existe en este país.

Pues bien; si al Emperador le adoran, á Moltke le idolatran.

Nos aseguran que estas pruebas de cariño y de respeto las recibe del pueblo el general Moltke diariamente en Berlín.

El gran banquete militar celebróse á las cinco en varios salones del famoso *Kursaale*, punto de cita un tiempo de todos los jugadores del mundo.

El Emperador hubiera preferido darlo en el castillo, pero no lo consentían las escasas dimensiones de esta residencia real.

En el salón principal habíase puesto una gran mesa, cuyo frente ocupaban los Soberanos. D. Alfonso se sentaba en el sitio de honor, entre el Emperador y la Emperatriz, á la izquierda del primero y á la derecha de la segunda. A la izquierda del Emperador Guillermo veíase á la Princesa imperial, que á su vez tenía al otro lado al Rey de Servia y á la Princesa de Holstein, y á la derecha de la Emperatriz al Rey de Sajonia. A uno y otro lado los demás Príncipes, Grandes Duques, Landgraves, etc. En frente del Emperador Guillermo el general Moltke, y muy cerca el Marqués de la Vega de Armijo, quien tenía á su derecha al Conde de Hastfelt, actual ministro de Negocios Extranjeros y antiguo plenipotenciario en Madrid, y los demás señores de la comitiva de S. M.

En una mesa situada en el inmediato salón de conversación, se sentaban varios generales.

El banquete era de trescientos treinta y seis cubiertos.

La mesa ofrecía un golpe de vista admirable, llena de centros de maciza plata coronados de flores. Los candelabros y toda la vajilla, con las armas del Emperador, eran del propio metal. Servíanla fornidos lacayos con la oscura librea imperial, llena de cordones, y el pecho lleno de cruces. Porque estos mozos habían servido á la patria antes de servir al Emperador.

El *menu*, impreso en amplia hoja de fina cartulina, con filete dorado y coronado por un precioso monograma coloreado con las armas imperiales, decía así:

HONBURG 21 SEPTEMBER 1883.

Potage Windsor.
Truites au bleu.
Filet de bœuf, sauce Madère.
Suprême de volaille á la Villoroy.
Buisson de Homard.
Selle de chevreuil.
Perdreaux rotis, salade, compotes.
Chartreuse de legumes.
Souflé á la Dauphin.
Glaces, Fruits, Dessert.

Al servirse el espumoso Champagne, se levantó el Emperador Guillermo, cuyo ejemplo siguieron

todos los demás convidados, y dijo en alemán, poco más ó menos:

« Experimento la más viva y sincera satisfacción de ver entre nosotros al joven Rey de España, que mañana nos acompañará á las maniobras como hoy nos ha acompañado á la parada.

»En ella ha hecho S. M. D. Alfonso apreciaciones muy halagüeñas sobre el ejército alemán, que aprecio en lo que valen por ser este Soberano tan inteligente como aficionado á las cosas de la milicia.

»Por eso es para mí grato por todo extremo el poder brindar por el Rey de España delante de mis oficiales.

»Brindo, pues, por el Rey de España, y asimismo por el Rey de Sajonia y por el Rey de Servia.»

Apenas pronunció la palabra *Rey de España*, la música ahogó sus últimas palabras ejecutando admirablemente la Marcha Real.

Entonces se levantó D. Alfonso y dijo en perfecto alemán con reposado acento:

« Aunque soy el más joven de los Soberanos aquí reunidos, represento la monarquía más antigua, y en este concepto, me atrevo á levantarme para brindar por el glorioso Emperador de Alemania, tan amado de su pueblo, y por el admirable ejército alemán.»

Algo más dijo, con tan exquisito tacto y frase tan correcta y galana, que produjo verdadero entusiasmo en aquella asamblea de Soberanos encanecidos en el servicio; algo más dijo, repetimos, por cuanto

terminada la comida, y por la noche en el teatro, se hablaba con insistencia del brindis del Rey.

A las siete dió principio en el elegante teatro de la *Kursaale*, la función, que sin ser de gala, lo parecía.

Los palcos en que no se veian uniformes es porque estaban ocupados por bellísimas *ladies*, que clavaban sin piedad sus dulces ojos, ya en el Rey de España, ya en el Príncipe de Gales, ya en el Rey de Servia, ya en el Príncipe de Portugal... Y esta parte femenina del auditorio es la que daba al teatro más brillantez.

En el proscenio de la derecha veíase en el sitio de honor al Rey de España, en el centro al anciano Emperador, que llegó á las ocho y media y se retiró poco después de las nueve, y al Soberano de Servia.

En el de enfrente á la Princesa Victoria con su tío el Príncipe de Gales y el Príncipe Alberto.

En el proscenio platea de la derecha al Príncipe de Portugal, y á un Príncipe prusiano y á otros Príncipes en el palco de gala, todos de gran uniforme.

Veíase en un palco bajo á los acompañantes de D. Alfonso, con el ministro de España, al que debimos delicadísimas atenciones los periodistas.

En palcos y butacas distintos ejemplares de casi todos los uniformes militares de Europa, y los personajes suficientes para llenar con sus nombres una docena de páginas del almanaque de Gotha.

Púsose en escena la ópera de Bizet *Carmen*, y ni

la Sra. Trebelli—contralto que estuvo hace muchos años en Madrid, y que tenía á su cargo el papel de heroina—ni el Herr Baw, que hacía de D. José, me parecieron estar á la altura de las circunstancias.

En este teatro, perteneciente á la *Kurhaus*, cantó en otros tiempos la Patti, cobrando la suma, enorme para aquellos tiempos, de 6 000 francos diarios.

Bien es verdad que su marido, el marqués de Caux, los cobraba por la mañana y los perdía al juego por la noche.

A la sociedad le salía, pues, la *diva* por una friolera.

VI.

El juego en Homburgo y el famoso García. — Principian las maniobras.—Aspecto del campo de operaciones.—En medio del fuego.—El castillo imperial.—Banquete.—Nombramiento de D. Alfonso de coronel de hulanos.—Carreras de caballos. — Manifestaciones de simpatía hacia el Emperador.—Segundo día de maniobras.—Soirée en el castillo.—Tercer día de maniobras.—Despedida.—El ejército alemán.—Impresiones de la prensa sobre el viaje de D. Alfonso.

No es un secreto para nadie que Homburgo debe su prosperidad al juego. En la *Curhaus*, donde se celebró la gran comida—*Parade diner*—planteó el ruletero Blanc su sociedad por acciones para explotar la afición á la bolita; el Casino de Baden le enriqueció más tarde, y el de Monte-Carlo le acabó de hacer poderoso. Hoy una de sus hijas se halla casada con un Príncipe, que suele perder crecidas sumas del mismo modo que lo ganó su papá suegro. *Ce qui vient par la flute...*

Homburgo fué antes de la guerra franco-prusiana algo más de lo que es hoy Monte-Carlo: el punto de cita de la sociedad más aristocrática de Europa, que

venía aquí á tomar aguas minerales. Entonces se construyeron los magníficos hoteles que hoy existen, y los cuales—cosa rara—se sostienen, á pesar de haber disminuido la concurrencia. En este famoso establecimiento... de baños ganó García los cuatro millones de francos, que luégo perdió con el poco juicio que le quedaba.

Cuando este jugador venía á Homburgo bajaban las acciones de la Kursaal, que, emitidas á 500 francos, llegaron á valer 2 000. Es sabido que desbancó una vez á la Sociedad y la hizo sufrir pérdidas enormes varias veces. García murió, como era natural, pobre y casi loco.

En 1872, terminada la guerra, la Emperatriz influyó para que se prohibiera el juego, aunque esta medida altamente moral, claro es que no fué bien acogida en Homburgo.

Hoy sigue siendo con Baden-Baden, uno de los puntos de baños más frecuentados de Alemania, especialmente por la colonia inglesa.

El atractivo de sus aguas ha sustituido al atractivo del juego.

En la mañana del 22, con un tiempo amenazador que degeneró al medio día en lluvia, dieron principio las maniobras militares en los terrenos situados entre los pueblecillos de Bommerskein, Bonames y Ober-Erlembach, situados próximamente á una hora de Homburgo.

A las nueve aguardaban los carruajes numerados á las puertas de los hoteles y *villas* en que se alojaban las distintas personas que habían de formar el Estado Mayor general, y á las diez, llegados al campo de operaciones, montaban á caballo.

Seguían al Emperador Guillermo sus huéspedes, ya varias veces citados, los Reyes de España, Sajonia y Servia; los Príncipes de Gales, Portugal y Prusia; media docena de Grandes Duques, una de generales y dos de extranjeros, entre los que figuraban los tres ayudantes de D. Alfonso, los Sres. Espinosa y Hévia, el agregado militar Sr. Espí, un general, un coronel y un capitán del ejército servio; cuatro *Pares* portugueses que acompañaban al Príncipe real; la comisión francesa enviada por el Ministerio de la Guerra de la República, y varios oficiales generales ingleses, italianos, rusos, turcos y hasta chinos.

Mucho antes de la hora indicada estaba á la puerta de la *Villa-Michon* el coche de los periodistas; así es que pudimos recorrer el campo de las maniobras antes de que empezara la batalla.

Pronto encontramos á los centinelas del ejército enemigo, fáciles de reconocer por la verde ramita con que habían adornado su casco, los cuales nos dejaron pasar, como si no fuéramos á unirnos al cuerpo de ejército que los había de derrotar dos horas después.

Pasamos por *Gonzemheim*, vestido de fiesta cual si ignorara que un ejército de 30 000 hombres lo iba á

arrasar—metafóricamente hablando—al medio día, y en los terrenos inmediatos á la carretera empezamos á ver algunas compañías de soldados prusianos con las armas en pabellones y varias piezas. En todos los puntos avanzados veíanse centinelas de caballería.

Philipe, nuestro automedonte, torció á la izquierda por un camino vecinal, y avistamos *Petersweil*, pueblo de empinadas calles y poseedor de una iglesia de elevada torre, en cuyos alrededores vimos acampada una columna de las tres armas.

Los soldados iban en traje de campaña, llevando pantalón azul como la levita y no blanco como en la parada del día anterior, mochila de piel de cabra, con su tartera y su frasco de vino, correaje blanco y el capote puesto en bandolera.

Unos se hallaban tendidos bajo los árboles, los otros se entretenían en mondar un manzano y algunos paseaban por el camino, afectando todos una gravedad muy distinta de la que en parecidos momentos suelen tener nuestros soldados, los más alegres del mundo.

Llegamos á una altura que dominaba el pueblo de *Petersweil*, y en la que se hallaban reunidos unos cincuenta carruajes de curiosos como nosotros. Desde allí pudimos observar todas las peripecias de la lucha.

Pero nuestros lectores se habrían quedado sin saber lo que vimos sin la ayuda de un distinguido oficial español, el que se encargó de explicarnos todo

lo que aquel movimiento de tropas significaba.

Cúlpese á nuestra torpeza si no traducimos bien sus explicaciones.

Las maniobras, á lo que entendimos, desarrollaban el plan siguiente:

Un ejército que se suponía reunido en las inmediaciones de Maguncia, venía marchando hacia Homburgo, cuando otro ejército le salió al encuentro para evitar que consiguiese su propósito.

Suponíase que los movimientos habían empezado cuatro ó seis días antes.

Al empezar la acción del día 22, estaban las fuerzas que atacaban formadas por el onceno cuerpo, apoyando su ala izquierda en el pueblecito de *Ober-Urse*, donde se concentró su 21.ª división de infantería al O. del pueblo indicado.

Formaba el centro la división número 22, entre Bommersheim y Kalbach, y su ala derecha, la 25.ª división (Hesse), la cual se extendía hasta Bonames.

La división combinada de caballería estaba situada al S. de Kalbach, y no lejos de ella la artillería del cuerpo, formada por ocho baterías.

Las operaciones figuraban ser contra un enemigo supuesto, marcado únicamente por pequeñas fuerzas; así que cada batallón estaba representado por una compañía, cada escuadrón por una sección y cada batería por una pieza. En total representaban estas fuerzas dos divisiones de infantería, cada una con tres brigadas de á cuatro batallones, un regimiento de caballería y cuatro baterías; una división

de caballería de dos brigadas, de á ocho escuadrones cada una, y ocho baterías de artillería de cuerpo.

La línea de defensa de estas fuerzas estaba situada en las alturas que dominaba el arroyo Kahl.

Las divisiones 22.ª y 25.ª efectuaron el movimiento de frente, apoyadas por la división de caballería, mientras que el ala izquierda, formada por la 21.ª, efectuaba un movimiento envolvente por el SE. de Homburgo, hacia *Gonzemheim*, tratando de cortar al enemigo la línea de retirada, que era la carretera de *Wibbell* á *Freidberg*.

Estos movimientos duraron unas tres horas, durante las cuales apenas cesó un momento el fuego, que había empezado á las diez y media. El de fusilería fué en algunas ocasiones tan nutrido, que un velo de humo ocultaba las operaciones.

Era éste el primer simulacro de batalla campal á que asistía, simulacro parecidísimo á una acción de veras, y confieso que me produjo alguna impresión.

Así es que aplaudía interiormente aquel avance majestuoso de tropas, protegido por el fuego de cañón que tronaba de tiempo en tiempo, viéndose el fogonazo antes de que se oyera el estampido, y estaba dispuesto á gritar ¡bravo! cuando una compañía de fusileros, escondida en las sinuosidades del camino, abrasaba á tiros las avanzadas enemigas, ó cuando poseidos de bélico ardor tomaban una altura, subían un cañón, sin importárseles nada del fuego contrario, lo desenganchaban del armón, lo carga-

ban, hacían la puntería y, en menos tiempo del que se necesita para describirlo, decían al enemigo empleando el lenguaje elocuente de los cañones:

—¡Eh, amigos, que ya estamos aquí!

Recuerdo y recordaré mucho tiempo, un grupo de soldados que se situaron detrás de un pajar, en el que se hicieron fuertes—bien que las balas contrarias no eran siquiera de miga de pan—hasta que les llegó un refuerzo que les permitió seguir avanzando, y una carga á la bayoneta en que creí que los soldados enardecidos por la lucha, iban á repetir aquel famoso episodio de los prisioneros carlistas en Francia.

Como sabíamos que las balas no hacían daño, nos fuimos acercando poco á poco, y antes de que pudiéramos volver al punto de partida, nos vimos envueltos por una guerrilla, que apoyada por una pieza, nos soltó los suficientes zambombazos para que supiésemos á ciencia cierta todo lo que podíamos esperar de nuestras piernas en caso de apuro, que es mucho más de lo que nos permitiera imaginar nuestra modestia.

En nuestra fuga fuimos á parar junto á otra guerrilla que nos dió los buenos días con fuego graneado á discreción, tan á quema-ropa, que aún suenan los fogonazos en mis oídos.

No éramos nosotros solos los curiosos sorprendidos por aquel repentino fuego, sino algunas *ladies* curiosas, las que recogiéndose las faldas, se dieron á correr á campo atraviesa, seguidas de cerca por los

dos cronistas españoles, lo que constituyó el lance cómico de las maniobras.

Hubo quien se subió á los árboles y niños que lloraban creyendo que todo aquello era verdad.

Convencidos de que podíamos afrontar impunemente el fuego, seguimos al ejército vencedor, presenciando á veinte pasos de distancia la citada carga á la bayoneta.

La supuesta acción terminó con el vencimiento del enemigo, que abandonó sus posiciones al ver que le iban á cortar la línea de retirada.

Entonces—la una en punto—sonaron las cornetas y cesó el fuego, el que debió costar al Ministerio de la Guerra algunos miles de duros.

El Emperador se metió en un coche á la *grand d'Aumont* y regresó á Homburgo; pero D. Alfonso propuso al Duque de Cambridge, al Rey de Servia y al heredero de Portugal volver á caballo, y picando espuelas, hizo dar á sus amigos un paseito de 11 kilómetros al trote, excelente para abrirles las ganas de almorzar.

Dicen que al anciano Rey Guillermo, que á pesar de sus 87 años, se sostiene á caballo cuatro y cinco horas, hizo más gracia esta invitación, cuando la supo luego, que al Rey de Servia, que volvió cansadísimo.

Los Reyes de España y de Sajonia eran los únicos Soberanos alojados en el castillo imperial.

Los demás habitaban en diferentes villas y hoteles; el Rey de Servia en la *villa* Hammelmman, situada en el precioso *Untere promenade;* los Príncipes imperiales en la *villa* del hotel de las Cuatro Naciones; el Príncipe de Gales, en la *villa* Hammens Schmidt; el de Portugal, en Albian-house; el Gran Duque de Sajonia, en *Haus Scheller*, y el Gran Duque de Hessen, en *Haus Rieehelman*.

En este castillo no hay más que dos alas habitables: S. M. el Rey de España ocupó las principales habitaciones de la derecha y el Emperador las de la izquierda.

Para ir á las habitaciones que ocupó D. Alfonso, y que estaban elegantemente amuebládas, sin ofrecer nada de particularmente notable, había que atravesar un pasillo llamado *Hirsgang* — corredor de los ciervos — adornado con las cabezas de todos los ciervos muertos en cacería por los Duques de Hessen-Nassau.

Este castillo ofrece la particularidad de haber pasado sucesivamente á ser propiedad de cinco hermanos, Duques todos de Hessen, por haber ido muriendo hasta el cuarto uno después de otro.

El gran banquete de este día fué civil—*Civil-behorden*—á pesar de lo cual asistieron algunos militares.

El salón de la *Kurhaus* en que se celebró, es de hermosas dimensiones; del abovedado techo lleno de pinturas, sostenido por columnas de mármol, penden elegantes lámparas doradas; los altos es-

pejos de los extremos le hacen parecer aún mayor.

Inmediato al comedor están la sala de baile, que tiene asimismo columnas de mármol, y varias salas de conversación elegantemente amuebladas, en una de las cuales vese un retrato grande del Emperador Guillermo. El vestíbulo se había convertido en una verdadera gruta de follaje. Todos los pisos eran de fino *parquet*.

La gran mesa ofrecía magnífica vista y en su adorno alternaban los candelabros, los jarrones para flores y los fruteros de repujada plata.

Como en el banquete anterior, D. Alfonso ocupaba el centro de la mesa á la derecha del Emperador y á la izquierda de la Emperatriz, y concluido que fué, entraron el Rey de España y los demás Soberanos en el teatro de la *Kurhaus*, en donde se ponían en escena tres piezas alemanas y baile de todas las naciones, representadas estas por sus uniformes militares.

No faltaba, por supuesto, una bailarina con el ros de España.

Al día siguiente por la mañana, entró el Emperador Guillermo en el cuarto de D. Alfonso, llevándole el nombramiento de coronel propietario del regimiento de hulanos, núm. 15, titulado *Slesswig-Holstein* que se encuentra actualmente de guarnición en Strasburgo.

Este regimiento—uno de los que más se distinguieron en la última guerra y al que profesa especialísima afición el Emperador Guillermo — fué

mandado por el Príncipe Carlos, hermano del Soberano, hasta hace un año en que murió.

Poco después pedía la venia para entrar en las reales habitaciones el sastre que le llevaba los distintos uniformes del regimiento: diario, gala y media gala, los que había podido hacer tomando las medidas de otro uniforme de nuestro Soberano.

El de diario, que fué con el que se presentó luego en las carreras, consta de levita azul oscura con cuello y bocamangas amarillas, pantalón azul más claro y gorra prusiana con cinta también amarilla.

Este nombramiento era una nueva prueba de la afección que profesa al más joven el más anciano, noble y victorioso de los Soberanos.

Aquella misma mañana después de oir misa Don Alfonso en la capilla católica de Homburgo situada en *Dorotheenstraass*, se dignó aceptar un almuerzo ofrecido por los Condes de Benomar que habitaban en la preciosa villa *Michon*.

Por la tarde hubo carreras de caballos en la llanura situada no lejos del castillo, á la falda del Taunus, tomando parte en ellas la oficialidad del cuerpo de ejército, número 11.

La pista en que corrían los caballos podría tener unos 400 m. de extensión. A un extremo habíase levantado una improvisada tribuna para el Emperador y todos sus augustos huéspedes, la cual tenía otras dos inmediatas, una para la comitiva real, y otra de pago, que pronto ocuparon dos ó tres docenas de rubias y elegantes *ladies* con largos *ulsters* y

gemelos en bandolera, las que se trasladaron al sitio que servía de hipodromo en breaks, tirados por cuatro caballos.

Nos llamó la atención ver enfrente de la tribuna imperial un cordón de gentes perfectamente formadas y con distintas banderas—compondríase tal vez de 1 500 personas—y preguntamos lo que aquello podría significar.

—Es un *Kbueger-Verein*, nos dijeron.

Pero como tampoco esto satisficiese nuestra curiosidad, hubieron de añadir que *Kbueger-Verein* es una reunión de todos los que, habiendo sido soldados y viviendo en los pueblos de los alrededores, vienen con las cruces ganadas en el campo de batalla á saludar á su Emperador, cuando saben que no se encuentra lejos. A una fiesta de estas no falta ningún buen alemán, y bien sabe Dios si los alemanes son patriotas. Esta larga procesión dividíase en compañías, las que llevaban banderas para diferenciarse y un letrero con el nombre de la localidad.

Primero llegó á la tribuna el general Moltke, á cuyo paso me quité respetuosamente el sombrero, saludando en aquel anciano, de mirada de águila y delgado semblante, una de las glorias militares de Alemania más legítimas y más populares.

Luego llegó el Príncipe Federico Carlos, el que es antes que Príncipe un gran general.

Luego, en fin, en coches á la *grand d'Aumont* el Emperador con su ayudante, el Rey de España con su uniforme de coronel de hulanos, acompañado del

Príncipe Guillermo, segundo heredero del Trono, el Rey de Sajonia y el Príncipe imperial.

Apenas vió el Emperador á sus antiguos compañeros de armas formados junto á la tribuna para saludarle, dió orden al *chasseur* que pasase el coche por junto á ellos.

La emoción que recibió el Monarca no es para descrita; estalló un *hurra* de medio kilómetro de extensión; la escena era conmovedora; ¡qué reflexiones se me ocurrían y qué comparaciones!

Hubo tres carreras: *premio de los regimientos* (distancia, 2 500 m.); *premio del Emperador* (distancia, 3 500), y premio de la villa de Homburgo (distancia, 2 500), y en ellas tomaron parte hasta treinta y tantos oficiales de caballería, que mostraron ser jinetes y *sportmen* de primer orden.

Las tres carreras fueron de obstáculos, y al saltar tropezaron algunos caballos, viniendo á tierra con los jinetes, sin que estos se hicieran daño por fortuna.

Entrada la noche se quemaron en el jardín de la *Curhaus* unos vistosos fuegos artificiales.

El argumento de las maniobras del segundo día consistió en un encuentro entre dos ejércitos compuestos de fuerzas iguales.

Pero como el campo en que se verificaron podría tener unas dos leguas de extensión y distaba cerca de tres de Homburgo y había de un lado y de otro

fuerzas de consideración, las peripecias de la lucha fueron interesantísimas aun para aquellas personas menos versadas en táctica militar.

A las ocho salimos de Homburgo, agregándose á los periodistas el dibujante de *La Ilustración Española y Americana* Sr. Comba, encargado de enviar dibujos de las maniobras á esta excelente publicación.

La primera parada fué, como de costumbre, en *Ober-Erbembach*, cuyas casas chatas, apiñadas unas encima de las otras y adornadas con guirnaldas, banderas y retratos de cuando el Emperador tenía treinta años (cuya vista de fijo produciría al que cuenta hoy muy cerca de ochenta y siete un sentimiento de amargura), cuyas casas, repito, tentaron el lapiz del artista.

Hubo, pues, que pararnos y esperar. No lo sentimos, porque á poco vimos pasar en un coche á la *grand d'Aumont*, con dos *cazadores* en el pescante trasero y precedido de un lacayo á caballo, al Rey Don Alfonso, en compañía del que no le abandonó desde su llegada á Homburgo, del Príncipe Guillermo, que es un poco más joven que el Rey. Éste vestía el flamante uniforme de coronel de hulanos, con el chaskás.

Desde aquí, fuimos á Grosskarben, atravesando por la línea del ferrocarril de Francfort y punto de partida de uno de los ejércitos de operaciones. Y como no dejaran pasar el coche, nos vimos precisados á seguir á pie.

Al salir de Homburgo nos envolvía una niebla densísima, y tan fría, que era ya insoportable; pero á las diez y media, hora en que principió el cañoneo, se despejó el horizonte y quedó el día claro.

En Grosskarben aguardaban los caballos de todos los Soberanos y personas que componían el Estado Mayor. El Príncipe de Gales vestía el precioso uniforme del cuerpo de húsares. El Príncipe de Portugal de teniente de lanceros de su país.

Poco más de las diez serían cuando llegó el Emperador en un tren especial compuesto de coches salones, y pudimos convencernos de nuevo del entusiasmo que despierta á su paso. Pueblo sinceramente monárquico el alemán, su Emperador simboliza su patria, y no comprende que se pueda amar á la patria más que al Emperador.

Entre Kleinharben, Büdesheim y Heldembergen, fué donde se verificó la batalla.

El cuadro que ofrecían las verdes praderas llenas de soldados en pintoresca agrupación antes de empezar aquélla, era precioso.

Por aquí pasaba un regimiento de húsares; más allá llamaba la corneta á los infantes para prepararse al ataque; los cañones esperaban en sus posiciones.

Estas maniobras eran continuación de las del día anterior. En su movimiento de avance convenía á nuestro ejército—al que siempre vencía—desalojar al enemigo del pueblo de Heldembergen.

Pero entre nuestras posiciones y Heldembergen

se extendía un espeso bosque, en el que con razón suponía el general de nuestro ejército que se apoyaría el enemigo.

Al efecto avanzaron las tropas medio ocultas por las malezas hasta ponerse á tiro, mientras que algunas baterías se situaban á retaguardia para apoyar el fuego de las avanzadas.

Parapetado por los árboles del bosque, el enemigo lanzaba cada quince segundos descargas cerradas, á las que contestaban nuestras fuerzas desplegadas en dos alas, con fuego sostenido. El de ellos tenía tres bemoles.

Mientras tanto, la artillería saludaba cortesmente á las fuerzas que se oponían á nuestro paso, parapetadas en un caserío. Y no le destrozamos... porque las descargas eran con pólvora sola; pero hicimos salir corriendo á todas las liebres de dos leguas á la redonda, las que saltaban de aquí para allá aturdidas, creyendo que era llegado el momento del arroz. Claro es que á fuerza de tiros y de ir avanzando poco á poco, los del bosque se emboscaron, y allí era de ver cómo corrían nuestros soldados—y nosotros detrás—para tomar posesión del más poético bosque que imaginarse puede.

Crecían en él los pinos y los abetos tan unidos, que formaban un espesísimo toldo de ramas impidiendo la entrada á la luz.

El piso estaba formado por una blanda alfombra de retama.

El paso del bosque—que podría tener medio kiló-

metro de largo—por nuestros soldados constituía un cuadro que hubiera tentado el pincel de un artista.

El enemigo, con todo el grueso de su ejército—de un ejército al que no le habíamos hecho una sola baja—se replegó en buen orden hacia Hemdelbergen; pero, cañonazo por aquí, descarga cerrada por allá, y compañías que avanzaban siempre, la victoria no estuvo dudosa un solo punto.

El ala izquierda de nuestro ejército, formada por la división combinada de Rausch, estaba concentrada en la estacion *Grosskarben;* y el ala derecha del mismo en *Nider-Dorfeleen*, formada por la división núm. 25 (Gran ducado de Hessen).

El ejército contrario, formado por la división 22.ª y parte de la 21.ª, estaba posesionado de la línea *Budesheim Heldembergen Kaicher*.

El pueblo de *Rondel* fué tomado por nuestro ejército así como el de *Budesheim*, donde se verificó la parte más reñida del combate.

Las fuerzas del ala derecha, después de pasar el *Nidder*, hicieron prisionera una batería que no tuvo tiempo de pasar el puente.

La brigada de caballería del ejército defensor, fué declarada por los árbitros fuera de combate durante dos horas, por haber juzgado aquellos que habría sufrido tales pérdidas, que le era imposible seguir combatiendo á causa de la posición avanzada que tomó.

Las maniobras terminaron en la llanura, frente á Heldembergen, donde después se reunieron los árbi-

tros presididos por el Emperador para hacer la crítica de las operaciones.

A todo esto hacía un hambre, como de viajeros que han seguido á un ejército cuatro horas á pie, á campo atraviesa, y ya empezábamos á deplorar que la victoria no nos diera derecho á entrar á saco en la despensa del primer caserío que viéramos, cuando la suerte nos deparó la más aristocrática cantinera que sirvió jamás á soldados en el mundo.

Nos encontramos á la Condesa de Benomar, que acompañada de la señorita de Hattzfeld, hija del ministro de Negocios Extranjeros, y de los señores Castellanos, nuestro ministro en Escandinavia, y Arco, primer secretario de la legación en Berlín, y escoltados por el apuesto oficial de guardias, Baron de Reischach, había seguido asimismo al ejército vencedor, pasando varias veces por entre los soldados que tiroteaban.

Comiendo *sanwichs* y bebiendo Burdeos, asistimos, pues, al final de la batalla.

La segunda parte de la jornada no fué tan divertida, pues habiendo dejado en Grosskarben el coche, y no encontrando á ningún precio ni siquiera un carro en el camino, tuvimos que andar unas tres leguas á pie hasta dar con él, llegando á Homburgo en un estado lamentable.

Al terminarse las maniobras cada día, el jurado tomaba nota de las respectivas posiciones de los

ejércitos, colocándoles al siguiente en las posiciones que hubieran debido ocupar á haber seguido el fuega hasta el anochecer.

El tercer día de maniobras combatían las fuerzas divididas en dos partes.

El ejército vencedor, ó sea el del Este, envió un destacamento para asegurar sus comunicaciones por el Norte.

Este destacamento, cuyo envío fué sólo supuesto, componíase de 3 batallones, 5 escuadrones y una batería, yendo en realidad á reforzar el ejército del Oeste, que con este auxilio tomó al punto la ofensiva.

Empezó su marcha apoyando la izquierda (brigada de vanguardia) en *Kilanstaten*, dirigiendo su cuerpo principal desde Osthemheim, donde había vivaqueado en la misma dirección, y llevando por delante la división combinada de caballería.

El ejército del Este que debía continuar su movimiento ofensivo, lo suspendió en vista de la actitud del enemigo y de la llegada de los refuerzos, verificándose, sin embargo al poco rato, el encuentro de los dos ejércitos, en acción brillantísima, para disputarse la meseta de Schafferkuppel.

Pero como el Emperador, visto lo avanzado de la hora—las doce y media—mandara suspender el fuego, quedó la acción indecisa.

Lo verdaderamente interesante de las maniobras de este día, fué la retirada del ejército del Este, mandada por el Príncipe de Hessen-Nassau, prote-

giendo admirablemente su artillería. Esta evolución fué calificada por S. M. el Rey de verdaderamente admirable.

A pesar de batirse en retirada, la artillería iba ocupando las mejores posiciones, desde las cuales no cesaba de molestar al enemigo.

La concurrencia que seguía á los ejércitos era numerosísima, á pesar de distar el campo de operaciones cinco leguas de Homburgo, y era de ver á las elegantes *ladíes* con sus gemelos en bandolera correr sobre los sembrados ó saltar zanjas cuando los soldados apuntaban en aquella dirección.

Mientras en la *Kurhaus* se verificaba, la noche anterior, un baile de pago al que asistía toda la colonia extranjera, se iluminaban los salones del castillo para la *soirée* de los Emperadores, la cual estuvo concurridísima á pesar de no asistir más que los Soberanos, sus comitivas y los Condes de Benomar, á quienes profesan particular estimación, tanto el Emperador como la Emperatriz.

Cantó la Trebelli, tocó el violín un excelente artista alemán, y concluido el concierto vocal é instrumental, sirvióse una espléndida cena en mesitas separadas, según se acostumbra en Berlín. Y el uso quiere, asimismo, que cada uno de los Príncipes y Princesas, presida una de estas mesitas, en las que toman asiento los demás convidados. En la mesa del centro cenaba la Emperatriz. El Príncipe imperial

colocó á su derecha, en una de las otras mesitas, á la Condesa de Benomar.

Los salones del castillo están alhajados al gusto del imperio, como una gran parte de los palacios alemanes.

Claro es que sólo con los Soberanos y Príncipes estaban llenos estos salones, pues según mi cuenta, se encontraban en Homburgo los siguientes:

El Emperador y la Emperatriz.
El Príncipe y la Princesa imperiales.
El Príncipe y la Princesa Guillermo.
El Príncipe Federico Carlos.
El Príncipe Alberto.
El Rey de España.
El Rey de Sajonia.
El Rey de Servia.
El Príncipe de Gales.
El Príncipe heredero de Portugal.
El Duque y la Duquesa de Connaugth.
El Duque y la Duquesa de Cambridge.
El Duque de Edimburgo.
El Gran Duque de Sajonia-Weimar.
El Gran Duque de Hessen-Nassau.
El Landgrave de Hessen.
El Gran Duque heredero de Sajonia-Weimar.
Los Príncipes Alejandro, Enrique y Guillermo de Hesse, y dos Princesas de Hessen, hermanas suyas.
La Princesa Victoria, hija del Príncipe imperial.
El Príncipe de Waldeck y Prymont.
Y aún olvido á media docena de Príncipes más.

En Homburgo, al que no era por lo menos Gran Duque le miraba la gente con indiferencia. Y como un extranjero de buena facha entrara en una tienda, encontrábase con que le decía la vendedora:

—*Je suis aux ordres de votre altesse.*

Cuando á las diez de la siguiente mañana llegó el Emperador Guillermo al campo de maniobras, acompañado de su ordinario Estado Mayor de Soberanos y de Princesas, rompióse de nuevo el fuego y continuó el movimiento.

El ejército del Este ocupó *Nider Dorfelden* y *Bischoffsehim*, no lejos de Francfort; pero su ataque se estrelló ante la resistencia que el ejército del Oeste le puso en la línea *Bergen Vilbel*.

El Emperador viendo que este ejército tenía excelentes posiciones de las que parecía difícil desalojarle, mandó cesar el fuego, dando por terminadas las maniobras, y dejándonos con la curiosidad de saber si el ejército que llevaba mejor parte en la pelea es el que mereció mejor opinión á los árbitros.

Porque lo que hay que averiguar en unas maniobras, no es si un ejército queda vencedor y otro vencido—cosa que casi se sabe de antemano—sino qué general manda mejor su ejército y qué brigadier mueve mejor su brigada, y qué batallón toma mejor sus posiciones, y qué escuadrones dan mejor las cargas de caballería.

Después el Emperador mandó que se le reunieran

los oficiales de los ejércitos, y á presencia de los Soberanos felicitó á todos y repartió algunas condecoraciones entre los agregados extranjeros.

Fué conmovedora la despedida del Emperador Guillermo del 11.° cuerpo de ejército que había tomado parte en las maniobras, despedida hecha en el mismo campo de operaciones.

«Estoy satisfecho de vosotros—dijo á los jefes que le rodearon cuando concluyó la acción—y de todos me despido, tal vez para siempre... Soy ya muy viejo y creo que no nos volveremos á ver en otras maniobras. Guardad á mi hijo la fe que me habéis guardado siempre á mí.»

De todos los labios salió un *¡hurra!* entusiasta y atronador, que se propagó rápidamente por el que acababa de ser campo de batalla. Los ojos de algunos jefes se llenaron de lágrimas.

Aquí viene como de molde una disertacioncilla sobre el ejército alemán, y no quiero desaprovechar la ocasión.

Realmente su organización es admirable, y como preguntara á uno de los distinguidos oficiales españoles que asistieron á las maniobras, que en qué estribaba su superioridad, me contestó:

—En una sola cosa, en su buen espíritu.

Luégo tuve ocasión de hablar con algunos oficiales prusianos y de recoger otras impresiones, y en efecto, me convencí de que la disciplina, y sólo la

disciplina, es lo que llevó á este ejército últimamente á la victoria, como lo llevará otra vez si desgraciadamente llegara á turbarse la paz.

El sentimiento del deber es para estos militares una segunda religión; consideran que el uniforme es un hábito sacerdotal, y que el vestirlo les impone mayores obligaciones que á los demás mortales; profesan por el uniforme un respeto casi supersticioso, que les hace vestirlo en todos los actos de la vida y no mancharlo nunca con actos que repruebe la conciencia ó que condene la ley.

El inferior cree firmemente que el superior, como otro Sér Supremo, ni puede engañarse ni engañarle, y la escala de grados constituye en este ejército una escala de respetos.

El alférez respeta al teniente, y el teniente al capitán, y el capitán al comandante, no sólo en los actos del servicio, sino en los más familiares de la vida, sin que la educación militar que estos oficiales han recibido les permita sospechar siquiera que pueden las cosas pasar de otro modo. Hasta los mismos iguales se profesan consideraciones grandísimas.

Al principio chocóme ver en las calles de Homburgo—convertido en un vasto cuartel general—que el oficial hacía el mismo saludo al soldado que el soldado al oficial. Pero lo que se saluda es el uniforme.

El mismo Emperador devuelve el saludo militar al soldado. Lo contrario podría parecer descortesía.

Dos tenientes, dos capitanes, dos generales se

encuentran en la calle y se llevan mutuamente la mano á la gorra ó al casco, hasta que dejan de verse.

El saludo militar alemán no es, como el de otros países, una fórmula que se llena de malísima gana, sino una prueba de respeto, de afecto, hasta de orgullo militar, que se cumple con verdadero entusiasmo.

Quiere decir esto, que no he visto á ningún oficial que al pasar otro de grado inmediato se haga el distraido ó que le salude de mala gana, sino que el superior y el inferior se cuadran y se saludan como mandan el respeto y la ordenanza.

Ni tampoco he visto que se eche la honra del superior sobre la mesa de un café, ni que se discutan y mucho menos se censuren sus actos, ni que se haga alarde en público de su descontento.

Y el público todo, al ver el mutuo respeto que aquellos militares se profesan, comprende que deben valer mucho, y por eso cuando desfilan con aire marcial y con una precisión de movimientos que hace sospechar si se moverán por máquina, estalla en *hurras* de entusiasmo y saluda en aquellos bravos soldados, á los que supieron rechazar la invasión del extranjero en momentos tristes de lucha; á los que crearon con sus victorias el imperio alemán; á los que nunca mancharon sus armas con fratricidas luchas, ni deshonraron sus uniformes levantándose contra la patria, que es como si se levantaran contra su madre.

Allí no existen los grados, sino únicamente los empleos.

El militar alemán, desde feld-mariscal, ó sea capitán general, hasta soldado, va siempre de uniforme, lo mismo al teatro que á paseo, lo mismo para trabajar en las oficinas militares que para acudir á los actos del servicio.

A este propósito recordaré que cuando algunos años después de la guerra estuve en Berlín, fué una de mis primeras visitas para un simpático oficial del Ministerio de la Guerra alemán, á quien había conocido en la Exposición de Filadelfia. En las escaleras me crucé con un anciano vestido muy sencillamente, sin grandes bordados ni grandes fajas, que luego supe que era nada menos que el glorioso general Moltke.

Pues bien; mi amigo me dijo, y por mis propios ojos pude luego convencerme de ello, que en Alemania todos los oficiales empleados en el Ministerio de la Guerra, desde el ministro al escribiente, acuden á la oficina de uniforme.

Cierto joven oficial, de un cuerpo facultativo, y al que estimo mucho, contestaba á mi pregunta sobre la organización de aquel ejército.

—El soldado español es, en mi concepto, mejor que el alemán; cierto que en Alemania como hay más cultura se encuentra el recluta al entrar en filas más dispuesto á aprender que nuestro aldeano que no sabe leer ni escribir; pero pocos soldados como el nuestro saben batirse, sin rendirse al cansancio,

al hambre ni á la sed, hasta caer muertos sobre el campo de batalla, después de haber contribuido con su valor á la victoria; pocos harían las campañas que hicieron los nuestros en ocasiones, mal alimentados, casi descalzos y ateridos de frío.

—Eso es cierto—replicó otra persona—nuestros soldados han sabido siempre morir... Pero eso no debe ser el objetivo de la patria que envía sus hijos á vencer y no á morir. Quiere decir esto que la organización de nuestro ejército es susceptible de mejora.

Y en efecto, ahora que toda la prensa se ocupa de nuestro glorioso ejército, creemos que no se echarán en olvido las siguientes importantes cuestiones:

Conveniencia de suprimir los grados que crean envidias entre los oficiales.

Conveniencia de cerrar las escuelas militares hasta que haya proporción entre el número de oficiales y el de soldados, pues según mi cuenta, el número de aquellos con relación á nuestro ejército, duplica el número mayor que existe en cualquier nación de Europa.

A este fin pudieran pasar á estado mayor, artillería é ingenieros mediante pequeño examen los oficiales de infantería y caballería que lo solicitaran, siempre que se resignasen á ampliar sus estudios.

Conveniencia de facilitar los retiros.

Conveniencia de facilitar el pase de militares á empleos civiles; es decir, prefiriendo á los militares

para determinados puestos. Existe eu muchas naciones de Europa el precedente de estar empleados en las oficinas de la nación el excedente de oficiales al concluirse una guerra, y España se encuentra en este caso, pues según mis noticias hay hoy 4 000 oficiales más que al concluirse nuestra última guerra.

Conveniencia de reforzar los lazos de la disciplina por todos los medios imaginables.

Pero nos hemos alejado de nuestro punto de partida.

Hé aquí cómo se verifican los ascensos en el ejército alemán:

Todos los años, el 1.° de Enero, los capitanes generales remiten al Estado Mayor un informe sobre la aptitud de los generales de división y de los generales de brigada para mandar un ejército, y del estado de sus fuerzas físicas ó de su salud. Lo mismo hacen los generales de división respecto de los coroneles y estos de los oficiales.

Estos informes son completamente sinceros, y no se adquieren con recomendaciones.

Después de haber comprobado por otra parte la completa exactitud de estos informes, se reunen el jefe de Estado Mayor, general Moltke, y el Emperador, y examinan la lista de vacantes.

El primer candidato es el que lo merece por absoluta antigüedad. Si su aptitud intelectual y su salud son excelentes, le dan el puesto vacante — vacante, entiéndase bien—pero si una ú otra dejan

que desear, nombran al que le sigue en el escalafón, suponiendo que llenen los mismos requisitos. En este caso, el preterido comprende que no sirve ya para defender á su patria, y pide *siempre* su retiro.

Así es que aquel ejército está constantemente mandado por hombres dignos y verdaderamente superiores, rindiéndose en los ascensos riguroso culto á la antigüedad y al mérito á un tiempo mismo.

Los retiros se pagan allí menos que en España, así como en Inglaterra se pagan más.

El soldado recibe de sueldo 44 fenigues, ó sea próximamente unos 2 ½ reales, pagaderos por decenas, además del equipo y del rancho. En época de guerra reciben una gratificación.

El tiempo de su instrucción desde que entra en caja hasta que se le considera útil, se estima en seis semanas. En España, á lo que nos dicen, forman ya los reclutas á los quince días.

Cada sargento se encarga allí de la instrucción de 11 quintos. Sólo cuando esta instrucción está adelantada, la completa el oficial.

A los oficiales, en general, se les hace estudiar un poco menos que entre nosotros, pero mucha más práctica.

El oficial es práctico ante todo y se hace sobre el terreno.

En tiempo de guerra ó de maniobras los capitanes de infantería van á caballo.

La gran mayoría de los oficiales de caballería son

jóvenes ricos, y su gran lujo consiste en llevar uniformes flamantes y en lucir magníficos caballos.

Por eso corre la especie de que para ser oficial no basta el sueldo del Estado.

A los que se les exige profundos estudios es á los oficiales de estado mayor.

Respecto al número de oficiales españoles comparado con el de los alemanos, resulta que España tiene dos veces y media más que Alemania, á igual número de tropas.

Es sabido que el ejército alemán se compone de 450 000 hombres en tiempo de paz, y de millón y medio en tiempo de guerra.

Divídese en 18 cuerpos de ejército, 15 alemanes, 1 de guardias y 2 bávaros.

El soldado está en servicio activo durante tres años, tiempo snficiente para aprender el oficio. En Rumanía sólo sirven un año, y en Holanda nueve meses y seis en Dinamarca.

Un oficial de artillería, que estudió hace poco este ejército, nos decía lleno de patriótico orgullo que las baterías españolas eran en general iguales á aquellas, y en punto á policía mejores. Afirmaba esto, porque vió las ruedas de un armón sucias y roto un francalate y algún descuido semejante.

Pero eso, ¿qué significa? Mientras el ejército alemán profese como un culto el sentimiento del honor; mientras se considere en él como decíamos antes, que el vestir el uniforme impone á los militares mayores obligaciones que á los demás hombres, y no lo man-

chen nunca con actos que repruebe la justicia ó que condene la ley, será aquél uno de los primeros ejércitos del mundo.

La reunión de tantos Soberanos ó herederos de importantes monarquías en Homburgo era un hecho que no podía menos de excitar interés y de provocar conjeturas más ó menos aventuradas. La prensa extranjera, en particular la francesa, consagró al asunto especial atención, aunque atribuyéndole un sentido equivocado. Los diarios de mayor crédito y circulación no tardaron en rectificar las primeras impresiones, y solamente alguno de importancia secundaria dejó correr la fantasía por el vasto y fecundo campo de las hipótesis, sorprendiendo á sus lectores con la revelación de planes trascendentales cuya clave era siempre el canciller alemán; pero que unas veces aparecían asestados contra Francia y otras contra Rusia.

La misma vaguedad de estas versiones, contradictorias entre sí, era indicio de su arbitrariedad ó poco fundamento. Es indudable empero, que el desfile de Soberanos que vió Homburgo tuvo por causa, en cierto modo, la poderosa atracción que en Europa ejerce el Imperio germánico.

En un solo punto estaban conformes todas las opiniones: en el aislamiento de Francia, por efecto de las doctrinas radicales que allí prevalecen.

El Príncipe de Bismark, que hizo la unidad ger-

mánica con el poderoso auxilio de Napoleón III, autor de la famosa teoría de las nacionalidades, consolida su grande obra granjeándose las simpatías de Austria, de Italia, de España, de Turquía, de Rumanía, de Servia, etc., etc.; esto es prenda de que la paz no se altere; pero los que pertenecemos á la raza latina, por poca fe que tengamos en esa otra teoría de las razas, no podemos ver sin cierta preocupación que los franceses sean tan ciegos que no se asusten, en vista del pasado, de estar solos en el mundo ante las eventualidades presentes y futuras.

VII.

Salida de Homburgo. — Las orillas del Rhin. — Importancia del viaje de D. Alfonso. — Llegada á Bruselas. — El palacio real. — Banquetes. — Paseo por la ciudad. — Función de gala en el teatro de la Moneda. — Camino de Paris.

las siete en punto de la mañana del 27 de Setiembre llegó S. M. el Rey á la estación de Homburgo, acompañado de los Príncipes imperial y Guillermo, del Rey de Servia y de las personas de su comitiva.

Allí le aguardaban el Conde y la Condesa de Benomar, el personal de la legación, el general Goltf que estuvo á sus órdenes durante su permanencia en Homburgo, los jefes de palacio, varios generales y algunas otras personas. A pesar de viajar S. M. de incógnito, el Emperador dispuso que se agregara al tren un wagón real, ya que no había querido Don Alfonso aceptar el tren especial hasta la frontera, con que le brindaba.

Dada la señal de partir, el Príncipe imperial y su hijo abrazaron y besaron cariñosamente á D. Al-

fonso, teniéndole cogidas las manos hasta el último momento, y puesto en marcha el tren, cuadráronse todos respetuosamente, llevándose la mano á la gorra, hasta que pasó el wagón real.

El secretario del Rey había entregado antes de salir de Homburgo, al jefe de la servidumbre del castillo, 5 000 marcos (40 000 rs.) para que los repartiera entre los criados. Gratificaciones parecidas recibieron los servidores de los palacios de Viena y Bruselas.

En cuarenta minutos llegó el tren á Francfort, pasando desde la estación de Taunus á la de Maguncia, sin necesidad de trasbordo.

En Francfort, donde se quedó el Rey de Servia y subió el Príncipe de Portugal, había preparado un coche para si S. M. deseaba trasladarse á la ciudad donde nació Gœthe.

La vista que de la ciudad del Mosa se disfruta desde el tren es deliciosa, y mirándola recordábamos la visita detenida que la hicimos el día anterior y las horas agradables que pasamos visitando sus hermosas calles llenas de edificios monumentales, que son simplemente tiendas y casas particulares, y su *Ariadna sobre la pantera* que iluminada por rojiza luz se anima y parece una mujer de carne y hueso, y la catedral que se está restaurando en su primitivo estilo y será una de las más curiosas de Alemania, y la pobre casa donde el judío Rotschild, del cual desciende la actual dinastía de banqueros, fundó su primer establecimiento de crédito, y la casa donde

nació Gœthe llena de recuerdos del autor de *Fausto*, y *Herman* y *Dorotea*.

La primera estación importante que viene después es Maguncia, ciudad llena de carácter y cuya catedral es muy interesante bajo el punto de vista arqueológico; sus fortificaciones considerables, se descubren desde la ventanilla del tren.

Su posición á orillas del precioso Rhin y en la embocadura del Mein, hicieron en todo tiempo de Maguncia una gran plaza comercial. Maguncia tiene la honra de haber sido cuna de Guttenberg, y en la plaza que lleva su nombre se levanta la magnífica estatua del descubridor de la imprenta, modelada nada menos que por Thorwaldsen, el famoso escultor dinamarqués. No todas las ciudades de Europa son tan agradecidas.

Antes de llegar á Maguncia en cuyo punto se bajan los viajeros para Wiesbaden, pudimos contemplar á través de la neblina de la mañana el pintoresco Taunus, á cuyas alturas de *Althoenig* y *Feldberg* no deja de subir ninguno de los viajeros que toman durante el verano las aguas minerales más antiguas de Europa.

Habíamos pasado el Rhin en Maguncia y siguiendo su orilla izquierda empezóse á desarrollar ante nuestros ojos ese maravilloso panorama del Rhin, tantas veces descrito y que la vista no se cansa de admirar.

El caudaloso río corre por profundo valle cerrado por montañas, cuyas alturas ocupan variedad de

ruinas como no se encuentran en ninguna otra parte del mundo.

Los poetas alemanes no han cesado á través de las generaciones de celebrar el noble río, y desde el poeta de los *Nibelungos* al autor del *Wacht am Rheim*, todos han cantado, los combates que ensangrentaron sus aguas, y los paisajes que se extienden á la falda de las montañas coronadas de ruinas. No hay un pedazo de tierra, no hay un monumento, no hay una ruina que no tenga su poética tradición, ó que los pintores no hayan reproducido cien veces.

En *Briebich* está el castillo del Duque de Nassau, construido en el estilo del Renacimiento y rodeado de parque delicioso; en *Niederwalluf*, son los terrenos que producen el excelente vino del Rhin, y que se extienden en empinadas cuestas por las faldas de las montañas; *Eltville* recuerda el sitio en que fundó una imprenta Guttenberg, como *Erbach Hattenheim* y *Winhel* recuerdan á Gœthe y á la Betina de Armin, mientras que en la cúspide se alza el castillo de Wollsrats; más allá de Winkel el castillo de Johannisberg, propiedad del Príncipe de Metternich y cuyos alrededores producen el más exquisito vino de Rheingau; en Nieder Ingelheim se levantaba hace algunos siglos el palacio de Carlo-Magno, que habitaron muchos de sus sucesores, y que en el siglo XVII destruyeron los hijos de San Luís; de Rüdesheim se cuenta que el mismo Carlo-Magno plantó sus viñas; Niederwald se enorgullece con sus bosques magníficos, y Ehezensfelds de las ruinas de su

castillo y de la torre de los Ratones, que tiene asimismo su tradición. Aquí el valle se estrecha y se oye el mugir del río al atravesar entre las rocas.

El panorama sigue siendo precioso.

En Reinstein se levanta un castillo (80 metros sobre el nivel del río) que es uno de los modelos más perfectos que se conservan de la arquitectura de la Edad Media; Falkemburg sirvió un tiempo de asilo á los *chevaliers pillards* (¡vaya unos caballeros!) contra los que tuvo que batirse Rodolfo de Hapsburgo; en *Soonek*, situado sobre escarpada altura (247 metros), se ve el castillo del arzobispo Willigis, soberbiamente restaurado por el actual Emperador; también ha sido reconstruido el de Hoeimbourg.

Nolling, construido nada menos que con una escala que proporcionó el mismo diablo, recuerda la tradición de un caballero que, para obtener la mano de su prometida, atravesó el río á caballo é hizo otra porción de proezas.

Los vaporcitos de viajeros que atravesaban el río iban todos empavesados, ondeando en lugar principal la bandera española.

Muchas de las estaciones de la línea ostentaban también verdes guirnaldas con los escudos de las diferentes provincias alemanas.

El día, que amaneció lluvioso, aclaró, y corriéndose el telón de nubes apareció el cielo azul, permitiéndonos contemplar con su fondo natural esta sucesión maravillosa de paisajes.

De la interminable hilera de ruinas que desfilaban

ante nuestros ojos, recuerda la memoria, antes de llegar á Coblenza, las de Gutenfelds, con una alta torre almenada; las de Obervessel de aspecto verdaderamente imponente; el Lorelei, que Heine inmortalizó y cuya roca dicen que dibuja, aunque toscamente, el perfil de Napoleón I; las verdaderamente fantásticas de Rheinsfelds que se dibujan sobre el horizonte azul; las de *Gato* que tienen su leyenda como es de suponer, la cual asegura que su propietario Rempu venció al del próximo castillo, llamado por eso *el Ratón.*

Heine cuenta la tradición de las dos siguientes *Liebenstein* y *Strassemberg* en su poema titulado *Los dos hermanos enemigos.*

Después vienen media docena de castillos más y llegamos á Coblenza, plaza fuerte de primer orden, capital de la Prusia Rhenana.

Más allá de Coblenza ilustran el paisaje con sus históricas ruinas ó le adornan con sus edificios, los castillos de Engers, trasformado hoy en Escuela militar; Arenfelds, perteneciente al Conde de Westerholds; Hammersteim, sobre una alta roca en forma de cono; Rensager, punto de partida para el valle del Arh, donde se alza la gótica iglesia de San Apolinaris; Rolanaseck, cuyo origen se remonta nada menos que á Rolando, el paladín de Carlo-Magno; Honnef, el Niza del Rhin; Drachenfelds, en donde acaeció la escena de la leyenda Hornen Siegfried, leyenda que refiere el descomunal combate entre un caballero y un dragón.

Después la preciosa villa de Bonn y por fin Colonia.

El tren paraba aquí sólo veinticinco minutos. Teníamos que optar entre el almuerzo y una visita á la catedral, que se levanta, como es sabido, junto á la estación.

Optamos por lo segundo, aprovechando los instantes en ver uno de los monumentos góticos de más consideración que existe en el mundo, y el que ofrece la particularidad de haberse terminado en este siglo de descreimiento y con dinero dado en parte por personas y corporaciones que no profesan nuestra religión.

El efecto que produce esta catedral no es para descrito á la ligera. Por fuera suspenden la vista aquellas dos torres y aquellos pórticos tan afiligranados como los de la catedral de Burgos. Por dentro, la altura de las bóvedas hace recordar las de Toledo y Sevilla. Es este uno de los monumentos religiosos más bellos y más grandiosos que existen en Europa.

En este trayecto discutíamos con un francés sobre la importancia personal que tenía para D. Alfonso el viaje.

—Parece mentira—le decíamos—que los periódicos de su país de usted sigan fantaseando sobre este viaje, atribuyéndole una importancia política que no ha tenido hasta ahora, pero que lleva camino de tenerla, gracias á tales intemperancias.

Que la importancia del viaje es sólo personal, lo

prueba que en él ha conocido al glorioso Emperador Guillermo y al Príncipe imperial, futuro Soberano de Alemania, y al Príncipe Guillermo, tercer sucesor de la Corona, captándose en breve tiempo todas sus simpatías; que en él ha intimado aún más con el que será un día Rey de Inglaterra; que en él ha conocido al Rey de Sajonia y á casi todos los Príncipes alemanes, y ha vuelto á ver al joven Duque de Braganza, heredero de la Corona del reino lusitano; y que, gracias á esto, todos saben hoy que es Don Alfonso un Monarca inteligente, de instrucción vastísima, de gran corazón y sinceramente constitucional.

Puede desconfiarse del acierto con que gobiernen á España los partidos, pero no de la capacidad del Monarca. Esto es ya de notoriedad europea.

El Rey es, como se ha dicho últimamente, la única garantía de la tranquilidad de España.

Dejamos á Colonia á nuestra izquierda y seguimos hacia la frontera belga á través de una campiña deliciosa.

Pronto avistamos el castillo de Merode, que recuerda los que acabábamos de ver á orillas del poético Rhin; Aix-la-Chapelle, el antiguo Aquisgram, donde se coronaban los Emperadores, y *Verviers*, primer pueblo de la frontera donde aguardaba el tren real, puesto galantemente por el Rey Leopoldo á disposición de nuestro Rey.

Constaba de un magnífico salón, lujosa y cómodamente amueblado, el que ofrecía la particularidad de tener seis faroles por fuera, sin duda para anunciar de noche el sitio que en el tren ocupa el wagón real, y de varios coches de primera para las personas de la comitiva.

En Verviers aguardaban al Rey el Barón Joli y el de Vandermesen, ayudantes de S. M., el coronel Vanrod, el Conde de Merode, de su cuarto militar asimismo, y el ministro de España en Bruselas Sr. Merry del Val.

Saludaron á S. M. mientras que se trasladaban los equipajes de un tren á otro; y tras una parada que no llegaría á dos minutos, se puso en marcha el tren real, alcanzando á poco una velocidad vertiginosa, muy semejante á la del express de Londres á Liverpool.

Cruzaban los paisajes como en una linterna mágica; pasaba el tren las estaciones dando prolongados silbidos; aflojaba á veces su marcha sin detenerla, y sólo en Lieja, donde se hallaban formados algunos guardias reales, con sus pintorescas gorras de pelo como las de nuestros antiguos granaderos, y donde fué el Rey saludado con muchos vivas, y en Malinas, paróse algunos segundos el tren.

Al aproximarse á Bruselas, en todas las casas de los suburbios veíanse personas dando vivas ó saludando con los pañuelos. No se podía recibir más cordialmente á un Soberano extranjero.

A lo que nos explicaron después, Bélgica es un

país apasionadamente monárquico. D. Alfonso debió agradecer mucho la acogida simpática hecha por una de las naciones más pequeñas, es cierto, pero más inteligentes y cultas de Europa.

En *Schaerbech*, situado á las puertas de Bruselas, una batería saludó el paso del tren real con una salva de 51 cañonazos.

La llegada á la capital fué solemne. La estación se hallaba adornada con banderas españolas y belgas, é iluminada con luces eléctricas.

En el andén central formaba un batallón de *guides* (guardia real), hombres todos de elevada estatura, y en medio aguardaba el arrogante Rey Leopoldo, rodeado de su cuarto militar; de sus ministros, á excepción del de Instrucción pública; de los altos cargos palatinos; de M. Anspach, ministro de Bélgica en Madrid, todos de riguroso uniforme, por supuesto; de la legación de España, y de algunas otras personas.

S. M. Leopoldo II cruzaba su pecho con la banda de Carlos III.

Al poner D. Alfonso el pie en la estación tocaron las músicas la Marcha Real. El Rey Leopoldo se adelantó hacia nuestro Soberano, abrazándole y besándole cariñosamente. D. Alfonso correspondió á su vez á tan cordial saludo.

Después se verificaron las presentaciones, y S. M. belga invitó á D. Alfonso, que vestía uniforme de

capitán general español, con la banda de la Orden de Leopoldo, á que revistase el batallón de *guides* que le hacía los honores.

Luego ocuparon varios carruajes á la *grand d'Aumont*, dando la derecha el Rey Leopoldo á su huésped y dirigiéndose por las principales calles, iluminadas con focos de luz eléctrica puestos por el Cuerpo de ingenieros, á palacio.

Desde la *Plaza de las Naciones*, adornada con banderas y cuajada de gente, hasta la residencia real, veíanse formados, presentando armas y batiendo Marcha Real, algunos batallones de cazadores á pie, de infantería de línea, de ingenieros y de *guides*, un escuadrón de lanceros, un regimiento de artillería y los alumnos de la Escuela militar; un escuadrón de *guides* con estandarte escoltó el coche de los Reyes.

La escalera de palacio hallábase llena de lacayos y servidores con librea de gala, que es la librea inglesa: frac rojo con botones dorados, calzón de terciopelo negro, medias de seda blancas y zapato de charol.

La caja de la escalera principal tiene la misma altura que el edificio, y hállase cubierta por una gran cúpula sostenida por cuatro columnas. Toda esta escalera es de piedra blanca. En el centro vese una preciosa estatua de la Paz, obra de Fraixkrin. La balaustrada es de bronce dorado y mármol griego.

Vista la escalera en este momento, con la Reina en lo alto, rodeada de todas sus damas, y subiendo

el cortejo real, en el que había uniformes tan variados, precedido de servidores, oficiales de servicio y ayudantes por entre una doble fila de lacayos inmóviles, presentaba un golpe de vista admirable.

S. M. Leopoldo presentó D. Alfonso á la Reina, que, como es sabido, es tía de nuestra Soberana, penetrando todos después en el salón blanco y oro, que es el principal de los que se destinaban al augusto huésped, y allí conversaron largo rato los tres Soberanos mientras las comitivas se esparcían por otras salas.

Las habitaciones destinadas á D. Alfonso eran las llamadas de los Soberanos, situadas en el ala izquierda del edificio, y que son una maravilla de gusto y riqueza.

Componíanse de un salón, un despacho, un comedor, una alcoba y un cuarto de *toilette*, que comunicaba con un cuarto de baño.

El salón era blanco y botón de oro, con cortinas de damasco de estos colores. El despacho del mismo estilo, rojo y oro. El comedor verde y oro, viéndose sobre la chimenea, ricamente esculpida, reloj y candelabros que constituyen una admirable obra de arte. En los muros un lienzo de Kaiser representando á María de Borgoña que distribuye limosnas entre los pobres, y el retrato del Rey Leopoldo por De Vriendt. La tela que adorna las paredes de la alcoba era raso rojo mate brochado, con grandes ramos de color algo más claro. Ocupaba en ella un buen espacio el soberbio lecho, con amplias cortinas

sujetas en la parte superior por una corona real. El cuarto de lavarse era de color botón de oro, con ramos, y tanto el lavabo, como el armario de espejo y las sillas, de limoncillo.

Estas habitaciones daban sobre una estufa, trasformada por los jardineros de palacio en hermoso jardín, con sus callecitas enarenadas y bordadas de flores, sus plantas exóticas y sus canastillos de pintadas begonias. Una escalera de mármol cubierta de blanda alfombra roja, y reservada exclusivamente al Rey, conducía á este jardín, en el que Don Alfonso pudo pasar algunos momentos lejos de los cortesanos.

El primero de los banquetes con que fué obsequiado se celebró pocos momentos después de su llegada, y fué de cien cubiertos, asistiendo á él los ministros, burgomaestre, altos cargos diplomáticos, la legación de España en Bruselas, el ministro de Bélgica en Madrid, las comitivas y los jefes de los regimientos que formaron á la entrada del Rey.

D. Alfonso se sentó entre los dos Soberanos, á la derecha de la Reina é izquierda del Rey. Enfrente veíase al gran mariscal de la corte, ó jefe de palacio.

La mesa estaba perfectamente servida. La vajilla de plata, así como el *sur-tout*, fué el regalo de boda que hizo al Rey de los belgas la ciudad de Londres, y es una obra que honra á los plateros ingleses. A pesar de ser el banquete de cien cubiertos y extensa la lista de platos, sirvióse con gran precisión en poco más de una hora.

Al banquete del siguiente día asistieron algunas menos personas.

También hubo un almuerzo en la legación de España, situada en la *rue de la Loi*, núm. 51, en la parte alta de la ciudad y no lejos del palacio. Si el edificio es hermoso, su decoración interior es encantadora. Conócese que el ministro es un artista y un hombre que ha viajado mucho. Por todas partes cuadros, acuarelas, repujados, armas, libros de lujo y cuanto puede halagar los ojos de una persona inteligente. He dicho que el ministro es un artista, y, en efecto, algunas de las acuarelas de su despacho eran obra suya y probaban que el Sr. Merry no ha querido ser un buen pintor por ser un excelente diplomático.

En la parte exterior veíase, no sólo la bandera española, sino la clásica colgadura de terciopelo con franja de oro, que llamaba la atención, porque en Bruselas no hay costumbre de adornar los balcones con colgaduras.

Los dueños de la casa recibieron á los Soberanos al pie de la escalera, dando el brazo el Rey D. Alfonso á la Reina, y el Rey Leopoldo á la señora de Merry de Val.

En la mesa D. Alfonso tenía á la Reina á su derecha y al Rey de los belgas á su izquierda, figurando entre los demás invitados, M. Frère-Orban, ministro de Negocios Extranjeros; Condesa de Grüme, camarera mayor de la Reina; general Van Smissen, Conde John d'Outremont, D. Luis de Silva,

gran mariscal de la corte, primer ayudante de S. M. belga; Sr. Anspach, ministro en Madrid, y los señores de la comitiva de D. Alfonso.

Por la mañana había acompañado el Rey de Bélgica al de España á que recorriera los Museos, admirando D. Alfonso una vez más los magníficos *Rubens* y *Van Dycks* que en ellos se atesoran. Es sabido que el Museo de Bruselas posee lienzos de la escuela flamenca de primer orden.

Después del almuerzo en la legación dieron los dos Monarcas un paseo por la ciudad, que no pudo ser más solemne, pues los carruajes en que iban estaban enganchados á la *grand d'Aumont*, y en todos los monumentos públicos donde se detenían veíanse algunas compañías de guardia real, á pié ó á caballo, que recibió á los Monarcas á los sones de la Marcha Real española.

La muchedumbre que seguía y rodeaba los carruajes era tan compacta, que estos apenas podían adelantar sino al paso, y tan respetuosa, que ni una sola persona permanecía cubierta.

En el nuevo palacio de Justicia, magnífica construcción que honra á Bruselas, esperaban á los Reyes el ministro de Justicia, M. Bara, el jefe del gabinete del ministro, el secretario general, el jefe de seguridad pública, el inspector general de los trabajos, el director de la contabilidad general, los arquitectos del Estado, Benoit y Engels, el contratista de las obras, etc., etc.

SS. MM. subieron por la escalera monumental,

visitando primero la sala de *Pas perdus* y los salones destinados á Tribunales de primera instancia, Supremo y de comercio; bajaron luego por la rampa y contemplaron el magnífico panorama de la ciudad.

Es este palacio el más monumental de Europa, á pesar de lo cual, hace sólo trece años que se principió y ya se anuncia su inauguración. Su coste total ascenderá á unos 50 millones de pesetas. Ha merecido elogios en varias lenguas la instalación de los caloríferos de vapor que hace funcionar un motor de gran fuerza. El sorprendente salón de *Pas perdus* tiene por techo la cúpula—algo parecida á la del capitolio de Washington—ó sea un espacio vacío de 84 m. de altura; dimensiones de catedral. Don Alfonso manifestó en varias ocasiones la admiración que le causaba el edificio, añadiendo que él solo valía la pena del viaje á Bruselas.

A la puerta del Museo les hicieron los honores militares una compañía de carabineros, los que conservan aún los monumentales sombreros con plumas, en recuerdo de los que llevaban los voluntarios belgas del año 30.

En la Biblioteca real fueron recibidos por el conservador de la misma al frente de todos los empleados.

Aquí se detuvieron principalmente en la sala de estampas y en la de manuscritos, donde examinaron algunos raros códices ilustrados con preciosas miniaturas. Después de recorrer los salones llenos de estantes se detuvieron en el dintel de la sala de

lectura, en el que había leyendo algunas docenas de personas, que se levantaron al asomar los Reyes, sorprendidos con visita tan inesperada. Antes de retirarse puso D. Alfonso su nombre en el libro de oro de la Biblioteca, en el que figuran muchos otros de personajes célebres.

A la puerta de la colegiata de San Miguel y Santa Gudula, monumento admirable del arte gótico, que visita en primer lugar todo viajero al llegar á Bruselas, esperaban á los Monarcas el cura Nints, revestido de capa pluvial, y el alto clero. La iglesia estaba colgada con magníficos tapices gobelinos, que sólo salen de su encierro, donde cuidadosamente se conservan, en las grandes solemnidades. Mientras SS. MM. oraban un momento en el rico reclinatorio que había dispuesto al pié del altar mayor, el órgano llenaba los ámbitos del templo con los sones de la Marcha Real. Después recibieron la bendición al pié del altar del Santísimo Sacramento como la tradición lo exige, y visitaron detenidamente la iglesia.

En seguida se dirigieron al *Hotel de Ville*, situado en la plaza más pintoresca y de más carácter que existe en Flandes toda. Les hicieron los honores una sección de caballería y algunas compañías de artillería y de cazadores, *eclaireurs*, aguardándoles en la puerta el burgomaestre, los echevinos y el Consejo municipal, además del comandante de la guardia cívica de Bruselas y de su estado mayor. Los artilleros se extendían formados por las escaleras.

D. Alfonso examinó con gran interés los recuerdos históricos que encierra el *Hotel de Ville*, la bandera de los alabarderos de San Jorge, que cuenta la friolera de 500 años, la de los heridos de Setiembre, la gótica sala de recepción, la de los matrimonios, etc. Al asomarse al balcón que da sobre la gran plaza, en aquel momento llena de gente, se oyeron algunos vivas. Antes de partir dió el burgomaestre gracias á D. Alfonso por haberse dignado visitar la casa de la ciudad y oyó de labios de nuestro Rey algunas frases agradables.

Desde el *Hotel de Ville* trasladáronse los Soberanos al cuartel de *Petit-Chateau*, donde fueron recibidos por el ministro de la Guerra con todos los honores debidos á su jerarquía. Allí, después de pasar revista á la tropa, visitaron detenidamente las dependencias del edificio, desde el cuartel de banderas hasta las cocinas, que pasan por ser las mejor organizadas de Bruselas y en las que hay una famosa marmita en la que puede cocerse rancho para 1 600 hombres.

Nosotros pudimos visitar Bruselas aunque muy ligeramente.

Bruselas es, en realidad, un Paris en pequeño; conviene, por lo tanto, no visitarla viniendo de la capital francesa, porque apenas hace efecto. No le faltan, sin embargo, atractivos, así para los que gustan de la vida moderna, como para los que aman las antigüedades y los recuerdos artísticos.

El centro de Bruselas, como de Paris, son los

boulevares. En ellos están las mejores tiendas, los hoteles de más fama y los edificios modernos más lujosos. Los dos boulevares más importantes son el de Hainaut y el Central ó de Auspach; éste, al llegar á Correos, se divide en dos, y estos, como el de Hainaut, van á parar á una gran línea de magníficos boulevares exteriores que rodean toda la ciudad y que forman un espacioso y magnífico paseo.

Entre los edificios modernos que merecen visitarse, se hallan la Bolsa, situada junto á los boulevares del centro, soberbio edificio de estilo del Renacimiento. Está en alto, y se sube á él mediante ancha escalinata de veinte peldaños.

El Palacio Real, hacia un extremo, junto á los boulevares de cintura y frente á un grandloso parque, adornado de estatuas, fuentes y grupos de plantas y flores, es también moderno y nada de particular ofrece.

Cerca de él está el llamado Palacio de las Academias, donde se han establecido las de Letras, Artes y Ciencias y Medicina y que perteneció al Príncipe de Orange.

Tampoco está lejos el Palacio de la Nación, del tiempo de María Teresa, donde asientan las Cámaras. Junto á él están diversos Ministerios.

La columna del Congreso, en las cercanías, recuerda la liberación de Bélgica y la elevación al trono del Rey Leopoldo de Sajonia Coburgo. Fué inaugurada en 1859.

Asimismo cerca de allí, está la Plaza Real. Allí

hubo un palacio donde abdicó la Corona imperial Carlos V. En medio de la plaza se alza una arrogante estatua ecuestre del famoso Godofredo de Buillon, y á un lado encontramos el Palacio de la Industria (otra reminiscencia de Paris), que sirve de instalación para varios Museos, entre ellos el de Pinturas.

Apenas tuve tiempo de echarle una ojeada, pero me convencí al momento de que es el mejor de Bélgica, y de los buenos de Europa por lo que atañe á obras de arte flamencas y holandesas. Van-Dyck, Rubens, Teniers y otros brillan allí con tanto esplendor como donde mejor luzcan; Bol, Martín de Vos y algunos más tienen retratos admirables, y de las antiguas escuelas hay ejemplares curiosísimos del siglo xv.

Todo lo que es rico en pintores del país, es pobre en pintores extranjeros el Museo de Bruselas, así es que lo que hay de italianos y españoles es poco y de poca valía.

El local está muy bien dispuesto, con fondo rojo las paredes, para que los cuadros destaquen; luz de lo alto, barandilla para no acercarse más de lo conveniente, etc. Fué lástima que no pudiese dedicar más tiempo á recorrer esta notable galería.

Bruselas, como ciudad muy culta é ilustrada, posee otros excelentes centros de enseñanza é instrucción, como la Universidad libre (fundada por el elemento liberal para contrarrestar á la célebre Universidad católica de Lovaina), las Academias antes

nombradas, el gabinete de Historia natural, la Galería histórica, la Biblioteca real, poseedora de unos 400 000 volúmenes y de 22 000 manuscritos de mucho valor histórico y artístico; el tan reputado Conservatorio de música, donde más de un compatriota nuestro ha logrado el primer premio en el violín y en el piano, y otros establecimientos semejantes.

En tiendas, cafés, cervecerías (porque excusado es decir que el *faro* ó cerveza del país se bebe en abundancia), se parece también mucho la capital belga á la francesa. Los teatros son varios, de los más conocidos es el llamado de la Moneda, por estar en la plaza de este nombre y que significa lo que nuestro teatro Real; algunos compositores franceses como Massenet, han estrenado allí sus óperas antes que en el propio Paris; el de las Galerías de San Huberto, donde se representan operetas cómicas y donde si mal no recuerdo, se estrenó la celebérrima *Fille de madame Angot.*

Esta Galería es un pasaje muy animado, especialmente de noche y también los dias de lluvia, y donde como en los del Palais Royal de Paris, se encuentra en tiendas, restaurants, espectáculos, etc., cuanto puede desear el que se refugie allí. Es uno de los sitios más característicos y agradable de Bruselas.

Hemos cruzado ligerísimamente por la Bruselas de hoy; la de ayer ofrece mucho de notable. En primer lugar, la plaza de la Casa de la Villa ó Plaza Mayor como diríamos en Madrid. Es curiosísima; se

cree uno trasportado al siglo XVI. El palacio municipal, en primer lugar, es de orden gótico todo él y de los más hermosos de Bélgica; tiene una esbelta y aguda torre á un lado, y la fachada adornos, labores y figuras del propio estilo.

Enfrente se ve la casa del Rey, edificio mitad gótico, mitad Renacimiento. Allí pasaron su última noche los Condes de Egmont y Horn antes de ser decapitados en medio de la plaza; en memoria de este hecho se constuyó un monumento escultural, representando á las dos víctimas, monumento que evoca memorias poco cariñosas para los españoles.

Por último, á la derecha, puesto uno de frente al *Hotel de Ville*, todas las casas que cierran la plaza por aquel lado son de corporaciones y de grandísimo carácter. La mayor parte datan del siglo XVI ó de antes, pero fueron reconstruidas á principios del siglo XVIII, porque el bombardeo que en tiempo de Luís XIV sufrió la ciudad, causó grandes destrozos.

Cada una de estas casas tiene en la fachada, además de adornos arquitectónicos, el emblema de la corporación ó una estatua.

La plaza casi toda ha sido restaurada y arreglada hace pocos años, pero con el buen gusto de darle aun más aspecto antiguo del que tenía.

Otra antigüedad de Bruselas es la iglesia de Santa Gudula, monumento ojival del siglo XII, muy bien conservado y restaurado el que por alzarse en una altura aislada, campea como pocas catedrales europeas. El interior es majestuoso y sencillo, y lo

que más llama la atención, son las vidrieras de colores que representan leyendas piadosas y retratos de Reyes. También atrae desde luego las miradas, el púlpito, y sobre todo su escalera que es un verdadero museo escultórico de talla; tantas y tales son las figuras esculpidas en el roble.

Algunas otras iglesias hay, como *Nuestra Señora de la Capilla*, que data de 1216 y *Nuestra Señora de las Victorias*, que data de 1304, que merecen visitarse por la belleza de su arquitectura ojival, por sus vidrieras de colores y por sus enterramientos y sepulcros.

La torre ó puerta de *Hal*, que se construyó hacia últimos del siglo XIV, es lo único que queda de las antiguas fortificaciones. El tranvía que corre por el gran circuito de boulevares exteriores os deja á la puerta de la Puerta, para que visitéis el Museo de armas que contiene y que bien merece la pena de ser visitado.

Pocas colecciones de este género he visto más completas y abundantes, y si hubiese espacio para ello hablaría de las armaduras históricas, de los objetos raros y curiosos y de la variedad de trajes de hierro que allí se ven y que hacen á veces el efecto más gracioso que se puede imaginar.

Después de reconocer tanto museo y de andar por tantos sitios notables y de evocar tantas memorias, lo mejor es tomar por la línea de tranvía que sale de la parte Norte y trasladarse al Bosque de Bolonia de Bruselas, que se llama allí Bosque de la Cam-

bre y que es muy frondoso y agradable, aunque tiene el inconveniente de estar damasiado lejos de la ciudad.

La función de gala verificóse en el precioso teatro de la Moneda, y como desde el día en que se anunció no quedaba ni una sola localidad sin vender, nos fué dificilísimo procurarnos billetes.

Gracias á que en el momento en que impetrábamos del director un modesto sitio entre bastidores para ver el aspecto de la sala, vino un inglés á devolver un palco, sobre el que nos arrojamos (sobre el palco, no sobre el inglés), una señora que traía la misma pretensión que nosotros, y nosotros.

Hubo, pues, que partirle. Pero estaba de Dios que nuestra rival no se aprovechara de la localidad con tanto trabajo adquirida y con tantos francos pagada, y á media función se puso mala—lo que sentimos mucho—dejándonos dueños absolutos del palco.

En la sala no cabía un alfiler. Por todas partes *toilettes* magníficas, cuellos blancos como la nieve, adornados con brillantes, uniformes de todas clases y colores, encajes, grandes cruces y flores. En Bruselas las funciones de gala no son como en Madrid, de convite, sino que la corte adquiere por su precio algunos palcos, dejando que el empresario venda á su precio las demás localidades. Este sistema quita brillantez á la sala, pero evita muchos compromisos.

En el centro de los palcos bajos habíanse unido tres para convertirlos en palco real, llenando completamente de flores la parte anterior del balconcillo.

A ambos lados hallábanse: á la derecha, los de la legación española, en los que se veía á la señora de Merry del Val, á la Marquesa de Novallas y á la señora de Callejón, esposa de nuestro inteligente cónsul en Amberes. Detrás á los dos secretarios señores Silva y Marqués de Novallas y al agregado Sr. Roca de Togores, luciendo uniformes de maestrantes. Al otro lado del palco regio estaban el presidente de la Cámara, algunos ministros y hasta dos docenas más de personajes oficiales, cuya enumeración sería demasiado larga. Ocupaban los proscenios el burgomaestre, el colegio de *echevins* y otras autoridades locales.

En la plaza del Teatro, donde se veían formadas las tropas, lucía una vistosa iluminación.

Hasta las nueve, y cuando se concluía el acto tercero de *Fausto*, cantado admirablemente, no hicieron su aparición SS. MM. en el palco regio. Al presentarse se puso todo el mundo en pié, entonando la orquesta la Marcha Real. En este momento presentaba el teatro el más hermoso golpe de vista.

En el palco regio se colocó la Reina entre los dos Reyes, teniendo á su derecha á D. Alfonso, que vestía uniforme de capitán general español, con la banda de Leopoldo. El Rey de los belgas cruzaba su pecho con la de Carlos III. En el fondo del palco veíase á las comitivas de las dos cortes.

Al terminar la función, las diez y media, retiráronse los Soberanos siendo saludados por la elegante multitud que llenaba el teatro. Entre tan distinguida concurrencia solo recuerda la memoria los nombres de las familias del Conde Van der Straten, de M. Lambert, representante de la casa Rostchild, del Conde de Merode, que fué enviado extraordinario á España á anunciar el advenimiento al trono de S. M. Leopoldo II, y del Príncipe de Ligne, que es grande de España.

Olvidaba decir que S. M. la Reina lucía preciosa *toilette* de raso blanco con bordados y adornos de encajes, y diadema, collar, broches y pulseras de brillantes.

La hospitalidad belga no pudo ser más espléndida ni más cordial. Los mismos cuartos de los criados parecían dispuestos para recibir príncipes, y en ninguna de estas habitaciones, por supuesto, faltaba el más pequeño pormenor, empezando por la guía y plano de Bruselas con encuadernaciones de lujo.

A la puerta del palacio había siempre media docena de coches enganchados para si alguna persona de la comitiva quería pasear ó ir á alguna parte, y al ocupar luego los wagones del tren real se encontraron los viajeros con cestas llenas de provisiones y de botellas para entretener las horas del camino.

Se acercaba el momento de la llegada á Paris,

cosa que temíamos, vista la campaña que había emprendido la prensa radical francesa contra D. Alfonso, por haber aceptado éste el nombramiento de coronel de un regimiento de hulanos, que por casualidad se hallaba de guarnición en Strasburgo. En vano los periódicos serios excitaban al pueblo parisiense para que recibiera dignamente al Rey; en vano afirmaban que su viaje había sido una excursión de placer, sin objeto alguno de combinaciones políticas; en vano afirmaban que Francia no comprometería con manifestación alguna hostil su antigua reputación de ser el pueblo más galante del mundo; en vano sostenían que el Rey de España no podía rehusar la distinción honorífica que le había sido concedida sin inferir ultraje al Emperador de Alemania, y que al aceptar aquel dicha distinción no soñó siquiera en herir la susceptibilidad francesa; en vano, repito; la prensa radical emprendió una cruzada terrible contra D. Alfonso, excitando á las masas para que le recibieran con manifestaciones hostiles...

A todo esto, y á pesar de que el Gobierno francés daba seguridades á nuestro embajador de que Don Alfonso podía aceptar sin temor alguno la hospitalidad francesa, y que la policía parisiense respondía del orden, creyó oportuno el Sr. Duque de Fernan-Núñez, enviar á Bruselas el agregado militar señor Alvear, para que enterara al Rey de sus temores acerca del recibimiento poco agradable que seguramente habría de tener en Paris.

El Rey en el acto replicó.

—A mí no me toca preocuparme, directa ó indirectamente, de la acogida que se me pueda hacer, ni creo que la nación española me agradecería que me preocupara: yo he sido invitado formalmente por el embajador en nombre del Presidente de la República, yo he aceptado la invitación, y voy á Paris aunque supiera que me había de costar la vida.»

En la mañana del 29 de Setiembre abandonó Bruselas D. Alfonso, en un tren real que puso galantemente á su disposición el Rey Leopoldo, llegando por la tarde á Paris.

VIII.

Sucesos escandalosos de Paris.—Llegada de S. M. el Rey á la estación del Norte.—Manifestación hostil organizada por los radicales franceses.—Debilidad del Gobierno francés.—Aspecto imponente de la *rue Lafayette*.—Visita de S. M. al Presidente de la República.—En la embajada.—D. Alfonso pasea á pie por Paris.—El presidente del Consejo decide á M. Grevy á dar satisfacciones.—Banquete en el Elíseo.—Salida de D. Alfonso de Paris.—Ovación inmensa que recibe en el camino á su regreso á España.

UESTROS temores se confirmaron, por desgracia. La grosería escrita de los radicales franceses se convirtió en grosería voceada. La llegada de un regio huésped á la capital de la república vecina dió ocasión á repetidas manifestaciones hostiles. Los grupos de alborotadores pudieron á su sabor silbar, injuriar y denostar al Monarca de una nación amiga.

En este lamentabilísimo suceso, que tuvo gran resonancia, no se sabe qué admirar más, si el ánimo varonil del Rey D. Alfonso, que con mayor denuedo todavía del que mostró en la guerra, quiso entrar en Paris y arrostrar las consecuencias de su bizarría para con gentes incapaces de apreciar su delicadeza

y valor, ó el apocamiento, la actitud harto dudosa del Gobierno francés, tímido en el recibir á nuestro Soberano como los Soberanos más poderosos lo habían recibido, y lastimoso por su debilidad en no reprimir manifestaciones injuriosas que debían avergonzar á la que se llamaba la ciudad más culta de Europa.

Pero relatemos los sucesos.

A las cuatro y cuarto hizo su entrada en la estación del Norte el tren especial que conducía al Rey. En el andén hallábanse formadas algunas compañías de infantería con música. Al poner el pié en tierra francesa, D. Alfonso, que vestía uniforme de capitán general, con ros, y no con casco, se halló solo, pues la embajada había aguardado hasta el último momento á que el Presidente de la República se dignara acudir al andén, y sólo cuando se convenció de que M. Grevy no se movía, fué cuando se apresuró á salir al encuentro de S. M., que ya llevaba andada la mitad del camino.

Entonces sonó, muy mal tocada, la Marcha Real, y vimos detrás de los soldados y *sergeants de ville* una gran multitud agrupada.

El Rey se adelantó muy amable y sonriente á saludar á M. Grevy, tendiéndole la mano; pero al ver la actitud fría y reservada de éste, fué poco á poco cambiando la expresiva fisonomía del Rey hasta trocarse en digna y altiva.

Entre D. Alfonso y Grevy se cambiaron algunas palabras.

Hechas las presentaciones de rigor, dijo M. Grevy con ceremonioso acento:

—Puede V. M. tomar el coche.

Se abrieron las puertas, y apareció en lo alto de la escalinata de la estación el Rey. Entonces—doloroso es referirlo, pero nos hemos propuesto decir la verdad—entonces se oyó un clamor espantoso, compuesto de gritos, silbidos y rugidos atronadores que sobresalían entre las voces militares de mando, el batir de los tambores y hasta el toque de los clarines.

El Rey paseó por la multitud una mirada despreciativa y subió al coche, que era una gran berlina de caja verde, con el escudo entre banderas tricolores y las iniciales R. F. A este coche, en el que iba S. M. con el presidente del Consejo de Ministros M. Ferry, el ministro de Estado M. Chalemel-Lacour y el general Pittié, precedía un *coupé* con el primer secretario de la embajada D. Julio Arellano y M. Mollard, introductor de embajadores.

Sólo entonces la música de la guardia republicana pudo pasar desde el interior de la estación á la plaza y tocar la Marcha Real, pero los gritos del populacho impidieron oirla.

Apenas arrancó el coche en que iba el Rey, la escolta de caballería intentó seguirle, pero las masas se interpusieron, dividiéndola en dos trozos.

El espectáculo que siguió fué deplorable. Los miles de individuos apiñados en la plaza aullaban como fieras, lanzando silbidos á todos los carruajes

que parecían formar parte de la comitiva real; los oficiales españoles vestidos de uniforme fueron insultados. Además oimos proferir mil injurias groseras que la pluma se niega á transcribir.

Mientras tanto, los guardias de la paz veían aquellas escenas vergonzosas con los brazos cruzados.

Los gritos que más distintamente llegaban á nuestros oídos eran: ¡Abajo el hulano! ¡Viva la República!

En la calle de Lafayette se cayó el caballo de uno de los dragones de la escolta, rompiéndose la pierna el soldado, y este incidente hizo detenerse un momento al coche del Rey, momento que aprovechó la multitud para tratar de rodearle y recrudecer la manifestación. Aquel momento fué espantoso. El espacio que abarcaba la vista estaba cuajado de gente; la había en los balcones, en los árboles, sobre los coches, y hasta en los tejados.

Un troncho de col, arrojado por un miserable, vino á dar contra el cristal del coche. D. Alfonso entonces, con mucha serenidad, bajó el cristal, mostrándose mejor á la multitud.

Esta, imponentemente hostil, seguía gritando: «*Eh ¡l'hulan!* (el hulano), ¡viva la República!» y trataba con empuje de detener el coche.

Al mismo tiempo, vendedores pagados pregonaban:

«*¡La arrivée de l'hulan!*»

Y ofrecían al público un papel inmundo en que se insultaba al Soberano.

Al llegar á la Ópera la vía dejó de estar obstruida y el público de alborotar.

Entonces, cuéntase que S. M. dijo, dirigiéndose á M. Ferry:

—Parece que en este barrio hay policía.

En los alrededores de la embajada española la concurrencia era numerosísima. En el patio había una compañía con bandera y música para hacer al Rey los honores.

A las seis se presentó en la embajada el cuerpo diplomático, siendo de los primeros en llegar los secretarios alemanes. Dos agregados militares de esta nación, queriendo darse cuenta de la actitud del pueblo y saber si se atrevían á molestarles á ellos, se fueron á pié vestidos de uniforme... y en efecto, nadie les dijo una palabra.

Poco después de haber llegado volvió á salir nuestro Rey, acompañado del introductor de embajadores y del general Pittié, á devolver la visita al Presidente de la República. Y otra vez comenzaron desaforadamente los gritos y los insultos. Un energúmeno con faldas, se lanzó hacia el coche sobre el cual rompió su sombrilla; ¡lástima de azotes! Multitud de pilluelos que desembocaban de todas las calles, al pasar el coche de S. M. por delante del hotel Rotschild, corrían tras él, gritando: ¡Abajo el Rey hulano! sin que lo impidieran los agentes. Un transeunte, indignado de tal espectáculo, dió un grito enérgico de ¡viva el Rey! Luego, dirigiéndose á un sargento municipal, le interpeló, diciéndole:—

¿Por qué no hacéis callar á toda esa gentuza?—No tenemos orden, contestó simplemente el sargento municipal.—Pues qué, ¿no hay ya prefecto de policía?—Mirad, ahí viene, respondió el *sergeant de ville*.

Era, en efecto, M. Camescasse, que en vez de anticiparse á la llegada del Rey al Elíseo, como era su deber, para cuidar del orden, sólo llegaba después de haber dejado al populacho todo el tiempo necesario para insultar al Soberano, huésped de Francia.

No lejos de la embajada, uno de los muchos pilluelos agrupados en la esquina de la explanada de los Inválidos y más atrevido que los otros, cogió una piedra y se disponía á arrojarla contra el cristal del coche en que iba el Rey, cuando un denodado ciudadano, M. Lamouroux, le asió por el cuello y le impidió llevar á cabo su proyecto.

M. Lamouroux derribado y pisoteado por la muchedumbre, pudo al fin levantarse lleno de barro y con la ropa destrozada, pero entretanto el cochero del carruaje en que iba S. M. arreó á los caballos, que partieron al galope, dejando atrás á toda aquella turba de miserables.

A la vuelta del Elíseo volvieron á repetirse estas manifestaciones.

La opinión general de los muchos españoles que había reunidos en la embajada, era la de que el Rey se debía ir aquella misma noche. «En su lugar, escribía al día siguiente *Le Gaulois*, habríamos par-

tido ya al frente de la embajada; jamás ha sido hollado de semejante manera el derecho de gentes. Hemos merecido la frase que M. de Bismark nos infligió no hace mucho. Nos hemos conducido como una casa de fieras en rebelión. El Gobierno de M. Grevy ha rehabilitado á la Commune. Desde aquí oimos reir á los alemanes; oimos decir á los amigos de la Francia: « Decididamente, nada hay posible con esa nación delirante. » Lo que acaba de pasar, es más vergonzoso que todas nuestras derrotas. »

Al día siguiente—domingo—apenas se levantó el Rey pidió los periódicos y dió orden de que se recogieran con cuidado en la embajada todos los artículos relativos á su llegada á Paris.

A las once fué á oir misa á la capillita de la Doctrina, situada en la calle de Las Cases, y dependiente de la iglesia de Santa Clotilde, que había sido preparada al efecto. Los asistentes fueron poco numerosos, por haberse prohibido la entrada en la capilla á toda persona extraña á la embajada.

Alrededor de la iglesia había poca gente y no hubo manifestación alguna. Sólo un individuo que gritaba; ¡abajo Grevy! fué preso.

No cabe negar que esta solicitud contrastaba con la completa inercia de que hizo gala la policía el día anterior.

Concluido el servicio religioso y de vuelta á la embajada, subió el Rey en una berlina con el gene-

ral Blanco y dió orden al cochero de encaminarse hacia los boulevares.

—¿Permite V. M. que le acompañe un parisiense de pura raza?—preguntóle el coronel Liechenstein, puesto á las órdenes de S. M. durante su estancia en Paris.

—No, muchas gracias—repuso el Rey—me acompañará mi ayudante el general Blanco.

Y en su compañía trasladóse al hotel Bristol á hacer una visita al Duque de Connaugth. No hallándole, dirigióse á pie hacia los boulevares.

Iba D. Alfonso muy satisfecho de poder pasear solo y á pie por Paris sin ser reconocido, cuando se encontró con dos franceses jóvenes que se pararon delante de él descubriéndose con respeto. El Rey contestó al saludo y se detuvo á su vez.

—*Sire*, dijo uno de ellos, ¿no se acuerda V. M. de nosotros?

—Me acuerdo perfectamente; V. es Escudier; hemos estado juntos en el colegio Stanislas.

Y les estrechó la mano afectuosamente.

Después de cambiar algunas frases sobre recuerdos del colegio dijo el Rey:

—Puesto que les he encontrado, ¿quiéren ustedes acompañarme?... Me propongo dar una vuelta por los boulevares antes de volver á la embajada.

No hay para qué decir si aceptaron los otros con gusto la proposición.

Así recorrieron los boulevares de la Magdalena, de los Capuchinos, de los Italianos y de Montmartre, hasta la hora del almuerzo.

Durante todo el día, acudieron á inscribirse en el libro de la embajada multitud de personas pertenecientes á distintas clases sociales, y en el patio del edificio se formaron corrillos de españoles que protestaban en alta voz contra el grosero recibimiento hecho al Rey. Entre los que fueron á suscribirse había muchos republicanos y carlistas, entre estos el general Calderón.

A su vez el Presidente de la República se despertó inquieto por los acontecimientos del día anterior, inquietud que fué en aumento cuando leyó los diarios de la mañana y cuando supo que S. M. tenía decidido abandonar Paris aquella misma tarde. Entonces dijo al Duque de Fernan-Núñez, que deseaba tener una entrevista con D. Alfonso, á lo que éste accedió.

Aquella misma mañana nuestro ministro de Estado había comunicado al Rey un telegrama de Madrid. En el día anterior, al consultar el Rey con su ministro de Estado, le había manifestado éste que el sentimiento general de los españoles presentes en Paris y el suyo propio era que el Rey debía recobrar el incógnito y partir de Paris aquella misma noche.

—Bien sabe V., señor ministro, repuso el Rey, que yo nada he oído. Pero creo lo que V. me dice y seguiré su consejo. Con todo, como mi partida podría tener graves consecuencias; como podrían atribuirla á la viveza de mi edad, y como soy un Rey constitucional, quiero antes de tomar una resolución consultar al Consejo de Ministros.

Al punto se expidió un telegrama cifrado al señor Sagasta, y la contestación á él fué la que llegó el domingo por la mañana y el Marqués de la Vega de Armijo dió á conocer al Rey. Decía así:

«La nación y el Gobierno toman parte en la ofensa hecha al Soberano. V. M. debe partir esta misma noche.»

Pocos momentos después de salir el Rey llegó á la embajada el Barón des Michels, embajador de Francia en España, llamado por el Marqués de la Vega de Armijo para comunicarle el telegrama recibido é informarle oficiosamente de que el Rey partiría por la noche.

El Barón des Michels, sin perder momento, fué á ver á M. Julio Ferry para enterarle de la situación. M. Ferry marchó en seguida á ver á M. Grevy y expuso á éste que era indispensable que el Presidente de la República diera un paso: que si no consentía en darlo y en presentar en nombre de Francia excusas al Rey por el indigno recibimiento que se le había hecho, se retiraría todo el Gabinete.

Invitado M. Julio Ferry por M. Grevy á que explicase lo que entendía por excusas, redactó entonces las frases que el Presidente de la República dijo después al Rey en la embajada.

El Presidente, después de enterarse del texto de ellas, contestó que las aceptaba. Entonces M. Ferry, alentado por su primer triunfo, anunció á M. Grevy que para hacer aún más patente la condenación de los ultrajes inferidos al Rey de España, iba á pro-

ceder contra los periódicos que más se habían hecho notar por los insultos.

—Deseo, respondió M. Grevy, que los procesos contra la prensa no sean causa de vuestra desgracia, como lo han sido la de todos los Gobiernos que lo hicieron antes que V.

Dicho esto, los dos Julios enemigos se separaron, y M. Ferry pudo hacer prevenir al Barón des Michels en la embajada que *el asunto estaba arreglado.*

Un español preguntó al Barón des Michels á la salida:

—¿Pero no cree V. que al ir el Rey al Elíseo se repetirá la manifestación hostíl?

El embajador de Francia en Madrid replicó:

—Están tomadas todas las medidas para que no suceda.

Luego cuando el Gobierno tomaba medidas no sucedería lo que ocurrió el 29 de Setiembre. Luego el 29 de Setiembre el Gobierno no las había tomado para evitar lo que sucedió. ¡Qué Gobierno!

La resolución patriótica del Monarca de asistir al Elíseo, en prueba de que sabía posponer su persona á los altos intereses de la patria, no produjo la mejor impresión en el ánimo de los españoles, que temían ver reproducidas las anteriores escenas desagradables.

Mientras tanto, el Duque de Fernan-Núñez había ido á ver á M. Grevy para comunicarle la decisión del Rey de partir aquella noche.

M. Grevy dijo á nuestro embajador que no se daba por enterado de la comunicación.

«Quiero ver al Rey, añadió: iré á las cuatro á la embajada. Dos naciones como Francia y España no pueden permanecer en mala inteligencia creada por gentes despreciables. Tened, pues, la bondad señor embajador, de decir al Rey que iré esta tarde á verle.»

El Duque de Fernan-Núñez se despidió del Presidente y fué á dar cuenta al Soberano del resultado de su misión.

A las cuatro y media se presentaba M. Grevy, en la embajada vestido de levita y sin el toisón, siendo al punto introducido á presencia de S. M.

La entrevista duró veinte minutos.

El Presidente de la República presentó sus excusas en la forma siguiente:

«Señor: Vengo en nombre de la Francia á rogar á V. M. que no la confunda con los miserables que ayer comprometieron su antigua nombradía con demostraciones que sinceramente rechazo. Desgraciadamente nuestras leyes son impotentes para reprimir semejantes manifestaciones.

Ruego á V. M. que se digne darme una nueva prueba de su amistad, asistiendo al banquete que esta noche debe reunir todo el Gobierno á mi mesa; allí tendrá V. M. ocasión de ver el verdadero sentimiento de Francia.»

El Rey respondió:

«Habiendo venido á Francia penetrado de senti-

mientos amistosos hacia vuestro país, consiento señor Presidente, en dar á la nación que representáis, este nuevo testimonio de mi cordial simpatía; pero permitidme que después de este nuevo y último sacrificio, y como representante de un pueblo digno y pundonoroso, me reserve toda mi libertad de acción.

»Espero, señor Presidente—añadió S. M.—puesto que público ha sido el ultraje, que me será lícito hacer pública la reparación.»

A lo que contestó M. Grevy:

«No sólo autorizo á V. M., sino que se lo ruego.»

Repetidas estas palabras al ministro de Estado, suplicó éste al Sr. Conde de Casa-Miranda que se las dictara á los directores del *Fígaro*, *Gaulois* y corresponsales de *El Imparcial* y de *La Epoca*, que aguardaban en el salón próximo.

Esta declaración fué la que publicaron los periódicos de Madrid y sólo en vista de ella se decidió S. M. á asistir al banquete del Elíseo.

El Presidente de la República volvió al Elíseo haciéndose lenguas de la amabilidad con que le había recibido el Rey.

Y añadió que D. Alfonso le había dicho:

—Podéis estar seguro de que los manifestantes de ayer en nada han alterado mis simpatías por Francia. No podría olvidar que he sido educado en Paris. Unos cuantos grupos de manifestantes no son toda la nación. La gran masa de la capital debe comprender que al conformarme sencillamente con

un uso tradicional no he desmerecido del país en que mi madre tuvo tan excelente acogida.

La comida del palacio del Elíseo, dió priucipio á las siete y media.

El mismo M. Grevy se ocupó en dar disposiciones para que no pudiera haber manifestación alguna por la noche y ordenó que la circulación alrededor del palacio estuviese organizada «como para las noches de baile.»

S. M. estaba situado á la derecha de Mad. Grevy, entre ésta y la Sra. de Wilson, del famoso Wilson, que hace la oposición á su suegro, y al que se atribuye en parte lo sucedido. Asi que nada tiene de particular que este *drole*, como le llaman los periódicos parisienses, no se atreviera á cruzar su mirada con la de S. M. el Rey.

El Presidente tenía á su derecha á la Duquesa de Fernan-Núñez y á su izquierda al embajador de España.

Luego venían todos los ministros, excepto el general Thibaudin, que se excusó por enfermo, M. Meline que había partido por la mañana al lado de su madre enferma que falleció en el mismo día, y M. Herisson que estaba con licencia.

La lista de la comida colocada delante de cada comensal estaba timbrada con las iniciales J. G. Los convidados franceses no llevaban más que condecoraciones españolas; á la vez los convidados españoles solo llevaban la Legión de Honor.

A las nueve terminó la comida. Las damas fueron

conducidas á los salones, elegantemente adornados é iluminados, y los hombres se dirigieron á la sala de fumar.

Desde las nueve á las nueve y media, Alfonso XII, M. Grevy y M. Julio Ferry, sentados en un mismo canapé, conversaron largamente.

M. Grevy y el presidente del Consejo rogaron vivamente á D. Alfonso que se quedase un día más en Paris. Este manifestó que su intención de partir al dia siguiente por la mañana era irrevocable.

En el curso de la conversación, según un periódico francés, hubo de decir S. M.:

—Siento mucho, que se hayan desconocido mis sentimientos respecto á Francia.

Por su parte M. Julio Grevy decía á sus convidados.

—Jamás habría esperado encontrar en un hombre tan joven tan buen juicio, tanta dignidad y serenidad tanta.

Alfonso XII y su comitiva, añadió otro diario, pueden lisonjearse de haber conquistado aquella noche á todo el Elíseo.

De labios del Presidente de la República, supo entonces D. Alfonso, que su madre había telegrafiado al Gobierno francés rogándole que velase porque no le sucediera nada. Ya hemos visto cómo cumplió el Gobierno francés el encargo de la augusta señora. Por lo demás, M. Jules Ferry, deseoso de demostrar su buen deseo hacia España, prometió á nuestro ministro de Estado, reunir á la comisión inter-

nacional del ferrocarril de Canfranc para que se resolviera este asunto, que se hallaba pendiente hace muchos años.

El día 1.º de Octubre á las nueve de la mañana, abandonó Paris S. M. con las personas de su comitiva.

Como viajaba de incógnito no se le hicieron honores. Trasladóse á la estación en un coche de los Duques de Fernan-Núñez, acompañado del embajador y de su señora y aguardó en un elegante saloncito, con algunas de las personasque acudieron á despedirle, á que llegara la hora de partir el tren. Veíase allí al general Pittié, al coronel Liechenstein, puestos á sus órdenes durante su estancia en Paris; al introductor de embajadores, M. Mollard con su hijo; al personal de la embajada con el primer secretario Sr. Arellano á la cabeza; al del consulado, á la comision de Hacienda, al ministro en Londres Sr. Marqués de Casa-Laiglesia; al ministro de Bélgica en Paris, y á otra infinidad de personas.

Allí había también carlistas, que dieron una prueba de patriotismo acudiendo á despedir al Rey, tan injustamente tratado por unos cuantos miserables. Y allí, también, republicanos, lo que prueba que el ultraje—si bien reparado ya—hecho al Rey, fué considerado por todos los buenos españoles como un ultraje hecho á España. Tan noble conducta, les honró en extremo.

Apenas puso el pie D. Alfonso en el andén, se oyeron gritos en francés y en español de ¡viva el Rey! los que se repitieron con verdadero entusiasmo al ponerse el tren en marcha.

Desde la frontera de España, donde le aguardaba un tren real, á Madrid, fué el viaje un verdadero triunfo.

Lo mismo en Burdeos que en Bayona, y en Biarritz, lo mismo que en Irún, oyó el Rey entusiastas aclamaciones; sin que, el mal tiempo y la hora intempestiva en que el tren pasó por muchas estaciones, fuese obstáculo para que dejasen de estar en el andén cuantos individuos no se veían retenidos en sus casas por fuerza mayor.

San Sebastián se distinguió por su recepción entusiasta, sin embargo de pasar el tren después de la una de la noche. La tropa con hachones, los empleados del ferrocarril con bengalas, improvisaron una iluminación, y el tren apareció negro en un limbo de esplendente luz. La gente no cabía en el andén, y los que estaban en primera fila, apenas si podían contener el empuje que amenazaba arrojarlos bajo las ruedas del tren. ¡Al fin estaba el Rey entre españoles — vascongados y castellanos — que son gente hidalga!

Imposible pintar el efecto que producían aquellos gritos, aquellos vítores, aquel vivo entusiasmo; los roses, los sombreros, las boinas, los pañuelos, las

manos, tendidas hacia el Rey... Un solo grito, continuado, que hacía vibrar las fibras más delicadas del corazón, ensordecía el espacio; este grito era: ¡España!!

Entre las exclamaciones populares se oyeron algunas de *¡viva el chico valiente! ¡mueran los cobardes!* y otras tan *naturalistas* que no se pueden repetir.

El pueblo quería que se detuviera el Soberano en San Sebastián, y por un poco más lo arranca del coche y lo lleva en triunfo en plena noche hasta las Casas Consistoriales, que estaban iluminadas con motivo de una ceremonia escolar que acababa de verificarse.

La autoridad tuvo que intervenir para que no se llevara á cabo una manifestación contra la República vecina.

La ovación fué asimismo extraordinaria en Burgos, donde los vivas no se interrumpían, apagando el ruido de la locomotora, que estuvo detenida más tiempo del necesario para que la Guardia civil separara á la muchedumbre antes de que el tren se pusiese en marcha.

En Venta de Baños, Valladolid, Medina del Campo y Avila, fué no menos entusiasta el recibimiento hecho al joven Monarca, que no se quiso entregar al descanso para corresponder á la ovación de que era objeto.

En Navalperal los jóvenes del pueblo bailaron al paso del tren para festejar al augusto viajero.

Al llegar á las Navas se encontró S. M. sorpren-

dido con la presencia de su augusta esposa, que le aguardaba en la estación con la Duquesa de San Carlos, el presidente del Consejo de Ministros, el ministro de Fomento, el general Echagüe, el Marqués de Santa Cruz, el Conde de Sepúlveda y el Sr. Alonso Martínez.

El Rey bajó del coche antes de que parase el tren y abrazó con efusión á la Reina, que muy conmovida apenas podía articular palabra.

Después de repartir una cantidad á los pobres que en gran número habían concurrido al andén, púsose el tren en marcha, y á los pocos momentos llegaba á la estación del Escorial entre los acordes de la Marcha Real y las aclamaciones incesantes de las personas que la ocupaban por completo.

Desde que el tren estuvo á la vista empezó S. M. á saludar con el pañuelo á su augusta madre, que, con las lágrimas en los ojos, saludaba también á su hijo.

El tren se detuvo y el Rey y la Reina doña Isabel se confundieron en un estrecho y prolongado abrazo.

En Villalba se encontraban muchas damas de la aristocracia, que llenaron de flores el coche real.

En Pozuelo había también un público numeroso que, con su digno alcalde al frente, vitoreó sin cesar á los Reyes durante los breves instantes que estuvo detenido el tren en la estación.

Pero ninguna de estas manifestaciones fué comparable á la del pueblo madrileño, como vamos á ver.

IX.

Excitación que producen en la corte las noticias de Paris.—Carteles patrióticos.—Lemas en los balcones.—Manifestaciones en los teatros.—Aspecto de Madrid á la llegada de la Reina Doña María Cristina.—La colonia francesa.—Entusiasmo delirante con que es recibido el Monarca en Madrid.—La calle de Bailén.

É aquí mientras tanto lo que pasaba en Madrid.

La excitación al saberse lo sucedido en la capital de Francia, fué grandísima. La opinión tomó dos corrientes distintas que conducían á un mismo término: el honor patrio; la primera, positiva, era de adhesión entusiasta al Rey; la segunda, negativa, de protesta contra el Gobierno francés y el populacho parisiense.

Muchas cosas se dijeron en teatros, casinos, reuniones y cafés, pues no se trataba de otra cosa en todas partes. Hubo quien propuso dirigir á M. Grevy, para que lo trasmitiera á Strasburgo, un telegrama felicitando al 15.° regimiento de hulanos por tener tan bizarro coronel. Hubo quien habló de manifes-

taciones ante la embajada francesa, como desagravio á la de Paris. En el teatro Eslava hubo chicheos al oir los *couplets* franceses, pidiendo el público que se convirtieran en coplas españolas. En los cafés no se oian sino gritos de cólera ó de patriotismo que el público aplaudía; los periodistas, señaladamente los monárquicos, eran saludados con afecto é interrogados con ansiedad.

Se adoptaron precauciones para que el pueblo no se entregase delante de la embajada francesa á manifestación alguna hostil. Al salir del café Suizo un grupo de franceses residentes en Madrid, ocurrió un incidente desagradable.

Muchas personas demostraban de una manera harto significativa la indignación, por los sucesos de Paris. La noticia de que S. M. debía salir de esta ciudad el 1.º de Octubre, fué acogida por todos con satisfacción verdadera; pocas veces se mostró en la capital de España tan unánime la opinión.

En la madrugada del mismo día 1.º, aparecieron con pasquines todas las esquinas de la capital, pasquines que se agolpaba á leer la gente.

Decían así:

«Españoles:

Las turbas del pueblo de Paris han ultrajado al Rey de España, que acaba de expresar recuerdos amistosos á la Francia.

El populacho que ha insultado á un Príncipe indefenso, ni es salvaje, porque es cobarde, ni es culto, porque le falta la dignidad de la cultura.

Los que han insultado al Rey de España, entregado á la salvaguardia del honor francés, son sin duda aquellos mismos que humildemente entregaron sus banderas en Sedan y en Paris.

La enseña española que tremoló en Gerona, en Zaragoza y en Madrid, ha sufrido cobarde ultraje en la persona de nuestro Rey, respetado por ser español allí donde hay valientes, y atropellado en un pueblo donde el honor se reparte en condecoraciones.

Ante semejante atentado, que alevosamente se ha inferido á nuestra patria, el recuerdo de aquellos héroes que supieron morir por nuestra independencia, debe inspirar en un mismo sentimiento á todos los que se crean dignos de llamarse sucesores de Daoiz y Velarde.

El Rey D. Alfonso trae la bandera española, que un pueblo de rameras ha tratado de menospreciar, quizá recordando que no pudo arrancarla de las manos de la heroina de Zaragoza.

El día que el Rey venga, corramos á decirle que para sostenerla, están nuestras vidas, y para lavarla de la afrenta sabremos triunfar como en Bailén ó morir como en Madrid el 2 de Mayo; pero no humillarnos como en Metz ó Strasburgo.

Españoles: *¡Viva España! ¡Viva el Rey!*»

Reunidos infinidad de oficiales del ejército en el Círculo militar, quedó acordado que bajarían aquel mismo día á esperar á la Reina y al siguiente á recibir al Rey.

Consolador, y causa de nobilísimo regocijo, fue el

espectáculo que ofreció la población de Madrid á la llegada de S. M. la Reina Doña María Cristina.

El pueblo de Madrid, el verdadero pueblo, representado en sus clases sociales, desde el magnate al humilde obrero, desde el general al soldado veterano y al último recluta ingresado en filas, desde la alta señora hasta la más pobre hija del pueblo; todas las representaciones de nuestra nacionalidad, las armas, las letras, la Banca, la industria y el trabajo, todo se exhibió, todo apareció espontáneamente para saludar á la Reina y á la real familia.

Los hombres políticos y los partidos políticos se confundían en un mismo sentimiento, en una misma aspiración, en el mismo objeto de su entusiasmo. Y esos partidos políticos representaban la integridad del país únicamente con dejarse guiar por el impulso del corazón, que hacía circular por toda la Península el mismo fuego patrio; con el sentimiento de la dignidad, de la honra, de la gloria de la nación.

Dos horas antes de la llegada de la augusta señora, Madrid entero se dirigía en numeroso y apretado cordón hacia la estación del Norte, colocándose á lo largo de la carrera para demostrar á la Reina el frenético entusiasmo que en todos los corazones españoles había despertado la conducta bizarra del Rey enfrente de la conducta de los que el débil M. Grevy tuvo que llamar miserables, aunque otro fuera el adjetivo que les cuadrase mejor.

Era un hermoso y consolador espectáculo el que Madrid ofrecía, apresurándose á dar testimonio de

adhesión á la Reina, como preludio de la ovación que al día siguiente preparaba al Rey.

El extenso andén contenía cuantas personas muy apiñadas pudieron penetrar. El Gobierno, las corporaciones del Estado, toda la oficialidad que había podido asistir, el partido constitucional, el de la izquierda, muchos carlistas, no pocos republicanos y el partido conservador casi en masa, con los señores Silvela y Cos-Gayón á la cabeza, se hallaban reunidos y animados de un mismo sentimiento: el de amor á la patria y el de protesta contra las villanías de unos centenares de perdidos.

A las cuatro en punto entraba el tren, y apenas las músicas de alabarderos y del regimiento de Baleares entonaron la Marcha Real, un viva atronador, inmenso, un aplauso espontáneo, una aclamación unánime que salía de todos los labios, se escuchó durante el tiempo que S. M. la Reina y la real familia tardaron en apearse y en cruzar por entre aquellas falanjes apiñadas.

Por la cuesta de San Vicente, por la calle de Bailén y por la plaza de Palacio, la concurrencia era inmensa, las aclamaciones atronadoras; y la Reina, con lágrimas en los ojos y muy conmovida, descendió del coche, casi en brazos de la multitud, que la acompañó hasta las regias estancias.

S. M. y AA., cuyo carruaje apenas podía adelantar por entre la apiñada muchedumbre, eran objeto de las mismas calurosas manifestaciones, algunas de las cuales salidas de labios de modestos obreros,

lograron conmover á las reales personas y á cuantos las escuchaban:

¡Viva la esposa del Rey valiente!

¡Viva el Rey madrileño!

¡Viva el Rey popular!

¡Viva la coronela de hulanos!

Una mujer, de clase humilde, que llevaba un niño en brazos, se acercó al coche en la calle de Bailén para que su hijo diera un beso á la Reina. Doña Cristina besó al niño, y este acto, que demostraba el amor y unión que existe en España entre la monarquía y el pueblo, produjo nuevas demostraciones de entusiasmo. El carruaje regio llegó por fin á palacio seguido de los de los ministros, servidumbre de palacio, grandes de España y particulares que se iban agregando y que en algunos momentos interrumpían por completo la circulación. Al apearse S. M. en la escalera del Príncipe los vítores aumentaron. La Reina se asomó al balcón, tomando en sus brazos primero á la Princesita de Asturias y después á la Infanta Doña María Teresa, siendo en ambas ocasiones objeto de una ovación indescriptible.

Habiendo pedido los oficiales del ejército permiso para subir al regio alcázar, S. M. la Reina se lo otorgó inmediatamente, añadiendo que podían penetrar en sus habitaciones cuantas personas quisieran. Lo que entonces sucedió en Palacio no es para descrito. Los oficiales besaban respetuosamente la mano de nuestra Soberana, y sus uniformes brillantes contrastaban con las blusas de los obreros,

que se disputaban el honor de acariciar á la tierna heredera del trono. Al lado de los lujosos trajes de las damas de la Reina, se veían mujeres del pueblo con pañuelos á la cabeza, que con lágrimas en los ojos hacían protestas de amor á España y á la familia del Monarca.

Por la noche se repitieron las manifestaciones en los teatros. Fué curiosa la del Salón Eslava. Representaban una revista en que salían todos los personajes extranjeros que habían figurado en nuestra escena durante la temporada anterior. Apareció la actriz que interpretaba el papel de la artista italiana y fué acogida con un aplauso nutrido que se prolongó algunos instantes. Restablecido el silencio se presentó la señorita Pastor, encargada de interpretar el papel de *Niniche* y de cantar unos *couplets* franceses que habían sido muy aplaudidos en las representaciones del Jardín del Buen Retiro. El público en masa pidió entonces que no se cantasen y que fuesen sustituidos por la jota aragonesa, el más popular de los cantares españoles. La señorita Pastor obedeció el unánime deseo del publico y cantó entre atronadores aplausos y vivas á España, la siguiente copla (con la modificación que se verá), que ya se cantaba durante la guerra de la Independencia por las rondallas zaragozanas:

La Virgen del Pilar dice
Que no quiere ser francesa,
Que quiere ser... *coronela*
De la gente aragonesa.

El público prorrumpió en vivas á España y dió por terminada su manifestación después de acoger con grandes aplausos á los cuatro *partiquinos* que hacían el papel de artistas portugueses.

Pero el verdadero cuadro de españolismo y de lealtad fué el que ofreció Madrid á la llegada del Rey (1).

Las casas luciendo vistosas colgaduras, los coches caminando en cerrada columna á la estación del Norte, todas las clases sociales, todas las corporaciones del Estado, acudiendo afanosas para hacer olvidar á su Monarca con demostraciones de amor y de respeto los ultrajes de la irresponsable plebe parisiense; la oficialidad del ejército en masa, con sus jefes y generales, saludando al compañero de armas y al Monarca, por quien estaban y están dispuestos á verter su sangre á una señal de sus labios, constituían un espectáculo imponente y conmovedor, propio para que el extranjero formase idea exacta del espíritu que animaba al pueblo de España.

Todo lo largo de la cuesta de San Vicente estaba ocupado por doble fila de carruajes, en que se veían mujeres hermosas que habían acudido con la característica mantilla española, blanca ó negra, y con flores, entre las que abundaban las dalias amarillas

---

(1) Estas descripciones están tomadas en su mayor parte de *La Epoca* y de otros periódicos madrileños.

y encarnadas. Entre la multitud se veían confundidas todas las clases sociales, unidas en un solo sentimiento patriótico. De cuando en cuando pasaban hombres del pueblo llevando banderas y estandartes con lemas, algunos de los cuales tenían un marcadísimo sabor anti-francés.

Por espacio de hora y media no cesaron de bajar, procedentes de todas partes, con dirección á la estación del Norte, comisiones y grupos oficiales y extra-oficiales de todos los cuerpos del ejército y de la armada, de las sociedades particulares, de los estudiantes de las diversas facultades, de los obreros, y señaladamente de la clase comercial, que abandonó casi en masa sus habituales tareas para dar muestra de su adhesión al Rey, que tanto ha hecho y ha de hacer por el comercio patrio. Viéronse pequeños estandartes con lemas dando la bienvenida al valiente coronel de hulanos de Strasburgo. Un grupo numeroso de obreros conducía un gran estandarte, en el cual se leía esta inscripción: *Los alistados por el honor ofendido de la patria.* En otra bandera que llevaba un grupo de gente del pueblo decía: *Navarra. ¡Viva S. M. el Rey de España D. Alfonso XII, coronel de hulanos!*

La calle de Bailén estaba adornada por dos hileras de mástiles con gallardetes, banderas y escudos de castillos y leones y de Madrid. Al final de la calle elevábase un arco, formado por dos columnas de ramaje y coronado por un esbelto frontón, cuyas dos caras ocupaban, entre grupos de banderas, lienzos

con las inscripciones de *¡Viva España!* en el lado de Palacio, y *¡Viva el Rey de los españoles!* en el de San Gil.

Pero lo más significativo y elocuente, tanto como discreto en su laconismo, era una serie de cartelones impresos, en los cuales se leía en caracteres de gran bulto *calle de* BAILÉN.

Todos los balcones de la carrera estaban vistosamente adornados con colgaduras con los colores nacionales, y cuajados literalmente de mujeres hermosas perfectamente vestidas y en cuyos rostros se veía retratada la mayor alegría. Casi todas lucían por supuesto la mantilla española.

Se calcula que había en las calles que SS. MM. luego recorrieron cerca de 100 000 almas. *El Credit Lyonnais*, el hotel de la *Paix* y el hotel de Paris, que en otras ocasiones han enarbolado la bandera francesa, ostentaban un pabellón español de colosales dimensiones.

El espacioso andén de la estación estaba completamente ocupado por muchas y elegantes damas, por el Gobierno de S. M., por los senadores y diputados y por comisiones de todos los cuerpos de ejército, centros y corporaciones oficiales. En la plazoleta que da acceso á la estación se había formado el escuadrón de la escolta real en traje de camino, mientras que un batallón con bandera y música esperaba al Monarca para tributarle los honores de ordenanza.

Poco después de las cinco, el silbido de la loco-

motora, los acordes de la Marcha Real y las más entusiastas aclamaciones, hacían saber al pueblo que en los alrededores se apiñaba, que había entrado el tren real en el andén de la estación. SS. MM. bajaron abrazando inmediatamente el Rey á sus augustas hermanas y saludando á la multitud.

Después de un largo rato subieron el Rey y la Reina y el Marqués de Alcañices á un *landeau*, tirado por dos caballos y emprendieron la marcha con dirección á Palacio sin ninguna escolta y sin que las augustas personas tuviesen para su defensa más que los pechos de sus leales madrileños.

Durante todo el tránsito la ovación no cesó un punto.

Al salir de la estación el gentío inmenso agrupado en aquel punto, prorrumpió en gritos entusiastas secundados con no menos entusiasmo por las personas que se habían puesto de pié en los numerosísimos coches parados también allí. Las comisiones de obreros y la representación del comercio emprendieron la vuelta hacia la Plaza de Oriente, precediendo el carruaje del Rey con aclamaciones y vítores. Al subir por la Cuesta de San Vicente era tal y tan compacto el gentío que se agolpaba en torno al coche, que éste era llevado poco menos que en volandas por los honrados hijos del pueblo, poseidos de entusiasmo delirante. Por milagro no ocurrieron mil desgracias, porque los citados individuos iban entre los cubos de las ruedas y entre los piés de los caballos. El Duque de Sexto se esforzaba en vano

por apartarlos, mostrando en su rostro la zozobra que le producía la generosa imprudencia de aquellos hombres.

En cuanto al Rey, de pié en el coche, destacando su esbelta figura, ceñido el traje militar y cubierto con el casco, miraba á uno y otro lado profundamente conmovido.

Lo que no lograron los viles ultrajes del populacho parisiense, lo logró la explosión de entusiasmo del pueblo de Madrid: causar emoción profunda al Rey D. Alfonso.

Desde los balcones, como desde los carruajes, las señoras agitaban los pañuelos, los hombres se descubrían y vitoreaban. Así, entre manifestaciones cada vez más vivas y ardientes, sin que cesara un punto el clamoreo que tan cariñosamente saludaba al Monarca, llegó el coche regio á la Plaza de Oriente, donde una multitud inmensa que rodeaba el alcázar, prorrumpió en un solo grito que resonó como el estallido de un volcán de amor á España y á su valeroso Rey.

Entre los lemas que se veían en muchos balcones, había uno en la calle del Lobo que decía: *¡Viva Alfonso XII y compasión para Francia! ¡Nobleza obliga!*

En un cuarto segundo de la calle de Embajadores se leía: *¡Viva el coronel hulano! ¡Viva España!*

En la calle de la Palma había la siguiente inscripción: *¡Dos de Mayo de* 1808*! ¡*29 *de Setiembre de* 1883*! ¡Viva la nación española!*

En la calle de Alcalá había otro lema que decía:

¡Castigo inmediato para los franceses culpables! En otro: *¡Que dure siempre el entusiasmo de hoy!*

Un grupo de franceses, con lazos negros en el brazo, recorrió las calles, esperando también la llegada de S. M. y pronunciando frases de indignación contra aquellos que insultaron al Rey, al caballero y al español.

¡Vive le Roi Alphonse! decían unos, y otros contestaban: *¡Vive l'Espagne!*

Una señora elegantemente vestida, exclamó, adelantándose en la carrera al coche de SS. MM.:

—*¡También ahora sabríamos las mujeres morir por la patria!*

Al acercarse el Rey á palacio, aclamado por el pueblo, oyéronse voces de *¡Que no entre! ¡Que pase por la Puerta del Sol para que todos le vean!* Cuando resonaron estos gritos, ya SS. MM. penetraban por la puerta principal del regio alcázar. El pueblo se precipitó tras ellos. El Rey, acompañado de la multitud que por todas partes le oprimía, subió lentamente la escalera, en medio de los vítores y aclamaciones, que no cesaban un momento. Al llegar á lo alto detúvose D. Alfonso, miró á la muchedumbre, que mostraba deseos de penetrar en la regia morada, y dijo, dirigiéndose á los que custodiaban la escalera: «¡Paso franco al pueblo!»

¡Viva el Rey! ¡Viva el Rey! exclamó la muchedumbre, precipitándose tras él é invadiendo la regia morada.

Jamás en una situación normal y regular el regio

alcázar presenció una escena igual á la llegada del Rey. El pueblo de Madrid, obreros, menestrales, mujeres, personas que jamás habían pisado las regias estancias, las invadieron dando gritos atronadores, y sin detenerse á admirar los suntuosos adornos, sólo pensaban en aclamar al Rey y á la patria. Jamás en ningún palacio, ni en época alguna, se vió al pueblo en espesas oleadas subir á ofrecerse al Soberano para desquitarle de los insultos groseros de unas cuantas docenas de miserables. Un soldado de artillería no pudo contenerse al ver en palacio al Rey, y le dió un abrazo. Cuando se asomaron al balcón los Reyes se repitieron estas manifestaciones de alegría.

El desfile duró hasta muy tarde, y durante la noche se vieron los teatros concurridísimos. El pueblo de Madrid mostró hidalgamente sus sentimientos sin que hubiera que lamentar el menor extravío. Las autoridades, por otra parte, habían tomado precauciones para evitar que las expansiones populares pudieran ofender á nadie.

¡Qué lección y qué ejemplo para las autoridades y el pueblo parisienses!

X.

Conflicto diplomático.—Resistencia del Gobierno francés á dar carácter oficial á las excusas de M. Grevy.—La nota de la *Agencia Havas*.—Opinión de la prensa española y de la prensa europea sobre los sucesos de Paris.

os hemos propuesto ser cronistas fieles de lo que vimos, ó nos contaron sin mezclar apenas en la narración las observaciones que naturalmente se nos ocurrían.

A los escandalosos sucesos de Paris siguió un conflicto diplomático, que á la hora de entrar en prensa nuestro libro, había producido ya la caída del Gabinete que presidía el Sr. Sagasta, sin fuerza ya al surgir los acontecimientos de Paris y al que sustituyó un Gobierno de la izquierda presidido por el señor Posada Herrera; la dimisión del ministro de la Guerra francés, general Thibaudin, la de nuestro embajador en Paris Sr. Duque de Fernan-Núñez, y el quebrantamiento de M. Jules Grevy y de la mis-

ma República francesa, sin que todavía podamos precisar las ulteriores consecuencias que el asunto pueda tener.

Los silbidos de la estación del Norte fueron tan prolíficos, que la electricidad y el vapor no bastaron para llevar á Paris el eco de los que se oyeron en todo el mundo civilizado.

Silbó á los radicales parisienses Inglaterra, los silbó Alemania, los silbó Italia y los mismos franceses silbaron tan estrepitosamente á su Presidente y á su República, que casi cubrieron el ruido de la desaprobación del resto del mundo.

Entonces se dijo con harta más propiedad que antes y con más justicia, que el Africa comenzaba en los Pirineos, mas para terminar en Picardía.

En este universal concierto de desaprobación á Francia y de desagravio para España, todo el mundo culto procedió con más espontaneidad que el Gobierno francés. Este, en efecto, al cabo de dos dias de silencio, impuesto sin duda por la etiqueta republicana, dió cuenta de la llegada de D. Alfonso XII en el *Journal Officiel* en pálida é inexacta comunicación. En este texto el Gobierno de la República dió publicidad al *hecho* de la visita del Presidente al Rey y de las excusas presentadas por el primero, pero no á las palabras pronunciadas en aquel acto por uno y otro interlocutor.

Para suplir este *descuido*, y ante la reclamación de nuestro embajador, el Gobierno francés comunicó

á la prensa, por conducto de la *Agencia Havas*, la siguiente nota, á la que dió más tarde carácter oficial.

Decía así:

«El Presidente de la República pasó á las cinco á la embajada de España á visitar al Rey D. Alfonso y á expresarle su vivo pesar por los incidentes de ayer. M. Grevy dijo, que Francia no podía ser confundida con los autores de manifestaciones hostiles á S. M., y rogó al Rey diese á esta nación una nueva prueba de simpatías aceptando el banquete que le había sido ofrecido para la noche en el Elíseo, banquete al cual debían asistir todos los ministros del Consejo y en el que S. M. podría juzgar de los verdaderos sentimientos de la Francia.

El Rey de España contestó que había venido á Paris animado de sentimientos simpáticos hacia Francia y quería demostrarlo de nuevo aceptando la invitación que se le dirigía.

S. M. se trasladó á las siete y media al banquete del Eliseo.»

Esta nota como se ve distaba algo de la que el Marqués de la Vega de Armijo dictó á varios corresponsales apenas salido de la embajada de España M. Grevy.

He aquí ahora para terminar ligeros extractos de la opinión que merecieron los escandalosos sucesos de Paris á algunos periódicos de Europa:

PRENSA ESPAÑOLA.

La Época:

«No incurriremos en el error de confundir á Francia con Paris, ni á esta capital con la *voyoucratie* de blusa ó de levita de que los agitadores se sirven para sus fines; y, en efecto, ni Paris es la nación francesa, ni la minoría roja es Paris, ni M. Rochefort es el pueblo, ni M. Thibaudin, violador de su palabra empeñada, que teme que todo el que viene de Alemania traiga la misión de recordársela, es el ejército francés.

»Por desgracia para Francia han mediado hechos públicos gravísimos, y aunque la razón dicte aquellas distinciones, era absolutamente preciso que la nación francesa y su Gobierno señalaran su presencia condenando el escandaloso motín que el último no acertara á prevenir ni á castigar.

»Las frases dirigidas por el Presidente M. Grevy al Rey D. Alfonso en la embajada de España, que es territorio español, han sido todo lo explícitas que la gravedad del caso requería. «Vengo, ha dicho, *en nombre de Francia*, á SUPLICAR á V. M. que no la confunda CON LOS MISERABLES que ayer comprometieron su antigua reputación con odiosas demostraciones.»

»¡Ociosa declaración!

»Nadie mejor que un descendiente de Enrique IV y de Luis XIV, del Rey caballero y del Monarca que

dió á Francia la Alsacia y la Lorena, y en cuya época alcanzó su apogeo la cultura francesa, conoce y sabe la reputación que ese país ganó por el constante dominio de sí propio y el anhelo de hacerse grato á todo el mundo, y de respetar la ajena dignidad y la propia, que constituían el fondo de la antigua sociedad francesa, de ser quien practicaba mejor en Europa las reglas de la cortesía.

»Estamos seguros de que el Monarca español no ha confundido un solo momento á Francia con París, ni á la plebe abandonada á sí misma con la sociedad francesa. Por eso CONSINTIÓ, como dicen los telegramas, en dar á la Francia, en cuyo nombre el Presidente M. Grevy hablaba, un nuevo testimonio de simpatía y en hacer *un último sacrificio* asistiendo al banquete del Elíseo. Mas si el paso dado por M. Grevy es el principio de la satisfacción que requiere el derecho de gentes hollado por los que tan exactamente apellidaba M. Grevy *miserables*, un pueblo altivo y pundonoroso como España necesita más; y lo necesitan también la Europa monárquica y todas las naciones á quienes interesan el respeto de las leyes internacionales y de las prácticas consuetudinarias de recíproca cortesía.

. . . . . .

»Multitud de circunstancias hacían más rigoroso el deber del Gobierno francés de acoger al Rey de España con las atenciones que exigían su rango y altas cualidades, y de impedir cualquiera manifestación adversa. El embajador de Francia en Madrid,

Barón des Michels, había invitado al Rey á hacer su viaje por Francia, insistiendo tanto, que llegó á expresar que lo contrario podría ser considerado causa de un enfriamiento en las relaciones entre ambos Gobiernos.

. . . . . .

»El conflicto provocado por la democracia internacionalista de Paris demuestra la previsión con que M. Thiers, por el conocimiento que tenía de la historia y caracteres de aquella ciudad, hizo incluir en la Constitución de 1875 el artículo que la privaba de la capitalidad política.

»Era pasado como en autoridad de cosa juzgada, que Paris constituía uno de los mas graves obstáculos á la consolidación de la libertad en Francia, por sus tendencias demagógicas; era notorio que el sufragio universal producía en esa capital los efectos que el alcoholismo en los individuos, y que, poco á poco iba arrinconando y eclipsando á la ciencia, al saber, á la respetabilidad, á toda clase de mérito ó superioridad.

»Paris, sin embargo, disfrutaba aún reputación de una ciudad culta. La demagogia, volviendo á las malas tradiciones de 1790, no ha querido que la conserve.

»No ha de ser esta la última vez que Francia lamente la debilidad con que, juzgando á Paris cambiado y arrepentido, anuló el artículo constitucional y le devolvió la capitalidad.

»M. Grevy en Versalles, en el palacio de Luis XIV,

hubiese estado, acaso, *deplacé;* mas en Paris, contemporizando con los rojos, acordándose de que es Presidente para invitar á los Reyes á visitarle y de que es republicano para no impedir las manifestaciones hostiles, representa un papel poco digno y que puede costar caro á Francia.

. . . . . .

»No está sola España; mas aun cuando lo estuviese, le sobraría empuje para obtener reparación ó para tomársela, porque alienta en nosotros el espíritu altivo y digno con que se nos conoce en la historia, y porque no hay aquí partidos, ni discordias, ni vacilaciones cuando se trata de la honra nacional. Si fuese posible repetir el NO IMPORTA, que Francia nos envidiaba y recordaba con dolor en 1871, y que fué como el epitafio puesto sobre la tumba del primer imperio, de uno á otro ángulo de España volvería á resonar esa frase de quien todo lo sacrifica al honor y á la independencia.

. . . . . .

»El paso que daba D. Alfonso regresando á sus Estados por Paris, y deteniéndose tres días en esta capital, sobre no ser necesario, sobre envolver una prueba de la resolución característica del Rey de España, que el *Times* hace resaltar, contenía una demostración evidente de que ningún espíritu de hostilidad contra Francia le había llevado á Viena y á Homburgo; de que la adhesión de España á una cuádruple alianza contra aquella república era una especie desprovista de fundamento.

Tenía, pues, D. Alfonso derecho á una recepción cordial.

. . . . . .

»Porque no se necesita pararse mucho para advertir, que revela ausencia total de buen sentido y aun de sentido común, el contraste entre pretender la unión de las naciones latinas y enajenarse hoy á Italia, otro día á España con una conducta irreflexiva ó torpe; entre profesar el temor á Alemania hasta un punto que recuerda la frase de nuestro Fray Luís de León «espíritu de miedo envuelto en ira» y provocar á cada momento la cólera del pueblo germánico; entre aspirar á una unión íntima con España y herir nuestra dignidad con la pretensión, que el mismo *Times* califica de petulante, de que nos amoldemos á todas sus opiniones y tendencias.

. . . . . .

»Consolador y causa de nobilísimo regocijo fue el espectáculo que ayer ofreció la población de Madri (1). Aún hay pàtria: hoy, como hace setenta y cinco años, surge de repente, alzándose grandiosa á los ojos de propios y de extraños, la nación que nunca muere y se vivifica y adquiere indomable energía tan pronto como se toca el vigoroso resorte que instantáneamente la pone en pie. Se ha considerado vulnerada en la persona de su Rey, como el hijo en la honra de su padre, y ha acudido á demostrarle, sin acuerdo alguno obligatorio y con tanta

(1) Alude á la entrada en Madrid de S. M. el Rey.

espontaneidad como entusiasmo, que su causa es la de la patria, y que nunca, ni por nada, ni contra nadie, quedará indefensa, mientras haya un español digno de este nombre.

. . . . . .

La prensa francesa conviene casi unánime en que si el Rey de España, huésped solicitado de la República francesa, ha sido insultado, y aun amenazado, consiste en que el desorden estaba preparado y organizado de antemano por los partidos y los diarios radicales, los que no han cesado aún en la criminal tarea, porque todavía el telégrafo anuncia la publicación y la venta ayer en los boulevares de un nuevo libelo contra el «Rey hulano.» Conviene la prensa francesa en que el Gobierno debió tomar precauciones; en que no las tomó; en que el prefecto de policía, M. Camescasse se ha mostrado indigno del cargo que ejerce; en que el general Thibaudin, hechura de M. Wilson é instrumento del yerno del Presidente contra el jefe del Gobierno M. Ferry, ha incurrido en faltas, tanto menos excusables cuanto que han sido voluntarias; en que M. Grevy ha dejado hacer y decir, sin enterarse de la guerra doméstica que se desenvolvía en derredor suyo y sin prever que la crisis interior iba á complicarse, merced á un escándalo inaudito y vergonzoso, con una crisis internacional formidable.»

El Imparcial:

«Invitar al jefe de un pueblo hermano y amigo;

señalar con fundamento de agravio todo propósito de evitar la visita: ofrecer honores y solemnidades al regio huésped para estrechar vínculos de inteligencia y alianza; comprometer de esta suerte á que nuestro joven Monarca, fiado en la nobleza tradicional del antiguo país de los caballeros, acuda á ponerse en manos del honor francés, y tras esta muestra de cordialidad y confianza hidalga dejar que impunemente le insulten las turbas en la calle, corran su coche los que claman ultrajes y dicterios contra su persona, y llevar en pos de él una escolta militar como para sancionar de oficio la odiosa afrenta, son hechos y circunstancias que jamás registran los anales de un pueblo que se respeta á sí mismo. Hasta en las hordas salvajes y en las edades bárbaras, la hospitalidad fué religión y derecho, cuyo atropello se tuvo por crimen é infamia.

»Ni allí ni aquí cabe tampoco el establecer separación alguna entre el Rey que se entregaba confiado á la hospitalidad de Francia y la nación á quien D. Alfonso XII representa donde quiera que esté con carácter oficial.

»Nuestro espíritu rechaza categóricamente todos los distingos y sutilezas encaminados á ese fin. La patria y el Rey no pueden ser más que una sola, una misma personalidad en el agravio.

»D. Alfonso es en Paris el representante más alto y más genuino de España, sí, de toda España, con sus republicanos y sus carlistas y sus partidos todos, que del otro lado de los Pirineos se semejan y con-

funden en una calidad idéntica: la calidad de españoles.

»Por justicia, por amor á la verdad, hay que reconocer también, y nosotros lo decimos con viva satisfacción, que las cualidades más estimables y más nobles del carácter español han encontrado dignísimo representante en D. Alfonso XII.

»La conducta seguida en Paris por el Rey ante la situación dificilísima que le creaban los sucesos; su entereza de ánimo; su imperturbable serenidad, que revelan que ni por un momento le ha abandonado la confianza en sí mismo y la confianza en la nación que rige, no pueden menos de ser apreciadas con espontáneo y vivísimo aplauso. La voz unánime de todos los hombres desapasionados dirá hoy que el Rey D. Alfonso se ha conducido en la capital de Francia, no sólo como el más alto representante de España, sino como el primer caballero español.

. . . . . .

»La ovación que ayer ha tributado á S. M. el pueblo de Madrid, ha respondido á móviles tan nobles y tan patrióticos, que enaltecen por igual al país que los realiza y al jefe del Estado que los recibe.

»El entusiasmo, la unanimidad y la importancia de la manifestación han excedido, con mucho, al recibimiento que hizo este mismo pueblo al Rey, así en los primeros días de la Monarquía restaurada, como cuando volvió del Norte rodeado de la aureola de la pacificación de España.

»La muchedumbre, esa aglomeración de masas,

donde se confundían ayer las clases más ilustradas con elementos que viven del trabajo material, y estos con el ejército y con la aristocracia; que participa en los momentos solemnes de un alma común, que es como la corriente eléctrica á que todos invade, y por las que se compenetran las convicciones de los unos con el instinto recto de los otros, ha hecho ayer justicia á la conducta del Monarca.»

El Norte:

«D. Alfonso ha cumplido con su deber como bueno: á la invitación francesa ha respondido como español, que no duda jamás de la hospitalidad que se le ofrece, siquiera el que se la brinda sea su adversario. Como representante de las tradiciones de España, se ha entregado solo y sin desconfianza al hogar cuyas puertas se le abrían, y como de nuestra raza, ha atravesado solo las calles de Paris; ha despedido, aun después del insulto, la guardia que le ofrecía el Gobierno, y ha cruzado las plazas y afrontado las turbas sin más compañía que la del coronel Lichtestein, que había sentido sin duda el rubor en sus mejillas, como todo aquel que vistiendo el noble uniforme del ejército francés, se ve condenado á presenciar, sin poder reprimirlo, un acto de cobardía tan repugnante como el que tuvo lugar, no ya á la salida de la estación del Norte, sino en la plaza de la Concordia, cuyo nombre fué en aquel momento una triste irrisión.»

El Porvenir:

Protestó de los sucesos de Paris, los cuales, dijo el diario republicano, han puesto al Gobierne de Francia «en el grave compromiso de tener que aceptar molestas peticiones á un mismo tiempo de Alemania y de España, cuyos Gobiernos se quejarán de haber recibido en la persona de D. Alfonso agravios respectivos al jefe de un Estado y al coronel honorario de un regimiento alemán, cuyo estandarte estará aún teñido de sangre francesa.»

Además, á fuer de zorrillista añadió que España no recibió ofensa ninguna, pues los que insultaron al Rey, «no lo hacían porque D. Alfonso sea Rey de España, sino por, ser como es, coronel honorario de un ejército enemigo de Francia.»

La Iberia:

«Vergüenza para Francia, porque es el primer país del mundo en que se ha faltado groseramente á la consideración debida á un pueblo amigo.

»Vergüenza para Francia, porque en los países menos civilizados del Africa y el Asia, allí donde se odia al europeo, ha habido siempre respeto para el visitante extranjero que ha llevado la representación de un pueblo.

»La prensa sensata de Francia, ha protestado; pero todas las protestas del mundo no bastarán para lavar la mancha que en estos tiempos de civilización y progreso ha arrojado sobre su patria un pu-

ñado de malvados al olvidar todos los respetos y todas las consideraciones que los pueblos se deben mutuamente.

»Si el Gobierno francés no hiciera un ejemplar escarmiento, se revelaría con estos hechos que en Francia impera la anarquía, que allí no hay autoridad bastante para garantir la seguridad de nadie, que las turbas son las que mandan en la República vecina.

»Si el Gobierno francés no diera una satisfacción cumplidísima, demostraría que tal Gobierno no existe en Francia más que en el nombre, y que tienen más fuerza allí cuatro sediciosos que todos los poderes públicos.»

El Correo:

«No; el Rey de España no ha perdido nada con que unos cuantos insensatos hayan gritado: *¡Viva la República, fuera el hulano!*; los que se deshonran, los que se han llenado de vergüenza y de baldón, son los que han dado estos gritos, para los cuales, por cierto, se necesita bien poco valor.

»Sin duda serían los mismos que en los días del imperio gritaban como energúmenos: ¡A Berlín, á Berlín! para caer de ánimo en los primeros reveses, y en vez de rehacerse contra el invasor, cebarse por el contrario, por los excesos de la *Commune* en el corazón de su patria.

»¡Bah! Malvados de esa naturaleza, no han podido inferir agravio alguno al Rey de España. Son la

desgracia del pueblo que los produce, y hay que mirarlo todo con más tristeza que indignación.»

El Cronista:

«La gente toda, así la que se mueve constantemente en los círculos políticos como la que vive en otras diferentes esferas, sólo tienen un común sentimiento que expresar, profundo y patriótico, ante las noticias llegadas de la capital de Francia acerca del recibimiento hecho á S. M. el Rey D. Alfonso XII.

»Este sentimiento es tan enérgico en todos los corazones, que, aparte algunos, muy pocos por fortuna, perturbados por excesiva pasión de partido, sólo se oyen en todas partes frases que muestran la adhesión más decidida y cariñosa á S. M. el Rey, en quien universalmente se simbolizan todos los prestigios de la patria.»

La Correspondencia de España:

«La opinión pública en España se manifiesta bastante unánime en la manera de apreciar los actuales acontecimientos internacionales; se censura ó se aplaude al Gobierno, pero se mantiene á gran altura el nombre y el honor de la patria.

»Los mismos republicanos reconocen la conducta suicida de los intransigentes de Paris y lamentan la poca energía del Gobierno francés.»

El Globo:

Predicó la calma, lamentándose de la separación

de dos naciones hermanas por la raza, y atribuyendo á intrigas de Bismark lo sucedido.

Después añadía:

«Alemania necesita una guerra con Francia. Sin esa guerra, su grandeza se desmorona. Alemania es un país muy pobre; Francia una nación muy rica. Para sostener en tiempo de paz un gran ejército, se necesita mucho dinero, muchísimo dinero, y Alemania se arruina con la paz y con su enorme ejército, mientras que con la paz Francia organiza vigorosamente el suyo sin dejar de enriquecerse.

»Además, es peligroso dejar que con los años se olviden las derrotas; que el ejército francés adquiera la fuerza y solidez que estas le quitaron. La guerra, y la guerra inmediata, antes que Bismark se inutilice y Moltke muera, es indispensable.

»Mas tan indispensable como la guerra es para Alemania que el motivo de la misma sea extraño á las cuestiones que se agitan en la Europa central y oriental. Los alemanes quieren habérselas con los franceses, pero con los franceses solos. Nada de ingleses ni de rusos en el conflicto. Es preciso buscar el *casus belli* por el lado de otra nación que en nada se roce con las cuestiones de Oriente. Para eso puede servir admirablemente la pobre España. Ya sirvió la otra vez, y los alemanes deben mirarla como el jugador mira la carta que le ha dado la fortuna.

»¡Un conflicto entre la Francia republicana y la España monárquica, la intervención de Alemania como paladín de la Monarquía, y el Czar de todas

las Rusias y el monárquico Gobierno inglés nada tendrán que decir contra el abogado de una causa que, después de todo, es la suya!

»Medio para esto: un insulto dirigido al Rey de España por el pueblo de Paris. Camino para llegar á tal punto: un viaje que se hará sospechoso, unos agasajos que fortificarán las sospechas, y por último, el nombramiento de coronel de un regimiento de hulanos, de guarnición en Strasburgo, que herirá al pueblo francés en las llagas más dolorosas de sus múltiples heridas, trayéndole á la memoria los soldados enemigos más odiosos y la más amada de las ciudades perdidas.»

El Liberal:

Limitóse á narrar y á atenuar lo sucedido, sin ocurrírsele una palabra de condenación para las salvajes griterías de unos cuantos miserables, como los apellidó el Presidente de la República, que debía conocerlos; pero consagró un extenso artículo á ponderar las esperanzas del Sr. Ruiz Zorrilla y la solicitud con que atiende á los emigrados.

El Progreso:

Como si hubiera una consigna para los periódicos avanzados, enlazó los sucesos para demostrar que todo había sido urdido por el gran Canciller, y que así se explicaba el efecto deplorable causado en Paris por ciertos actos de Alemania.

Examinó después las eventualidades de una gue-

rra en unión con Alemania y de una acción aislada nuestra.

. . . . . .

«Los vivas á España fueron inmensos: podían haberse oído hasta en Paris (habla de la entrada del Rey).

. . . . . .

»El Rey recibió compensación de injurias, que este pueblo, enemigo de las alianzas extranjeras, no había provocado.

»La inmunda plebe que faltó á la hospitalidad y á la cortesía, que fueron un tiempo en Francia como su segunda naturaleza, recibió una lección durísima.

»Los que creen que nuestra nacionalidad está decadente, recibieron un enérgico mentís.»

La Izquierda Dinástica:

«Grande, hermoso, consolador espectáculo ofreció ayer el pueblo de Madrid. Se necesita remontarse muy atrás para encontrar algo semejante. Sin haberlo presenciado es imposible formarse una idea. Doscientas mil almas bajaron ayer á la estación á esperar al Rey, según cálculo de algunos periódicos, que no peca de exagerado ciertamente. Doscientas mil almas henchidas de entusiasmo, dispuestas á protestar de una manera elocuente contra los ultrajes dirigidos á España en la persona de su Rey, por las turbas desenfrenadas de Paris. ¡Qué grandioso espectáculo y qué gran lección!»

La Nueva Prensa:

«Como españoles tenemos que protestar contra los actos del elemento intransigente de la República francesa, y como demócratas dolernos profundamente de que así se comprometa la suerte y el porvenir de las instituciones de nuestra preferencia.»

El Siglo Futuro:

«Las escenas ocurridas en la capital de Francia con ocasión del viaje de D. Alfonso, son de una gravedad innegable. Por más que se presagiaban y no debían coger á nadie de susto, han excedido á los augurios generales y producido sorpresa mayor de la que se esperaba.

»La índole siniestra de la algarada, lo complejo de las cuestiones que la han motivado, la trascendencia de la ofensa, que alcanza á naciones potentísimas, rivales de Francia, nos imponen, en los primeros momentos, el deber de ser sobrios y prudentes, hasta que se calme la irritación del mundo oficial, y pueda discurrirse con la independencia necesaria, sin riesgo de incurrir en las iras fiscales.

. . . . . .

»Responder á las exageraciones con exageraciones, parece brabuconería de imitación. La prudencia, la moderación, la urbanidad, la templanza ha de gastarlas el que las tenga. Renovar en Madrid escenas análogas á las de Paris, ó de idéntico alcance,

sería un desahogo de poco más ó menos, ó una niñería progresista, de aquellas que siempre se juzgan con severidad.»

PRENSA FRANCESA.

Le Pays:

En este periódico escribió M. Paul de Casagnac:

. . . . . .

«Esta monstruosa jornada figurará en la repugnante historia de la República en Francia.

»Se verá que un Soberano extranjero, que el Rey de un gran pueblo aliado de la Francia, no se ha podido detener en la capital sin riesgo de su dignidad primero, y de su vida después.

»A pesar de todo esto, las advertencias no han hecho faltar al Rey en lo que se había propuesto.

»Desde Bruselas la embajada española de París le había hecho temer los extravíos de una canalla excitada por bajo de cuerda por el mismo Gobierno.

»Y el Rey de España contestó:

»Yo he prometido ir; iré, suceda lo que quiera.

»¿Por qué lo había prometido? ¿A quién?

»Al Gobierno que bajamente, humildemente había solicitado esta visita, de la que esperaba algún honor y algún provecho moral.

»El Gobierno de la Republica había insistido en que el Rey no dejase de lado á la Francia, puesto que iba oficialmente á Alemania y á Bélgica.

»Y el Rey, en su leal candor, había aceptado, ac-

cediendo á las instancias del embajador de la República, M. des Michels.

»Y cuando le dijeron en Bruselas que esta visita tan galante y tan cortés de su parte podía salir mal, no creyó que debía recoger su palabra, y á toda costa la ha sostenido.

»Como un soldado, como un Rey, como un Borbón, ha atravesado sonriente y tranquilo esta turba innoble: ha pasado á través de las voces y ha desafiado las amenazas.

»Había visto ya otras este Príncipe intrépido, que ha sabido mantener su corona con la espada en la mano, y que al día siguiente de un atentado pasaba revista á la España entera.

»¡Honor al Rey! ¡Honor á la antigua sangre francesa que corre por sus venas!

. . . . . .

»Así esto viene á ser un lazo tendido al Rey.

»La República le ha hecho venir para lanzarle invectivas, la República no le ha visitado más que para pisar en su gloriosa persona la majestad real toda entera.

»¿Y qué sucedería si el Rey hiciera mañana que se rompieran los cristales de la embajada de Francia en Madrid, y permitiese que el populacho español abofetease públicamente al excelente M. Michels, agente responsable de esta vergonzosa aventura?

»¿Qué sucedería entonces? ¿La República declararía la guerra para vengar las justas represalias tomadas sobre su embajador?

»Ella no lo podría hacer, porque la Francia no quiere y Europa se opondría.

»Nosotros quedaremos entretanto con fama de escasa vergüenza, merecida y justificada.

»No hay que disimular; el ultraje hecho por la República ayer en las calles, pasa por encima de la cabeza del joven Rey de España y hiere al Emperador de Alemania en la mejilla derecha.

»A Alemania fué á quien se atacó ayer, atacando é insultando á la persona del Rey Alfonso.

»El Rey de España era el medio; el Emperador de Alemania era el fin.

. . . . . .

»A la hora en que aparezcan estas líneas, el Rey de España habrá probablemente dejado la Francia.

»¡Basta de insultos para un solo día! Era inútil dejar acumular otros.

»Después de haber probado que no tenía miedo de atravesar por el lodo republicano, tenía el deber de demostrar que era demasiado limpio para permanecer en él.

»Y nosotros le decimos:

»¡Señor! ¡perdón para las antiguas tradiciones de la caballerosidad francesa; para la antigua cortesía nacional; para la antigua hospitalidad de nuestro país, hoy violada!

»Es que la noble nación que en otro tiempo dejaba pasar á su mortal enemigo Carlos V, y le festejaba mientras atravesaba por su territorio, no está ya en su casa, no es libre, señor; está prisionera de

una banda de malvados, y no es con aparato real como hay que visitarla ahora, si se quiere ser bien recibido en ella: es con el grillete al pié y el gorro verde del presidiario sobre la oreja.

»Entonces Ferry protegerá vuestro carruaje y Thibaudin nos dará su palabra de honor de que la majestad real quedará á salvo.

»Pero vos, Rey de un noble pueblo, del pueblo más leal, de un pueblo de caballeros, ¿qué venís á hacer aquí?

»Bien sabemos que la Francia que buscáis es la Francia de vuestros antepasados, la Francia que vos amáis. Y ¡no habéis encontrado más que la República!

»Así, vosotros Reyes y Emperadores, ¿toleráis en medio de Europa sana esta cloaca impura, donde los Soberanos que pasan no pueden poner el pié sino salpicándose la cara?

»Habéis hecho bien en partir, en dejar esa canalla oficial.

»Aunque consternados, aunque rugiendo de vergüenza, os aclamamos señor.

»Y os decimos: ¡Hasta la vista! volveréis á nuestro país, á este bello país de Francia que os ama, porque es también el vuestro: volveréis pronto, cuando hayamos, con ayuda de Dios, barrido esta espuma que ha subido á la superficie del suelo y que le ensucia; cuando hayamos barrido la República; cuando la Francia no sea le pocilga que es; cuando, en fin, haya vuelto á ser lo que era, la Francia de

otro tiempo; la Francia que, victoriosa ó vencida, sabía inspirar al mundo entero estimación y respeto.

»¡Señor, perdón una vez más para esta Francia qua es la verdadera, y hasta la vista!»

. . . . . .

»En efecto; ¿se ha visto jamás algo tan vil, tan cobarde como esa República, á la vez provocadora y pusilánime, que á causa de los principios hace que sus periódicos arrojen lodo sobre la Monarquía, y que por cálculo se prosterna oficialmente ante los Reyes? (1).»

Le Figaro:

«Desde el momento en que el Rey de España, ya llegase de Berlín ó de otra parte, pasó la frontera, se hizo nuestro huésped, es decir, según la antigua expresión, un sér sagrado. Todas las naciones, así las más salvajes como las más civilizadas, se honran con practicar esa regla. ¿Cómo la población parisiense, tan inteligente y fina de ordinario, no lo ha comprendido, y cómo no ha impuesto espontáneamente silencio á los vocingleros y silbadores?

---

(1) Sobradamente enérgicas nos parecen estas frases; pero no es posible negar que hubiera sido más lógico y más digno en el Gobierno francés cerrar la capital al paso de los Monarcas de Europa que no viajasen de incógnito, que brindarles con respetos que no estorban á la plebe entregarse á los malos instintos y á los excesos que provoca el recuerdo de la derrota y el miedo de un adversario como el imperio alemán.

La responsabilidad recae toda entera sobre el Gobierno, que debía adoptar las medidas de orden necesarias para que no pudiera darse el vergonzoso espectáculo de ayer...

»Pero lo hemos dicho muchas veces.

»Sí, lo decimos muy alto, y confiamos esta protesta á los millares de ejemplares que van á salir de nuestras prensas, á fin de que lo hagan saber al mundo entero: no hay que hacer á la nación francesa responsable del indigno espectáculo que ha manchado las calles de la capital.»

El mismo periódico reconoció que en aquellas penosas circunstancias tres de los ministros tuvieron buena actitud: M. Julio Ferry, M. Waldeck Rousseau y M. Challemel Lacour. Estos han lamentado públicamente todo lo que ha pasado; pero ¿hubieran podido impedirlo? añade *Le Figaro*. ¿Hubieran podido preverlo? Esta es la cuestión.

Le Gaulois:

Sentimos no haber podido encontrar números de aquellos días. Este periódico distinguióse por el entusiasmo con que tomó la defensa de España y del Rey contra los ataques de los radicales. A ningún periódico parisiense debe la España monárquica tanto como á *Le Gaulois*.

. . . . . .

«No es este Paris—escribió la pluma hábil de M. E. de Pène — el de Napoleón III, con cuyo hijo habéis trabajado y orado en Inglaterra... no es

el Paris de Luis Felipe con su fisonomía viva, espiritual, liberal y laboriosa.... Francia da hoy á sus huéspedes el ejemplo del ilota beodo. Francia, bajo la República, enseña á los Monarcas que la visitan á velar más escrupulosamente por el sagrado depósito confiado á sus manos. ¿Quieren para su país el empequeñecimiento del nuestro? Pues dejen escapar el cetro de sus manos vacilantes é imprevisoras; aflojen en la vigilancia indispensable á la autoridad; admitan en sus Consejos á los adormecientes y á los dormidos y el demonio de la República, con su obligado séquito de males, se introducirá en sus pueblos.»

Le Messager de Paris:

«El sábado se vió en lo que ha venido á parar la dignidad de Francia.

»El Gobierno de la República no supo garantir el derecho de hospitalidad al Soberano de una nación amiga, y el mismo Presidente de la República, que tan torpemente ocupa este puesto, tuvo que ir á presentar excusas al Rey de España, confesando que nuestras leyes son impotentes para reprimir manifestaciones que nuestro Gobierno no había sabido prever ni prevenir. ¡Véase á lo que hemos llegado después de trece años de régimen republicano!»

»No hay que hacerse ilusiones. Dentro y fuera nuestro Gobierno carece de aquello sin lo que los simples particulares no pueden pasarse: de la consideración. Dentro no hay más que leer los periódicos para comprender á qué miserables intrigas es-

tán subordinados los intereses más graves del Estado. Fuera todo nos revela cuán pequeña opinión se tiene de los hombres que están al frente de los negocios públicos. Lo que la prensa oficiosa llama «el incidente del sábado» es algo más, bajo ese aspecto, que una noticia general: es la consagración patente de nuestra desconsideración.

»Lo peor es que no se sabe ya cómo levantarse de ahí.

»Tiempo es, con todo, de hacer un esfuerzo supremo para que Francia no perezca por el desprecio. Ya es muy grave para nuestra seguridad, en el caso de que se intentaran ciertas combinaciones contra nosotros, el que estemos aislados; pero que nos veamos excluidos de las relaciones internacionales por razón de nuestro Gobierno, es lo único que nos faltaba.

»Hay pueblos que han sucumbido á manos del más fuerte, como, por ejemplo, los sajones bajo la espada de los normandos.

»Hay pueblos que han sido víctimas de una mala organización, como, por ejemplo, los polacos. Nosotros no estamos á cubierto de ese doble peligro; pero, además, estamos amenazados de otra cosa peor: de perecer bajo el insulto, habiéndolo merecido.»

La Republique Française:

Dijo que la manifestación no iba dirigida contra la nación española ni contra el Rey de España,

siendo sólo resultado de la emoción producida en los franceses por la injuria sangrienta que pretendiera hacerles Alemania.

Esto no obstante—añadía—lo que hemos hecho ha sido un gran pecado, porque hemos faltado á los deberes de la hospitalidad y hemos caido en el lazo que nos había tendido Alemania.

Afortunadamente, los manifestantes no representan á la nación.

Le Journal des Debats:

Deploró que se hubiera olvidado el buen sentido hasta el punto de no haber hecho abortar los cálculos de la diplomacia interesada en «hacerles perder su sangre fría.»

Le Soleil:

Manifestó que el mal recibimiento hecho al Rey de España por una pequeña parte del pueblo de Paris fue un nuevo triunfo para la política de Bismark.

La prensa de todos los departamentos de Francia reprobó con indignación los sucesos de la *gâre du Nord*, protestando contra el proceder de una minoría *despreciable* (sic), que no representaba ni podía representar los sentimientos de aquella nación.

El lenguaje de estos periódicos fué, si cabe, mucho más enérgico que el de la prensa sensata de Paris.

PRENSA INGLESA.

The Thimes:

«La recepción hecha al Rey no tiene defensa, ni aun aceptando la teoría francesa de que había por medio una estratagema alemana; no siendo, por tanto, de extrañar la digna frialdad manifestada por el joven Monarca en su respuesta á la invitación á comer de M. Grevy. Como jefe de un pueblo orgulloso y sensible, no podía mostrarse indiferente á la hostilidad del populacho, aparentemente consentida por la policía, la cual pudo, por lo menos, haber evitado la aglomeración de gente alrededor del Elíseo, allí apiñada para repetir los gritos que saludaron al Rey á su llegada.

»Pero, aparte de la cortesía que el Rey de España tenía en todo caso derecho á esperar, ¿qué hemos de pensar de ese citado argumento de una estratagema alemana?

»Una nación que se entrega á semejante paroxismo de rabia porque el jefe de un país amigo acepta de otro Monarca, á quien aquella mira con hostilidad, una de las deferencias más comunes entre Reyes, no dejará de proporcionar nunca ocasión de guerra.

»El propósito de ver ofensa para Francia en el sencillo hecho de aceptar el Rey de España la coronelía de hulanos, es de extraordinaria mezquindad.

El insulto inferido con esta interpretación es de tal naturaleza, que sólo podría inventarlo una mujer, pues sólo el ingenio femenino concebiría tales sospechas de otra mujer.

»Los hombres, y sobre todo los discípulos de Maquiavelo, saben que es de tontos dar golpes que hieren y no matan. Si el Príncipe de Bismark deseara la paz no inferiría insultos de esta clase como imaginan los franceses; y si quisiera la guerra, no le faltaría procedimiento más seguro para motivarla. Este aparente insulto no lo ven más que los ojos de Francia, y para achacar á esto el nombramiento ofrecido al Rey de España, sería preciso confesar que el Príncipe de Bismark tiene la opinión más desfavorable posible del buen sentido francés.

»Las personas de alguna perspicacia no pueden suponer que el Emperador alemán hizo de su ejército un instrumento para inferir un insulto pueril; y por lo que se refiere á Francia, dando de barato la estratagema supuesta, nadie de mediano talento hubiera dado á entender á su enemigo que su estratagema tenía éxito.

»La coronelía dicen los franceses que fué dada para irritar al pueblo francés; pero si esto era así, claro es que al pueblo francés convenía no dar muestras de irritación.

»Si, por el contrario, el nombramiento de coronel fué ofrecido al Rey sin intención, es absurdo que los franceses se supongan objeto final de la deferencia alemana, y más absurdo todavía que se vengaran en

el Rey D. Alfonso, quién, según la teoría de ellos, fué el instrumento inconsciente del Príncipe de Bismark.

»Si todo verdaderamente fué intentado para enfurecer á los franceses, en este caso se han mostrado suficientemente inocentes, procurando que el Príncipe de Bismark obtenga un triunfo más completo que el que pudiera haber esperado.

»En casos de esta índole es muy difícil deslindar el sentimiento nacional del sentimiento oficial. M. Grevy ha cumplido con su deber intentando por todos los medios posibles borrar la dolorosa impresión del Gobierno y del Rey de España, demostrando el aplazamiento del viaje del Rey que Grevy ha obtenido un éxito relativo.

»Con verdad puede alegar M. Grevy que el Gobierno francés y todas las gentes ilustradas de Francia deploran lo acaecido en estos días; pero lo importante y lo desagradable es averiguar hasta dónde el Gobierno y las personas sensatas de Francia representan y guían el voto del país, y hasta dónde cede á sus caprichos y exigencias. La actitud de la prensa francesa antes y después de estas groserías populares ha sido de todo punto censurable, no siendo tampoco posible exceptuar de responsabilidad á los hombres de Estado de Francia, factores importantes de su política, bien que ellos hayan condenado cualquier demostración de hostilidad.

»Aunque se haga completa justicia á la buena fe de M. Ferry, Francia no puede eximirse de la res-

ponsabilidad que le cabe en el desaire inferido al Rey Alfonso y á España representada por él.

»El Gabinete se encuentra en la difícil situación de convenir en que no aseguró ó no pudo asegurar una recepción cortés á un convidado, cuyos actos anteriores demuestran sus simpatías por Francia.

»Se ha dicho también que, además de otras intenciones, el Príncipe de Bismark ha tenido la de llevar España á la alianza austro-alemana; pero si esto fuera así, la prudencia más elemental debía haber aconsejado la mayor cortesía para D. Alfonso, y si fuera posible, otra atención análoga que compensara la coronelía de hulanos.

»Nuestro corresponsal de Paris nos recuerda que M. Ferry comenzó por sí mismo hace dos años las negociaciones para reconocer á España como gran potencia. Alemania no hizo objeción alguna, y es muy posible que Bismark renueve para asegurarse en las simpatías de España, la negociación que Ferry tuvo que abandonar.

»Pero si esto es así, es otra razón que obliga á los franceses á redoblar sus esfuerzos para conservar la amistad de España» (1).

. . . . . .

«Esta manifestación fué seguramente obra de franceses y no de emigrados españoles. Francia, por

---

(1) Lo expuesto con precisión inglesa por el diario de la City, es más que de buen sentido político; es de sentido común.

otra parte, no podrá librarse de las responsabilidades en que incurrió.»

The Standart:

«Francia será la nación más afortunada del mundo si este suceso no produce otras consecuencias que las de haber abandonado Paris D. Alfonso antes de lo que se proponía.

»Ningún francés de sentido común puede asegurar que D. Alfonso hiciese nada que justificase la actitud hostil con que le recibió la plebe parisiense.

»Antes por el contrario, para herir á la altiva nación española, eligió Francia el momento en que la Península Ibérica acababa de demostrarle su afección y su simpatía.»

Daily-News.

Dió por seguro que el mal recibimiento de Paris daría por resultado una inteligencia entre España y las potencias de la Europa central.

«Los parisienses—añadía—han rebajado su propia dignidad en vez de lastimar la del Rey de España.»

Daily Telegraph:

«La historia moderna no ofrece un ejemplo semejante á esta manifestación que parece obra de los agitadores de oficio.»

Los demás periódicos ingleses se ocuparon de este escándalo europeo, deplorándolo vivamente y recri-

minando con dureza á los autores de un atentado sin precedente en la historia moderna.

PRENSA ALEMANA (1).

La Gaceta de Voss:

«Los franceses están cegados por el temor de alianzas dirigidas contra Francia y por su sed de revancha. Si el regio huésped no ha sido víctima de ultrajes materíales, se debe únicamente á la fuerte escolta militar que le acompañaba.»

La Nueva Gaceta Prusiana de la Cruz:

«Los incidentes del sábado prueban el partido que ha sabido sacar cierta clase de la sociedad parisiense del nombramiento del Rey D. Alfonso para el grado de coronel en el ejército alemán y explotarlo de una manera que no está en relación con la importancia del hecho mismo.

»A los ojos de la Europa, el recuerdo del recibimiento del Rey de España no tendrá el carácter de un acontecimiento político, sino más bien el de un caso patológico.

»Lo que demuestra que Alemania no tiene intenciones agresivas respecto de Francia, es el carácter

---

(1) La prensa alemana mostróse en general conciliadora.

que ha dominado en la inauguración de la estatua de la *Germania* en Niederwald.»

La Gaceta Nacional de Berlín:

Publicó una nota diciendo que los sucesos de Paris habían producido en toda la Alemania la indignación más profunda.

Pero—añadía en ella—Alemania no hará nada que pueda agravár la situación de Francia.

. . . . . .

«La llegada del Rey de España á Paris, dijo además, ha dado á los pilluelos políticos una ocasión apetecida de provocar un escándalo de la peor especie, y de probar, una vez más, que los franceses han dejado de ser la nación más cortés del mundo.

»Si había resentimiento por el nombramiento del Rey de España para el grado de coronel de un regimiento alemán, habrían podido abstenerse de asistir á la recepción del Monarca y expresar de esa manera el descontento nacional. Pero acoger al huésped de la República con silbidos y perseguirle con gritos salvajes, es una injuria indeleble hecha á una parte de la población parisiense.

. . . . . .

»Estos hechos escandalosos constituyen seguramente una grave derrota moral para Francia, y eso, á pesar de haber sido cometido el ultraje por los elementos de la población parisiense que toman parte en todos los escándalos.

»Europa entera se preguntará si es posible man-

tener relaciones políticas duraderas con un Estado cuyas relaciones con el extranjero pueden ser influidas por ideas tan locas como las que dieron lugar al escándalo del sábado.

»Para formarse idea de la impresión causada en Alemania por el incidente en cuestión, no se necesita conocer de antemano los comentarios de los periódicos de Paris declarando que los insultos dirigidos al Rey de España lo eran á nosotros.

»Sabíamos ya á qué atenernos; pero después de la explosión de rabia que se ha manifestado á propósito de derrotas que se atrajeron ellos mismos, la malevolencia, por sí sola, nos parece tan poco peligrosa como antes.

»Conservamos nuestra serenidad y permanecemos tranquilos, teniendo la conciencia de nuestra propia fuerza.»

El Tagblat de Berlín:

Creyó que estos sucesos no tendrían inmediata consecuencia, pero que provocarían una antipatía profunda entre Francia y España. Los franceses—añadía—han probado lo hábiles que son para ponerse mal con Dios y con los hombres.

La Germania:

Opinó que los verdaderos culpables eran los periódicos radicales que habían excitado al pueblo á recibir tan groseramente al Rey.

La Gaceta de Berlín:

Aseguró que las ofensas al Rey se dirigían á Alemania; pero que, habiendo recibido España satisfacciones, Alemania podría darse por satisfecha en cuanto á ella se refería.

Añadió que, si la excitación continuaba y si los manifestantes quedaban dueños de la situación, ocurrirían sucesos que pondrían á los Estados concertantes en la imposiblidad de dejarlos pasar sin protesta.

La Gaceta de Colonia:

Publicó un telegrama fechado en Berlín, diciendo que la situación del Gobierno francés con relación á la nación francesa, y la de Francia con respecto á Europa, no se consideraban en la capital alemana tan críticas como quería representarlas la prensa.

Añadía que en Berlín juzgábase que las graves inconveniencias y las infracciones de las leyes de hospitalidad cometidas con el Rey de España por parte de la población parisiense podían hacer juzgar desfavorablemente la conducta de los revolucionarios franceses: pero que de esto, á que pudiera quedar comprometida la tranquilidad interior de Francia ni sus relaciones exteriores, había gran diferencia.

PRENSA AUSTRIACA.

Distinguiéronse por su energía en censurar lo ocurrido en Paris los periódicos de Viena:

El *Wiener Abendpost*, calificó la manifestación de baja, cobarde é insensata.

La *Nueva Prensa Libre*, echó la responsabilidad de los sucesos sobre Grevy y los ministros, diciendo que aquel debía expiar la impremeditación del Gobierno con una humillante peregrinación penitencial.

El *Tagblatt* dijo que esos incidentes probaban la incapacidad y la impotencia del Gobierno enfrente del radicalismo.

PRENSA ITALIANA.

Desde el *Popolo Romano*, órgano del Gabinete Depretis, hasta *L'Opinione*, de Minghetti; *La Perseveranza*, de Sella; *La Reforma*, del avanzado Crispi; *L'Italie* y *La Gacete Italiane*, que en francés y por escritores franceses se redactan en Roma y en Milán, mostráronse unánimes en la execración del hecho.

El *Popolo Romano*, dijo ser deplorable que los

franceses, del primero al último, no hubieran comprendido que, el recibir con insultos á un huésped en quien á este título se une el de legítimo representante de una nación, constituía un acto de tan cobarde villanía, que nada podría atenuarlo. Alfonso XII no ha hecho más que conformarse, añade, á una costumbre admitida por todos los Soberanos desde el liberal Rey de los belgas, coronel de un regimiento alemán en Alsacia, hasta el popular Príncipe de Gales, que sucesor en su mando del célebre Blücher, no por eso han dejado de ser bien recibidos en Francia. Rechazar el Rey de España, lo que en Homburgo tenían todos los Soberanos allí reunidos, habría sido una ofensa sangrienta á Guillermo I y á la Alemania entera, siendo ridículo el otro pretexto de la guarnición en Strasburgo, que antes de Luis XIV pertenecía á la Alemania y donde un regimiento de paso accidentalmente, no es un árbol que se planta para que arraigue toda la vida.

L'Opinione, que consagró al suceso repetidos artículos, después de decir que el atentado de la plebe parisiense hacia un huésped extranjero, era inaudito en los fastos de las naciones civilizadas, añadía que si el embajador de Alemania, ausente de Paris, hubiese acompañado al Rey de España, habría podido repetir aquella vieja frase, de que si la carta llevaba sóbre al Rey Alfonso, su contenido era para Guillermo I de Alemania. Lo cual, á la par que más peligrosa, hizo más baja la manifestación, que no se

habría tenido el valor de dirigir al Emperador de Alemania, generalísimo de todos los hulanos, si hubiese atravesado por Paris.

La Riforma, de Crispi, órgano de la izquierda avanzada, pero monárquica, dijo que los silbidos de Paris tenían un significado que no dejaría de ser comprendido en Berlín, donde se habrá anotado esta partida más en la cuenta de Francia.

Censuró además duramente el acto de haber insultado á una nación que había demostrado de varias maneras su deseo de ser amiga sincera de Francia.

L'Italie y *La Perseveranza*, de Milán, apenas acertaban á comprender el delirio de Paris, cuya muchedumbre podía ignorar, pero no su prensa, la doble injuria que inferían á España y á Alemania, pero que recayó sobre la fama de Francia. Esperaban que, como hizo la nación itálica en ocasión semejante, el pueblo español se reuniría todo en derredor de su Rey; y observaba que si en Italia quedaba alguno que no estuviera convencido de la discreción de su Monarca y de su Gobierno, al preferir el apoyo de las potencias monárquicas de Europa al de un país que así deja ofender los más altos principios morales, los escándalos de Paris los habrían desengañado.

La *Gacetta*, de Venecia, reconoció que todo había sido preparado por una prensa insolente y licenciosa, agitando lo más pervertido de la sociedad francesa; y que los políticos de la República tienen un

modo singular de convencer á sus hermanos de raza latina con la injuria y la villanía, aparte la amenaza que á su vez emplean constantemente contra Italia, que aquellos hacen mal en preferir las alianzas del Norte. Establecía después el paralelo entre lo que ha hecho el Presidente Grevy con el Rey Alfonso y le que hizo Víctor Manuel con el Emperador de Austria, demostrando la diferencia entre dos caracteres y dos principios diversos. El Emperador quiso pagar la regia visita en la ciudad de las Lagunas, que más que otra alguna había sufrido terriblemente de la dominación austriaca. Víctor Manuel comprendió toda la responsabilidad que él y la Italia aceptaban recibiendo en Venecia al huésped tedesco, donde si hubiese acontecido lo que en Paris, las consecuencias habrían sido inmensas en toda Alemania.

Confiando en el patriotismo y buen sentido de la nación, Víctor Manuel se colocó, sin embargo, al lado del Emperador, recibiéndolo en sus brazos al descender del wagón, y como ahora ha hecho el Rey de Bélgica con Alfonso XII, no se separó de él hasta despedirlo en el ferrocarril. ¿Quién habría osado alzar la voz contra el Emperador de Austria protegido por Víctor Manuel? Si Grevy, aunque no gozando la popularidad del *Rey galantuomo*, hubiese imitado tal conducta, habría evitado, aparte el deshonor, grandes complicaciones á su patria en Europa.

La Gaceta Italiana de Roma, diario liberal, esperaba que Madrid y España, con su moderación,

aplicaran el mayor de los castigos que podían dar á sus vecinos.

En cuanto á la prensa católica, lo mismo el *Observatore Romano*, que el *Monitor*, el *Journal de Rome*, que *La Voce della Verità*, olvidando ésta toda reminiscencia carlista, rivalizaron en execrar lo sucedido en Paris.

INDICE.

Págs.

PRÓLOGO. v

I.—Salida de Madrid.—El tren real.—Brindis en Monforte.—Entusiasmo que produce.—Inauguración del ferrocarril de Galicia.—Llegada á la Coruña.—Aspecto de la población.—*Te-Deum*.—El temporal.—Visita á los cuarteles y á la escuadra.—Recepción.—Función regia.—Desde la Coruña á Hendaya.—En San Juan de Luz y en Biarritz.—Llegada á Paris. 1

II.—Llegada á Paris.—En la estación de Orleans.—El hotel de la Embajada.—De Paris á Munich.—Recuerdos de Strasburgo.—Recibimiento en la capital de Baviera.—El palacio de Nimphenburgo.—Paseo por la ciudad.—La Exposición de Bellas Artes.—El *Hof Theater*.—Despedida.—De Munich á Viena.—Salzburgo.—Llegada á Viena. . . 15

III.—Recibimiento que hace á D. Alfonso el Emperador.—El *Bourg*.—Maniobras militares.—Expedición á Baden.—Inauguración del *Rathaus*.—Recuerdo del cerco de Viena.—Exposición histórica.—Banquete en el castillo imperial.—Brindis.—Habitaciones de D. Alfonso en el *Bourg*.—*Schoembrum*.—La ópera.—*El patrio hogar* y el *Tronco de hierro*.—El baile en el *Hof-Opern-Theater*. 40

IV.—Maniobras en Brünn.—El ejército austriaco.—En el teatro *An der Wien*.—Una aventura.—Visita al Colegio

Págs.

Teresiano.—La Exposición de electricidad.—Excursión á Presburgo.—La iglesia de los Agustinos.—Carreras en el *Prater*.—El Archiduque Guillermo.—Paseos por Viena.—La catedral de San Esteban.—El Graben.—Museos, palacios y jardines.—El Ring.—Tipos vieneses.—Cacería en Styria.—Nuevas maniobras en Brünn.—La prensa de Viena. 63

V.—Despedida en Viena.—De Viena á Francfort-sur-Meine.—El hotel de Rusia.—Paseo por Francfort.—De Francfort á Homburgo.—Recepción que hizo el Emperador al Rey.—Aspecto de Homburgo.—En el Castillo imperial.—La gran parada.—El carro de los periodistas y nuestro automedonte *Philipe*.—A propósito del ejército alemán.—Banquete militar en la *Curhaus*.—Brindis.—En el teatro de la *Curhaus*. 90

VI.—El juego en Homburgo y el famoso García.—Principian las maniobras.—Aspecto del campo de operaciones.—En medio del fuego.—El castillo imperial.—Banquete.—Nombramiento de D. Alfonso de coronel de hulanos.—Carreras de caballos.—Manifestaciones de simpatía hacia el Emperador.—Segundo día de maniobras.—Soirée en el castillo.—Tercer día de maniobras.—Despedida.—El ejército alemán.—Impresiones de la prensa sobre el viaje de D. Alfonso. 116

VII.—Salida de Homburgo.—Las orillas del Rhin.—Importancia del viaje de D. Alfonso.—Llegada á Bruselas.—El palacio real.—Banquetes.—Paseo por la ciudad.—Función de gala en el teatro de la Moneda.—Camino de Paris. . . 148

VIII.—Sucesos escandalosos de Paris.—Llegada de S. M. el Rey á la estación del Norte.—Manifestación hostil organizada por los radicales franceses.—Debilidad del Gobierno francés.—Aspecto imponente de la *rue Lafayette*.—Visita de S. M. al Presidente de la República.—En la embajada.—D. Alfonso pasea á pie por Paris.—El presidente del Consejo decide á M. Grevy á dar satisfacciones.—Ban-

Págs.

quete en el Elíseo. — Salida de D. Alfonso de París. — Ovación inmensa que recibe en el camino á su regreso á España.. 174

IX.—Excitación que producen en la corte las noticias de París. — Carteles patrióticos. — Lemas en los balcones. — Manifestaciones en los teatros.—Aspecto de Madrid á la llegada de la Reina Doña María Cristina.— La colonia francesa. — Entusiasmo delirante con que es recibido el Monarca en Madrid.— La calle de Bailén. 195

X.—Conflicto diplomático.—Resistencia del Gobierno francés á dar carácter oficial á las excusas de M. Grevy.—La nota de la *Agencia Havas*.—Opinión de la prensa española y de la prensa europea sobre los sucesos de París. 209

FRANCISCO ALVAREZ Y C.ª, EDITORES.
ZARAGOZA, 21.

BIBLIOTECA DEL FOLK-LORE.

PESETAS.

Folk-Lore Andaluz, órgano de la Sociedad de dicho nombre; forma un volumen en 4.º con los 12 cuadernos correspondientes á un año. 15

Juan del Pueblo..... 1

Cantos populares españoles, recogidos y ordenados por Francisco Rodríguez Marín. Cuatro tomos en 8.º mayor de más de 500 páginas y un Apéndice Musical y un *Post-scriptum* por Demófilo..... 25

OBRAS DE DON JUAN VALERA.

Pepita Jiménez, 7.ª edición. Un tomo en 8.º con retrato..... 3

Las ilusiones del doctor Faustino, 3.ª edición. Dos tomos en 8.º..... 5

El comendador Mendoza. Un tomo en 8.º... 2,50

Pasarse de listo, 4.ª edición. Un tomo en 8.º. 2,50

Doña Luz. Un tomo en 8.º..... 2,50

Dafnes y Cloe. Un tomo en 8.º..... 3

Poesía y arte de los árabes en España y Sicilia, 3.ª edición. Tres tomos en 8.º..... 9

Disertaciones y juicios literarios. Dos tomos en 8.º..... 3,50

Algo de todo. Un tomo..... 2,50

Cuentos y diálogos. Un tomo..... 2,50

OBRA DE D. ALFREDO ESCOBAR.

El viaje de Don Alfonso XII á Francia, Alemania, Austria y Bélgica. Un tomo en 8.º 2

MADRID. — IMP. DE FORTANET. LIBERTAD, 29.